

Selecta

Ana E. Guevara



*En los ojos
del highlander*

En los ojos del highlander

Ana E. Guevara

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

—**B**iip, biip, biip. ¡Biiiiiiip! ¡Biiiiiiip!

—¡Que ya te he oído! —le grité a la nada estirando una mano para tratar de alcanzar en la oscuridad de mi habitación el despertador que sonaba inclemente. ¿Es que ese artilugio del demonio no sabe que si está en esta casa es porque lo he comprado yo? ¿Qué clase de respeto hacia una dueña es ese? Porque estaba yo en medio de un sueño en el que un GEO se descolgaba por mi ventana y entraba en mi cuarto justo cuando ese maldito se ha puesto a sonar como si se estuviera quemando el edificio.

Salí de la cama sin encender la luz pues no quería despertar a Ramón, que seguía roncando sin ni siquiera enterarse de que el engendro despiadado conocido como despertador estaba tocando diana.

Al ponerme en pie, sentí que la cabeza me daba vueltas, debo reconocer que aquel día tenía un catarro de cuidado, pero que yo me negaba a reconocer. Mi abuelo siempre decía que los Esparza no nos enfermábamos y ese mantra me lo he repetido hasta la saciedad durante toda mi vida. Cuando llegué frente al espejo del baño vi los ojos rojos, la piel debajo de la nariz despellejada a fuerza de sonarme y notaba como mi voz sonaba más nasal que de costumbre, pero eso no me amilanó. Me duché, me vestí y me fui al hospital, no para pedir una opinión médica respecto a mi más que evidente proceso catarral, sino para darla pues, cosas de la vida, yo soy médica.

En verdad soy traumatóloga, que es muchísimo más divertido. Me ocupo de

poner huesos en su sitio y yo no trato con enfermos contagiosos, aunque tampoco me hubiera importado pues yo me sentía inmune a cualquier infección, ya sea viral o bacteriana. Cosas de creerse de niña lo que te dicen tus abuelos y no querer cambiar de opinión ni aunque la evidencia científica así lo dicte.

Trabajo desde hace tres años en una clínica privada del norte de Madrid, un sitio muy agradable que siento como si fuera mi segunda casa visto el número obscuro de horas que en ocasiones le dedico a mi trabajo. Ese siempre ha sido motivo de discusiones con Ramón, que es incapaz de entender mi devoción por mi trabajo. Él actualmente está en paro, pero no porque no lo quieran contratar, sino porque con treinta y dos años aún no ha encontrado «ese trabajo soñado que le haga feliz». Sus palabras, no las mías, así que no me juzguéis. Ha sido repartidor de publicidad, modelo de manos, vendedor de productos biológicos, tejedor de bufandas de angora, catador de productos en una fábrica de salsas, animador de fiestas infantiles y hasta guía turístico. Menos mal que pude convencerlo antes de que llevara a más su idea de montar una granja de alpacas, y ahora dice que quiere sacar su vena creativa y se ha apuntado a un curso de pintura por Internet. Él se ha apuntado, pero dio mis datos bancarios para hacer el pago, que puede que sea un poco bala perdida, pero de tonto no tiene ni un pelo. Llevamos juntos cinco años y me gustaría decir que me imagino formando una familia y compartiendo mi vida con él, pero la verdad es que esa idea no forma parte de mis prioridades.

¡Madre mía, qué parrafada os acabo de soltar! Chica, es que a mí como me den cuerda yo me lío, me lío y nos dan las mil y no hemos avanzado nada. Vamos a ver, ¿por dónde iba? Sí, claro, el hospital (que ya hemos aclarado que es una clínica, pero me gusta llamarlo «hospital», que parece que luce más). Pues yo llegué esa mañana como cada día y, tras cambiarme y ponerme el uniforme, me fui a hacer un café con Carmen, que es una de las enfermeras que trabaja en mi servicio y con la que tengo mucha amistad. Es una mujer de unos cincuenta años (aunque ella siempre dice que tiene treinta y ocho) algo entrada

en carnes y que me trata como si fuera mi segunda mamá. Lleva el pelo corto teñido de morado y unas gafas de pasta con montura de color verde, lo que hace que le dé al conjunto un aire de duende del bosque. Siempre tiene una palabra amable y creo que nunca la he visto más de veinte minutos seguidos sin sonreír. Un amor de mujer, vaya.

Hasta aquella mañana, pues, nada más verme, dio un grito de espanto y pegó la espalda a la pared como si hubiera visto una aparición del mismísimo Lucifer. Solo le faltó poner los dedos formando una cruz y echarme agua bendita pues los ojos desorbitados ya los llevaba de serie.

—¿Qué haces aquí? Vete a tu casa ahora mismo que tienes una pinta horrible.

—No me voy a ir, estoy perfectamente. —Yo trataba de sonar dura y convincente, pero me salió algo como «no me voy a ir edtoy pedfectamente» que creo que me hizo perder bastante credibilidad.

—De eso nada, parece que te vas a morir aquí mismo.

—Los Esparza no nos...

—Os ponéis malos, lo has repetido mil veces, pero a ver si te enteras de que eso es una milonga que te contaba tu abuelo para que no faltaras al colegio. Ahora quítate el pijama y vete a tu casa que estás echa un cuadro.

Tenía preparada una respuesta ingeniosa, de esas en las que los presentes se quedan anonadados por tu sagacidad mental y tu afilada lengua, pero se quedó en nada cuando me dio un ataque de tos. Cuando al fin me recompuse, con las mejillas sonrosadas y los ojos lagrimeando por el esfuerzo, mi compañera me tiró un paquete de *kleenex* desde su distancia de seguridad y meneó la cabeza en señal de reproche.

—Te vas a morir aquí mismo y me va a tocar a mí rellenar el papeleo, ya lo verás.

—No seas pájaro de mal agüero —añadí recogiendo lo poco que me quedaba de mi dignidad y salí hacia el pasillo dispuesta a pasar consulta como si fuera un día cualquiera.

Pero ese día no iba a ser como los demás y es que en mitad del pasillo, andando directamente hacia mí, se encontraba el Cuervo, el jefe de servicio de Traumatología. Se había ganado ese sobrenombre por ser alto y enjuto, con una nariz ganchuda semejante al pico de un ave. Con abundante pelo, tan negro que en ocasiones parecía que se le arrancaban reflejos azules, visto por el pasillo parecía sacado directamente de un relato de Edgar Allan Poe. Pero sobre todo por el hecho de que en más de diez años como jefe de servicio nadie le había visto sonreír ni una sola vez. Los nuevos internos tenían una apuesta para ver si alguno conseguía contarle un chiste y que se riera, pero habían pasado generaciones y ninguno había sido todavía capaz de conseguir tal hazaña. Ya me había visto, así que no había dónde esconderse, con lo que solo me quedaba la opción de sonreír y disimular mi malestar lo mejor posible.

Estaba a punto de pasar a su lado con Carmen pisándome los talones cuando se paró en seco y se giró hacia mí.

—Esparza, váyase a su casa inmediatamente —dijo sin mediar tan siquiera un buenos días.

—Pero si estoy de maravilla —dije al tiempo que me sorbía de forma poco delicada un moquillo que estaba asomando por debajo de mi nariz.

El Cuervo se acercó y me obligó a levantar la vista para poder mirarlo a los ojos pues era bastante más alto que yo.

—No me gusta la gente contagiosa, por eso elegí esta especialidad. Tiene diez minutos para cambiarse y marcharse, en caso contrario llamaré a los de seguridad para que la desalojen y esto constará como falta disciplinaria.

Y de nuevo, sin mediar más explicaciones, siguió caminando por el pasillo con las manos juntas detrás de la espalda como un general que pasa revista a sus tropas. Carmen se colocó cerca de mí, pero guardando siempre las distancias, por lo visto se estaba tomando muy en serio el no querer tocarme.

—Venga, mujer, que te va a venir fenomenal irte a casa. Pídele a Ramón que te haga una sopa y os pasáis el día en el sofá tapados con una manta y viendo

películas.

—Dicho así parece un buen plan —dije antes de ponerme a estornudar como si no hubiera un mañana.

—Antes de irte pásate a ver al doctor Rodríguez, de Medicina familiar, para que te haga una receta de un antihistamínico o algo, que parece que estás en las últimas.

—No te preocupes que tengo de todo en casa, Ramón tiene una farmacia que rivaliza con la de cualquier hospital.

Carmen asintió en silencio. No tenía en demasiada alta estima a mi novio, ella era una mujer un poco a la antigua que le gustaba que un hombre trabajara para ganarse el pan. Siempre pensó que Ramón era un vago y un aprovechado, y en ocasiones yo era de su misma opinión, pero he de decir que últimamente estaba más atento, más cariñoso.

—Pero que conste que no estoy enferma, es solo que me ha dado un aire.

—Sí, sí, lo que tú digas. Y ahora vete antes de que el Cuervo movilice a la seguridad del hospital y te saquen a rastras como si fueras una demente.

Acabé accediendo, más que nada porque mi jefe no me había dejado más opciones, y me fui a casa. Imaginaba la sorpresa que se llevaría Ramón al verme llegar tan temprano. La recomendación de Carmen de la sopa, manta y peli me parecía cada vez una mejor idea, aunque sabía que me iba a tocar cocinar a mí pues Ramón no era especialmente ducho en las artes culinarias. Ya me imaginaba su cara de sorpresa al verme entrar por la puerta, seguramente me abrazaría y tal vez hasta nos daríamos una ducha juntos, que eso es algo que hacía tiempo que no lo hacíamos.

Pero la sorpresa me la llevé yo, y fue mayúscula, la verdad. Y es que al entrar en mi casa y oír ruidos provenientes de la habitación, nunca pude imaginarme que me encontraría una escena similar. A Ramón (¡mi Ramón!) con su profesora de *chi kung* (porque mi novio no se puede apuntar a un gimnasio a levantar pesas y correr en la cinta como cualquier hijo de vecino). Me hubiera quedado parada con la boca abierta sin decir nada si no fuera porque

me dio otro ataque de tos que hizo que me doblara en dos y pensara en lo equivocado que estaba el abuelo con sus mitos sobre la salud sobrenatural de mi familia.

—Emma, ¿qué haces en casa tan temprano?

—¿Y tú qué haces en la cama con otra? ¡Que encima es mi cama, Ramón! Eres tan vago que no has podido ni siquiera ir a su casa.

—Emma, cariño, no te alteres que esto no es lo que parece.

Y ahí fue cuando exploté. Yo no sé si fue por el paracetamol que Carmen me obligó a que me tomara antes de salir del hospital, por el café bien cargado que cogí en la cafetería, por la sensación de que con Ramón estaba perdiendo mi tiempo (y mi dinero), o de lo estúpido de la situación de pillarlo en plena faena con otra y que me diga que no es lo que parece. El caso es que me dio un ataque de risa, pero no una risa normal, no señor. Yo me caí al suelo de la risa, literalmente. Me quedé con la espalda apoyada en el quicio de la puerta mientras me secaba las lágrimas con el bajo del jersey. Me dio otro ataque de tos, y como por lo visto estaba en confianza con estos dos, no tuve reparos en sonarme la nariz también con el jersey.

Ramón me miraba como si estuviera loca mientras su profesora se vestía en silencio y de forma eficiente. Es lo que tienen los asiáticos, que son muy discretos. Incluso cuando son la amante de tu novio, no se les puede negar que lo dejan todo recogido y apenas hacen ruido. Claro que yo bloqueaba la única salida posible, y es que la muchacha o pasaba por encima de mí o salía por la ventana, y como vivimos en un octavo tomó la opción más respetuosa con su vida. Una acción muy inteligente, todo sea dicho de paso. Cruzó por encima de mis piernas y antes de marcharse me dedicó una sonrisa y juntando las manos delante del pecho e inclinando la cabeza me hizo una reverencia.

—Tienes una casa preciosa.

Y con esta frase desapareció de mi vida dejando una buena segunda impresión, porque la primera fue realmente nefasta. Sentada en el suelo con el jersey lleno de lágrimas y mocos, mire a mi ya exnovio con tristeza.

—Coge tus cosas, Ramón, y vete. No voy a hacer una escena porque estoy muy cansada, pero no quiero volver a verte.

—A ver, Emma, que ahora mismo estás muy alterada y posiblemente estés medicada con algo y no sabes lo que realmente te conviene en estos momentos. Vamos a darnos un tiempo para pensar bien lo que ha pasado. ¿Qué te parece si te vienes a la cama conmigo? Tal vez podríamos incluso hacer el amor, yo ya estoy listo —dijo levantando el edredón y enseñándome su erección.

—¿Pero tú es que eres tonto? O peor aún, ¿me tomas a mí por tonta? No cojo un palo de escoba y te lo parto en la espalda porque no me apetece ni levantarme del suelo ahora mismo, pero te juro por lo más sagrado que si no te vas a hora mismo, llamo a mi primo Guardia Civil y se planta aquí con la mitad del cuartel para darte una paliza.

Ramón conocía a mi primo de las reuniones familiares y le tenía un miedo irracional, posiblemente porque lo veía como alguien que había sido capaz de conseguir sus metas sin desviarse del camino. Por eso y porque tenía unos bíceps que eran capaces de aplastar una lata de Coca Cola. Así que reunió su maltrecha dignidad, metió un par de cosas en una mochila y se marchó de mi vida, no sin antes decirme desde la puerta.

—No es lo que parece, Emma.

Y esas fueron las últimas palabras del hombre con el que había compartido gran parte de mi vida adulta. Estaba tan cansada que no tenía fuerzas ni para llorar por él y, tal y como estaba, me metí en la cama y dormí más de diez horas seguidas.

Capítulo 2

Cuando me desperté, el dolor de cabeza había desaparecido casi por completo, pero seguía teniendo la nariz más atrancada que la autovía del Levante un primero de agosto. Así que organicé mi vida por prioridades, lo primero que hice fue buscar el móvil y mandar un mensaje al whatsapp de *Super Girls* para que vinieran a cenar a casa, hoy necesitaba apoyo moral del mejor equipo del mundo.

Luego cogí varias bolsas de basura y comencé a llenarlas con las cosas que Ramón no había podido meter en su exigua bolsa de viaje. Su ropa, sus libros de autoayuda, sus miniaturas de *Juego de Tronos*... Espera, que como estas las pagué yo, mejor me las quedo. ¿A quién no le gusta tener una réplica del Rey en el Norte o de Jon Nieve? Sus cómics, sus zapatos, sus delantales de cuando quiso montar una fábrica de kéfir en mi cocina. Todo iba siendo engullido por el plástico negro de las bolsas de basura. Yo interrumpía mi trabajo de vez en cuando para ir al baño a sonarme los mocos, hasta que decidí coger el rollo de papel y directamente llevarlo en el bolsillo de la bata.

Sonaba *Tainted Love* en la voz de Imelda May a todo volumen cuando di mi trabajo por concluido. Le pediría a mi primo que le llevara las bolsas a Ramón, pensé sonriendo malévolamente. Cuando hube terminado con mi limpieza tenía varios sacos de basura llenos hasta arriba que guardé provisionalmente en la habitación de invitados / despacho, mucho más sitio en mis armarios y estanterías, y una sensación de liberación en el alma.

Tuve el tiempo justo de ducharme y ponerme un chándal limpio, que lo bueno de que tus mejores amigas vengan a cenar contigo es que te puedes permitir ir vestida como una yonki de los años noventa que ellas no te van a juzgar, antes de que sonara el timbre. En la puerta apareció la mujer más hermosa que hayáis visto nunca, y no lo digo porque sea mi amiga, sino porque es verdad. Una diosa de un metro setenta y cinco, rubia con el pelo largo en una coleta tirante y un *eyeliner* que destacaba sus ojos almendrados. Vestía con una sencilla camisa blanca bien almidonada y una falda de tubo de cuero negro. Por supuesto completaba el conjunto unos *stiletos* negros que le daban un aspecto de *femme fatale*. Os lo juro, si no la conociera desde el instituto la odiaría con todas mis fuerzas por ser tan perfecta.

Y siempre había sido así de espectacular, no creas que era la típica gordita y con granos que al llegar la pubertad pasó de patito feo a cisne. No, ella ha sido preciosa toda su vida, y no recuerdo ni un solo chico de nuestra clase que no suspirara por llevarla detrás de las gradas de la pista de atletismo del instituto. Por eso dejó a todo el mundo con la boca abierta cuando con quince años decidió salir del armario. Y lo hizo como solo Diana sabe hacer las cosas: a lo grande. Lo proclamó a voz en grito en mitad del patio de un colegio religioso escandalizando tanto al personal docente como a los inocentes escolares. Si no fuera porque sus padres están forrados, pero forrados, chica, créeme, e hicieron una importante donación para restaurar la capilla del colegio, la hubieran echado de forma fulminante.

Allí estaba plantada en mi puerta como una aparición feérica mirándome ceñuda.

—Tienes un aspecto horrible.

—Gracias, Diana, yo también me alegro de verte —saludé mientras me hacía a un lado para dejarla pasar al salón de casa.

Diana escrutó mi salón con mirada crítica hasta que tuvo suficiente con lo que veía y se giró de nuevo hacia mí.

—Hay algo nuevo aquí, no sé que es, pero hay cosas que no están en el

mismo sitio que la última vez.

Diana era observadora como un águila y con la agilidad mental de un lince. Había tenido una carrera meteórica hasta llegar a ser, con treinta años, la directora de ventas de una multinacional. Las malas lenguas dicen que ha sido gracias a sus padres, que le han aplanado el camino, pero ya os digo yo que no, que todo lo que tiene lo ha conseguido con mucho esfuerzo. Y porque es listísima, la tía. Ya os he dicho que si no la conociera desde siempre la tendría en mi lista de mujeres a odiar justo debajo de JLo y posiblemente a la misma altura que Jennifer Aniston.

—Estamos redecorando —dije mientras notaba que la sangre subía en tropel a mis mejillas.

—¿Estamos? —preguntó mientras levantaba una perfectamente depilada ceja.

No os imagináis lo nerviosa que me ha puesto siempre ese gesto. No necesita decirme nada más, simplemente levanta una ceja y ya me siento capaz de confesar hasta el asesinato de Kennedy, y eso que yo en aquella época no era ni un proyecto en ciernes. Me salvó de contestar el timbre que anunciaba una invitada más.

Laura estaba de pie en el pasillo con una bandeja que llevaba una tarta de manzana casera, sus rizos morenos como una corona alrededor de su cabeza y una sonrisa radiante. Laura es mi mejor amiga desde la guardería, vivíamos en el mismo bloque de edificios, en el mismo piso y hasta en el mismo pasillo. Es casi como una hermana para mí y llevo toda la vida soportando sus locuras y es que es una niña de doce años en el cuerpo de una adulta. Sigue soñando con príncipes azules, unicornios y hadas madrinas.

Al entrar en casa me dio un achuchón que me recolocó las vértebras y me hizo crujir las costillas y luego hizo lo mismo con Diana, que perdió por unos instantes su aura de mujer fría al tener cerca a Laura. Mientras yo guardaba la tarta en el frigo, Laura nos puso al corriente de los últimos detalles de su boda. En septiembre se iba a casar con Juanmi, su novio de toda la vida y un

buenazo sin igual. ¡Ah! No os lo he dicho, pero Laura es una fanática de Escocia (y sobre todo de los escoceses). Su sueño es que un *highlander* la rapte y se la lleve al hombro a su castillo, pero la realidad es que se tiene que conformar con Juanmi que es contable en una gestora y se está quedando un poco calvo. Como su pasión por Escocia es tal hemos decidido organizarle la despedida de soltera en ese país aprovechando que en verano hay *Juegos de las Highlands* en algunas ciudades, pero... *shhh*, es un secreto y no se lo podéis decir.

Llevábamos unos minutos hablando sobre centros de mesa para banquetes y celebraciones cuando el timbre sonó otra vez. Ya solo nos quedaba una de las *Super Girls* por llegar y lo hizo con retraso, como siempre. Youki podía ser en ocasiones desesperante.

Nuestra querida Youki fue la última incorporación a la pandilla, llegó en el último año de instituto y la acogimos en seguida cayendo a sus pies gracias a su sarcasmo y su humor negro. Es china, aunque fue adoptada con cuatro años y es gracioso porque tiene más acento madrileño que nosotras, y es que no conozco a nadie que diga «*eg que*» con más sentimiento que ella. Es veterinaria en una explotación ganadera de las afueras de Madrid y siempre anda liada, pues es una carrera muy solicitada. Su pelo lacio es la envidia de Laura que no sabe cómo dominar sus rizos y su cutis perfecto, la envidia de las demás.

Cuando estuvimos todas pedimos sushi y abrimos una botella de vino mientras nos íbamos poniendo al día. Yo hacía pequeñas pausas para estornudar o para reponerme de un ataque de tos. Mientras devorábamos el postre que Laura había cocinado magistralmente, Diana hizo la pregunta que tanto me temía.

—Bueno, Emma, ya nos lo puedes decir, ¿por qué nos has invitado esta noche?

—Pues... porque me apetecía ver a mis amigas, por nada más.

Laura sonrió complacida tragándose la mentira sin rechistar, Youki asintió y

Diana levantó una ceja al tiempo que le daba un elegante sorbo a su copa de vino. Ese simple gesto hizo que me pusiera nerviosa, y yo, cuando estoy nerviosa, hablo y hablo sin parar.

—Ya sabes, sois mis amigas, os echo de menos. Porque claro, si es que son muchos años, y muchas cosas las que hemos vivido. Y comer, pues es una cosa que está muy bien. Gran tarta de manzana, Laura. Y Youki, qué pelazo, me encanta. Y comer es algo bueno, ¿lo he dicho ya?

Diana posó la copa de nuevo en la mesa y repitió el gesto con la ceja y confesé, claro que confesé, nadie puede resistirse.

—He dejado a Ramón.

Un coro de lamentos surgió de las gargantas de Youki y Laura, pero Diana aún no había terminado conmigo.

—¿Y qué más?

¡Dios! ¡Qué buena es! ¿Le habrán enseñado estas técnicas de interrogatorio en la escuela de negocios o en el KGB?

—Pues que lo pillé con otra esta mañana y entonces lo eché de casa.

Diana sonrió satisfecha y se repantigó en su silla mientras yo contaba todo lo que había pasado desde que el despertador sonó arrancándome de los dulces brazos de Morfeo hasta que ellas habían llegado. Ibuprofenos, pañuelo y bolsas de basura mediante.

Cuando terminé de hablar, Laura se levantó y me estrujó de nuevo entre sus brazos como una mamá oso protegiendo a sus crías. Youki me decía que todo se arreglaría, que ahora viene lo mejor y demás sandeces que decimos cuando tratamos de consolar a alguien. Diana, sin embargo, fue mucho más pragmática.

—Pues me alegro muchísimo de que por fin dejaras a ese inútil.

Laura dio un respingo con el terror pintado en sus facciones. Según su concepción Disney del amor, Ramón y yo estábamos hechos el uno para el otro y esto solo era una de las pruebas por las que teníamos que hacer frente para al final estar juntos.

—No digas eso, Diana. Emma lo está pasando mal, cinco años con una persona son muchos y nos necesita ahora más que nunca.

—¡Venga ya! Esos dos llevaban separados más de dos años, lo que pasa es que ninguno se atrevía a reconocerlo. Dime, ¿has llorado cuando él se ha ido? ¿O cuando has metido en bolsas de basura los recuerdos de vuestra vida juntos?

Un tenso silencio se instauró en mi salón con mis mejores amigas mirándome directamente. Al final bajé la cabeza en señal de rendición.

—No.

—Lo sabía —dijo Diana triunfante.

—Pero ¿pero cómo es eso posible? —preguntó Laura que no sabía cómo interpretar eso.

—Pues porque Diana tiene razón, ya no le quería, pero supongo que era demasiado cobarde como para decirlo en voz alta. Al pillarlo con otra he tenido la excusa perfecta para sacarlo de mi vida sin tener que buscar un motivo adicional.

Youki no había abierto la boca todavía. Sus intervenciones solían ser pocas pero meditadas.

—Pues si llevas casi dos años sin quererlo, creo que has pasado ya el duelo necesario para una ruptura y puedes entrar directamente de nuevo al mercado.

Diana le dio la razón levantando su copa de vino y brindando y Laura, tras el estupor inicial, acabó asintiendo. Esa misma noche decidimos entre las cuatro que me haría un perfil de Tinder y que buscaría a un hombre del que estuviera realmente enamorada.

—Veamos, busquemos a un hombre de entre veintiocho y treinta y cinco años. Que le gusten la naturaleza y los animales.

—Y el cine, sobre todo películas antiguas.

—Y que trabaje, que ya has mantenido bastante a esa garrapata —añadió Youki.

Y así, rodeada de amigas en el salón de casa mientras le dábamos los

últimos bocados a una deliciosa tarta casera, fuimos reuniendo las piezas de mi maltrecha vida para crear una nueva. Lo que no podía yo imaginarme es que ese perfil de Tinder me traería alguno de los momentos más desastrosos de toda mi existencia.

Capítulo 3

Tres días después volví de nuevo al hospital. El Cuervo me escrutó desde una distancia de seguridad y dio su visto bueno a mi reincorporación pues ya no había riesgo de que todo el personal se contagiara. No me preguntó ni una sola vez cómo me encontraba o si la convalecencia había sido difícil. Todo lo contrario que Carmen que me frió a preguntas nada más cruzar el umbral de la sala de descanso.

Pensaba darle una versión resumida de los hechos en plan «me cansé de Ramón y lo dejé», pero me di cuenta de que Carmen se merecía mucho más, así que me lancé en un relato detallado de lo que había pasado en mi vida durante las últimas noventa y seis horas. Desde la monitora de *chi kung*, a la tarta de manzana y la inscripción en Tinder. Se lo conté todo.

—Mira, no conozco a Diana porque no me la has presentado nunca, pero te digo desde ya que es la que mejor me cae. Ella también se dio cuenta de que Ramón no era para ti.

—Sí, sí, ahora sois todas grandes detractoras de él, pero mientras estábamos juntos ninguna abrió la boca.

—Hombre, no está bien opinar sobre las relaciones de los demás, pero sabes que yo siempre te he dicho que te merecías algo mejor.

Asentí en silencio. Creo que estaba en esa fase de la ruptura en la que trataba de buscar culpables en cualquier lado justamente para no darme cuenta de que la única que tenía la clave para haber hecho algo antes era yo.

—Y dime, ¿cómo fue tu cita?

La tarde anterior había quedado con uno de los hombres que había conocido en Tinder. Sobre el papel parecía perfecto: bombero, amante de los animales y de la vida sana. Guapo, atlético y por lo que estuvimos chateando muy majo, además. Así que me lancé y tras el trabajo quedamos para tomar algo. Le dije que eligiera él el sitio, que a mí me daba igual. Y ese fue mi primer error.

—Pues me llevó a una cafetería vegana de Malasaña donde tomé el peor té y la peor magdalena de mi vida. El té sabía a tierra y la magdalena estaba tan dura que la podíamos haber utilizado para jugar al golf.

Carmen estalló en una sonora carcajada.

—Bueno, no es bueno eligiendo locales, pero ¿qué tal es él?

—¡Un horror! —dije sin poder reprimirme—. Me preguntó si entrenaba, cuáles son mis pulsaciones en reposo y me hizo detallarle qué es lo que como cada día. Cuando le hablé de la máquina expendedora del hospital o de que me tomo un café de máquina de vez en cuando, casi se levanta de la silla de un salto. Me dijo que había que cambiar todo eso, me propuso salir a entrenar seis veces por semana.

—Al menos te deja un día libre —añadió tratando de aguantarse la risa.

—De eso nada, los domingos son para subir montañas. Mira, Carmen, que a mí me gusta el monte, pero no para dedicarme a eso de manera profesional.

Mi pobre Carmencita estaba en esos momentos sujetándose la barriga doblada de la risa.

—Para ya que se te van a empañar las gafas de tanto reírte —dije tratando de hacerme la ofendida, pero solo conseguí que se riera aún más fuerte.

—Bueno, entonces ¿qué? ¿Lo vas a volver a ver?

—¿Pero tú estás loca? Ni en un millón de años vuelvo a quedar con un tipo como ese, que me quiere cambiar antes siquiera de conocerme. A ver, que yo soy doctora, que sé que comer sano es importante, pero escúchame, un bocadillo de jamón con una cerveza de vez en cuando le sientan al cuerpo de maravilla.

—Amén — dijo Carmen elevando su café al cielo en señal de reconocimiento.

—Bueno, vamos a trabajar un rato antes de que venga el Cuervo y nos eche a las dos por bajo rendimiento.

—Te echarán a ti, bonita, que yo llevo ya tanto tiempo en este hospital que formo parte de los muebles —añadió con una sonrisa.

Terminé mi turno agotada, creo que traté de compensar mi mala vida social y amorosa dedicándome en cuerpo y alma a mi trabajo. Incluso me ofrecí voluntaria cuando el Cuervo pidió a alguien para hacer horas extras. Carmen me miró negando con la cabeza pero me entendía, sabía que volver a mi piso no era lo que menos necesitaba en ese momento.

Al llegar a mi casa me puse unas mallas, las zapatillas de deporte y salí a correr un rato. La adrenalina golpeando en mi sistema circulatorio, el sudor transpirando mi piel y mis pies volando sobre el asfalto me hacían sentir viva. Conocía el camino pues lo había recorrido cientos de veces y la música me acompañaba en mis oídos transportándome en mis pensamientos lejos de ahí.

¿Cuándo dejé de querer a Ramón? Seguramente cuando decidió convertirse en vendedor de compost casero, creo que ahí me di cuenta de que ese hombre no era para mí. Pero entonces dejó su empleo y se sumió en la tristeza y yo me dije que no iba a añadirle una carga más rompiendo nuestra relación. Y como él encadenaba fracasos laborales yo siempre posponía mi decisión de dejarlo hasta que decidí que compartir tu vida con alguien a quien no amas y por el que no sientes ni respeto era lo normal.

Pero yo quería más. ¿Qué digo? Merecía más. Un hombre que me hiciera temblar de emoción y de pasión, que hiciera que mi mundo se pusiera patas arriba y que me quisiera con una pasión arrolladora. ¿Era tanto pedir? Pues chica, por lo visto sí, porque de esos mira que hay poquitos, y los pocos que hay no deben vivir en mi barrio porque yo no me he cruzado todavía con

ninguno de ellos.

Llegué a casa reventada, había estado corriendo durante hora y media y tenía la camiseta y las mallas tan empapadas en sudor que temí que mi lavadora se negara a que se las introdujera para lavarlas. Tras dejar la ropa dando vueltas flotando en agua jabonosa me tocó el turno a mí. Durante cinco años no pude darme un baño pues Ramón me los tenía prohibidos. Es verdad que no son buenos para el medio ambiente y menos en un país con sequía crónica como España, pero de vez en cuando el cuerpo necesita sumergirse en agua con espuma mientras suena de fondo Ed Sheeran.

Así que hice eso y durante los siguientes veinte minutos el mundo dejó de girar, solo estábamos Ed, el agua caliente y yo. Y por primera vez en mucho tiempo me sentí libre, sentí cómo mis pensamientos se apagaban y las preocupaciones se iban desagüe abajo.

—Soy guapa, soy simpática y tengo un buen empleo, seguro que con esto de Tinder encuentro al hombre de mi vida en menos que canta un gallo.

Capítulo 4

Quince días con sus quince noches se derramaron sobre el universo desde que yo me di mi catártico baño de espuma. En estos quince días han pasado unas cuantas cosas, pero si hay algo que se puede destacar es que tuve las tres peores citas de la historia. Que sí, que sí, lo que yo te diga, un desastre total y absoluto. ¿Queréis que os cuente cómo fueron? Pues claro que sí, si estáis aquí es porque sois igual de cotillas que yo y porque disfrutáis de los fracasos amorosos de los demás. Pero tranquilas que no me enfado, si en el fondo me lo tenía merecido por haber dejado mi perfil de Tinder en manos de mis amigas y por pensar que el Universo podía mandarme un hombre en condiciones vía wifi.

Vayamos con el primer candidato. Tras chatear durante unos días decidimos vernos en el Retiro. Ahí ya empezó marcando puntos porque reconozco que pasear por los jardines del Retiro es algo que me encanta. Incluso en febrero que estábamos es una delicia perderse por los caminos y vagar bajo los árboles sin rumbo fijo.

A simple vista el chico era bastante mono, con gafas de pasta negra, los ojos un poco saltones y un flequillo rebelde que se empeñaba en caerle sobre los ojos. Vamos, una monada en toda regla. Uno de esos hombres con cierto aire infantil e ingenuo que te dan ganas de achuchar nada más verlos.

Estuvimos hablando mientras le dábamos la vuelta al lago, el sol de invierno apenas calentaba y yo llevaba las manos bien resguardadas dentro de

los bolsillos de mi chaquetón. Nos sentamos en un banco para continuar con ese momento que, para mí, estaba siendo muy agradable. Era dicharachero y su conversación bastante agradable hasta que hablamos de animales.

—¿Te gustan los animales?

—La verdad es que sí, mis padres siempre han tenido perro y yo de pequeña tuve varios peces de estos rojos que están en una pecera redonda. Se me acababan muriendo siempre y me daba mucha pena, pero mientras los tenía eran una gran compañía. Además de que Youki, una de mis mejores amigas, es veterinaria.

—¿En serio? ¿Y puede conseguir animales?

—¿Cómo que si puede conseguir animales? ¿Para adoptar quieres decir?

—No, yo no los quiero vivos, me gustan más cuando ya están muertos.

—¿Qué?!

—Sí, mira, esta es una de mis grandes aficiones.

Y en ese momento, ese chaval con pinta de angelito sacó su móvil del bolsillo y me mostró su colección de animales disecados. Porque sí, en su tiempo libre era taxidermista. Pájaros, gatos, un zorro, algo similar a una mofeta... Había de todo en esa galería de los horrores que él pasaba con el dedo lleno de orgullo.

—Yo, esto...

—Mira, esta es una de mis favoritas.

Sabéis lo adorables que son las ardillas, ¿verdad? Pues dejan de serlo cuando están rellenas de paja y con ojos de plástico. Yo no podía dejar de pensar en Chip y Chop que han sido siempre unos de mis personajes favoritos de Disney y ahí me di cuenta de que por muy mono que fuera, lo nuestro no tenía ningún futuro. Me levanté de un salto y tras murmurar alguna disculpa inconexa puse pies en polvorosa. Creo que me gritó algo sobre darle el número de Youki cuando me alejaba, pero ni siquiera estoy segura.

Superado el mal trago del primero, decidí quedar con otro de los hombres de Tinder. Esta vez fue en una cafetería del centro, ya había tenido suficiente naturaleza y parque por el momento. Cuando llegué me estaba esperando a la mesa y me había pedido una magdalena con un té Earl Grey. Yo soy más de té verde con menta, pero agradecí el gesto y no dije nada pues lo tomé como algo galante. El candidato número dos era moreno de ojos marrones, con una nariz un poco ganchuda pero que le daba personalidad y atractivo.

—Termínate la magdalena, Emma.

—No tengo hambre.

—Mira, yo vengo de una familia de acogida y cuando era pequeño mi madre a veces no nos daba de comer, por eso ahora tengo una especie de obsesión con la comida y no me gusta que se quede en el plato.

—Ya, pero yo ni siquiera he pedido la magdalena, lo has hecho tú. Si tan mal te sienta que se desperdicie la comida te la puedes terminar si quieres — dije empujando el platillo hasta su lado de la mesa.

La mirada de incredulidad que me regaló casi me hace explotar de la risa, creo que no se esperaba esa respuesta para nada, imaginaba que yo me la iba a comer mansamente. ¡El pobre! Mira que estaba equivocado. Decidió cambiar de tema rápidamente pues comerse la magdalena le interesaba tan poco como a mí.

—Y dime, Emma, ¿qué cosas te gustan hacer?

—Pues me gustan las películas antiguas, leer, adoro leer y la naturaleza — omití hablar de animales pues aún me estaba reponiendo de mi cita con el taxidermista.

—¿Y en la cama?

Casi se me sale el té por la nariz, os lo juro.

—¿Perdona?

—Sí, ¿te gusta que te peguen? ¿Y las pinzas para pezones?

—¿En serio vamos a hablar de eso ahora?

—¿Y qué me dices de las bolas chinas? ¿Y el *fisting*?

¡Madre mía! Estaba delante de un Christian Grey de *AliExpress*. Antes de que pudiera salir de ahí corriendo me tendió un fajo de papeles que estoy segura que ya habéis adivinado lo que era: ¡un contrato! Me levanté de un salto y no me molesté ni en despedirme. Desde luego estaba acumulando anécdotas para contárselas a las *Super Girls*... Y lo peor estaba aún por llegar.

Mi fe en esta aplicación se estaba desvaneciendo a marchas forzadas, si no la eliminé directamente de mi móvil fue por el candidato número tres. Tanto el parque como una cafetería me traían recuerdos desastrosos, así que quedé con él en un supermercado. Lo sé, es lo más cutre del mundo, pero yo tenía que hacer la compra y ya no estaba dispuesta a perder más tiempo de mi vida con bichos raros.

Fue un éxito. Le gustaba comer sano pero sin pasarse, era fan del chocolate negro y tenía buen ojo para las ofertas. Pasamos una tarde tan buena que me atreví a sugerir que la próxima vez nos viéramos en una cafetería. Esta vez fue aún mejor que la anterior, le gustaban las películas de Audrey Hepburn y las de Humphrey Bogart, estaba en una asociación de senderismo y era voluntario en Cáritas. Además de que estaba bastante bien, que eso siempre ayuda.

Así que me envalentoné y le propuse irnos de excursión el sábado a Navacerrada, le había dejado el coche a su madre (de la que hablaba maravillas) con lo que yo pasaría a recogerlo con el mío. Vivía en un barrio residencial a las afueras de la capital en un dúplex adosado con un bonito jardín delantero. Lo reconozco, la impresión que me estaba llevando de él era cada vez mejor.

Cuando llamé al timbre, en vez de abrirme él lo hizo una señora de unos sesenta años con gafas de carey y el pelo recogido en un tirante moño.

—¡Ay, Emma! Qué alegría poder conocerte al fin, he oído hablar muchísimo de ti —dijo mientras me daba un abrazo y me asfixiaba con su olor a alcanfor.

Yo no tenía ni idea de quién era esa mujer, así que le di dos besos y traté de

componer mi mejor sonrisa falsa. La señora me hizo pasar al salón donde otras tres mujeres de aproximadamente la misma edad estaban sentadas en una mesa camilla tomando churros con chocolate.

—Ven y siéntate con nosotras —dijo una de ella señalando una silla vacía. Obedecí y vi que la mesa estaba puesta para cinco, me estaban esperando.

En ese momento me fije en la decoración, en vez de muebles modernos y masculinos había gatos de cerámica por todas partes, tapetes de ganchillo sobre los muebles y cojines de terciopelo con estampado de flores.

—Queremos saberlo todo de ti —dijo una de ellas que me recordó a una de las Parcas de la película *Hércules*.

—Pues yo... Esto... Estoy esperando a José para irnos de excursión.

—Sí, ya nos lo ha dicho. Dice que vais muy en serio.

—Bueno... Nos hemos visto dos veces.

—Y con esta ya van tres —dijo sonriendo otra de las mujeres.

—Dinos, Emma, ¿te gustaría ser madre joven o eres de las que va a esperar a que se le pase el arroz? —preguntó con una sonrisa gatuna la que me abrió la puerta y que yo imaginé que sería la madre de José.

En este punto yo empezaba a preocuparme seriamente. He visto varias veces *La semilla del diablo* y esta escena estaba teniendo muchas similitudes con la película. En ese momento apareció José bajando las escaleras a grandes zancadas.

—Querida, ya estás aquí —dijo plantándome un beso en la mejilla.

¿Querida? Un momento, ¿se puede saber qué está pasando aquí?

—Oye, Pepín, porque no coges eso de lo que hemos hablado de mi cuarto y se lo enseñas a Emma.

A él se le iluminó la cara con la idea y a mí se me ensombreció pues se acababa de confirmar que este treintañero tan guapo seguía viviendo con su madre. Desapareció escaleras arriba y cuando volvió al salón llevaba un vestido de novia de los años ochenta en las manos. Sí, sí, habéis oído bien. Vestido de novia. ¿Os acordáis del de lady Di? Pues este tenía las mangas aún

más abullonadas...

—Es con el que yo me casé —dijo su madre—. ¿No crees que sería divertido que te lo probaras? Es como jugar a disfrazarse.

—Mejor no —acerté a decir sobreponiéndome al estupor que toda la escena me provocaba.

—Venga, será solo un momento. Hazlo por mí —me dijo José suplicante y hasta estuve tentada de aceptar si no fuera por la intervención de una de las amigas de su madre.

—Tú sigues siendo virgen, ¿verdad, bonita?

Me levanté de un salto, en un gesto que se está convirtiendo en una especie de costumbre últimamente, y salí de allí como alma que lleva el diablo. Me monté en el coche y conduje sin mirar atrás durante varios kilómetros hasta que al llegar a una gasolinera me paré, saqué la tarjeta del móvil y la tiré a la basura. Me cambiaba de número, de compañía, y si el móvil no tuviera solo un par de meses, también de teléfono.

Además de que juré que nunca jamás volvería a confiar en una aplicación para buscar pareja. El hombre de mi vida entraría por la puerta si así estaba escrito, y si no, yo sería la tía solterona de los hijos de mis amigas. Me los llevaría de marcha, les compraría toneladas de caramelos y les prometería que sus padres los van a llevar a Disneyland por su cumpleaños solo para molestar a esos padres.

Capítulo 5

¿Os han resultado divertidas mis citas desastrosas? Pues mis amigas no podían parar de reírse. Hasta la severa Diana había perdido la compostura y estaba llorando de la risa imaginándose mi futuro al lado del *taxidermista loco*, como había decidido llamarlo.

Habíamos quedado a cenar en casa de Laura que es la que mejor sabe cocinar de todas nosotras. Nos había preparado un festín a base de pollo al wok con verduras, arroz con anacardos y ensalada mixta con atún y huevo cocido. Ella lo llama «mezcla cultural en la cocina», pero la realidad es que las ensaladas no le interesan lo más mínimo y solo sabe hacer la típica que te encuentras en cualquier bar de carretera. El caso es que estábamos las cuatro reunidas en torno a la gran mesa de comedor de Laura mientras yo iba desgranando mis desventuras amorosas a mis mejores amigas.

—Yo me hubiera quedado con el imitador de Christian Grey —dijo Youki—. Pero le hubiera dicho que todo lo que me propusiera se lo iba a hacer yo primero a él, ya verás como las pinzas para pezones y los latigazos ya no le hacen tanta gracia.

—Pues a mí el que te presentó a su madre no me parece tan malo —dijo casi en un susurro Laura mientras apuraba su copa de vino.

—¿Que no es tan malo? Esa escena parecía sacada directamente de *Psicosis*, Laura.

—Vosotras lo veis todo siempre mal, es un chico que se preocupa por su

madre y por las buenas costumbres.

—¡Una amiga de su madre le preguntó a Emma, tras conocerla durante dos minutos, si era virgen! —dijo Diana levantando la voz.

Laura se encogió de hombros, parecía que no iban a llegar a ningún punto en común pues lo que a todas nos parecía terrorífico a ella le resultaba encantador.

—Bueno, cambiemos de tema, anda, que ya os habéis reído bastante de mí.

—Y lo que nos queda —añadió Diana con una sonrisa lobuna mientras alzaba la copa y simulaba un brindis en mi honor.

—Laura, ¿cómo van los preparativos de la boda? —dije en un intento de desviar la atención sobre mis terribles citas de los últimos días.

—¡Uy! Pues ya está casi todo listo, tenemos la prueba del menú dentro de diez días y ya tenemos contratado el fotógrafo y la orquesta, que era algo que nos preocupaba bastante. Así que se puede decir que va todo viento en popa. Solo hay un problema...

—¿Qué pasa?

—El otro día Juanmi y yo tuvimos una bronca bastante seria.

—No nos habías dicho nada.

—Tampoco quería preocuparos, y no es como si fuéramos a cancelar la boda en el último momento o algo así. Simplemente discutimos por la música para entrar a la iglesia.

Youki, Diana y yo nos miramos algo desconcertadas.

—¿Qué pasó exactamente?

—Ya sabéis que me encanta Escocia y que mi sueño era haberme casado en un castillo en las Highlands escocesas, pero como mis padres son como son, si les digo de irse a otro país, y encima uno en el que se habla inglés, para casarme, me desheredan del tirón. Así que pensé que podría ser bonito que yo entrara en la iglesia con un grupo de gaiteros tocando la canción de *Braveheart*. ¿Qué pensáis?

Hubo un momento de silencio en el que la mirada esperanzada de Laura se

cruzó con la nuestra. Yo estaba perpleja ante tal afirmación y Diana no sabía si hablaba en serio o si bromeaba y Youki... Bueno, Youki rompió a reír sin poder evitarlo.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida, Laura. ¡Pero si eres de Moratalaz!

Laura se sonrojó y cruzó los brazos delante del pecho en señal de enfado como haría una niña de cinco años.

—Bueno, ¿y qué pasa?

—Pues que queda fatal que quieras entrar con la banda sonora de una peli, que además es históricamente incorrectísima —repuso Diana que se había repuesto del shock que le habían producido las palabras de Laura.

—Pero es mi sueño —dijo enrocándose aún más en su posición.

La situación iba de mal en peor, Diana tenía muy poca paciencia con según qué cosas, Youki a veces pecaba de ser demasiado sincera y Laura era especialista en montar un circo por cualquier cosa. Era como si mezclas Coca-Cola con Mentos, nada bueno puede salir de ese experimento. Antes de que la cosa llegara a más, decidí intervenir.

—Laura, tu sueño es casarte con Juanmi, que te quiere con locura y que daría su vida por ti. Rodeada de amigos y siendo la más bonita de la fiesta. Eso es un sueño de verdad, lo de la música de gaitas, no sé, si quieres déjalo para la noche de bodas.

Algo tuve que decir que hizo que Laura recuperara la sonrisa al instante.

—¡Ay, sí! Pero qué buena idea, Emma. Pondré la música en el móvil y cuando crucemos el umbral de la habitación del hotel que suene justo esa canción. Va a ser perfecto —dijo batiendo palmas y levantándose para darme un abrazo.

Había evitado la tormenta, pero por muy poco, no me podía relajar, el vino tinto y las deslenguadas de mis amigas podían ser una combinación nefasta.

—¿Os apetece que veamos la nueva temporada de *Outlander*? Ya hay algunos capítulos disponibles y he esperado para verlos con vosotras —dijo

Laura que había vuelto a recuperar la sonrisa.

Ese era uno de nuestros pequeños rituales, una vez al año elegíamos una serie y nos sentábamos a verlas todas juntas. Lo habíamos hecho con las primeras temporadas de *Anatomía de Grey*, con *Doctora en Alabama*, con *Gossip Girl* (sí, a nuestra edad, pero, chicas, esos modelazos y esos dramas te gustan aunque ya hayas pasado la treintena) y ahora *Outlander*. Nos gustaba ver los capítulos en casa de Laura que era la más acogedora tras una buena cena entre amigas. En cuanto escuchamos que había una serie ambientada en la época jacobita supimos que Laura nos iba a arrastrar a verla, lo que no imaginamos es que nos iba a enganchar tanto la historia que pocas semanas después ya habíamos devorado todos los libros de Diana Gabaldón.

—Sí, por favor, que me muero por saber cómo continúa.

—Además de que Jamie está tan bueno, pero tan, tan bueno —dijo Youki fingiendo desmayarse en el sofá.

—Sí, no entiendo qué ve en la sosa de Claire.

—Pues yo no veo que sea una sosa, al contrario, yo veo la serie solo por ella —respondió Diana con una sonrisa pícaro.

—Apoyo a Emma, ese mozo estaría mejor con cualquiera de nosotras. Salvo tú, Diana, por motivos evidentes.

No pudimos evitar reírnos con las ocurrencias de Laura y su visión algo infantil de la vida. Tras ver dos capítulos de la nueva temporada estábamos todas más enamoradas de Jamie que al principio, si eso era posible. Salvo Diana que, por motivos evidentes, seguía enamorada de Claire.

Pasar la noche con las chicas me sentó de maravilla, me reí, bebí buen vino, cené de maravilla y vi a un escocés de un metro ochenta que está tremendo. No podía ni imaginar que otro escocés estaba a punto de cruzarse en mi vida para ponerla completamente patas arriba.

Capítulo 6

Estaba de guardia en el hospital, ¿dónde iba a estar si no? Había decidido desinstalar Tinder de mi móvil y ahora solo esperaba que el hombre de mis sueños se cruzara conmigo en el puesto de café como en las películas de Jennifer Aniston. De vez en cuando pillaba a Carmen mirándome fijamente mientras negaba con la cabeza como dando mi caso por perdido. Ella ya me veía sola por el resto de mis días y para evitarlo no dudaba en dejar caer que estaba soltera delante de cada interno con el que coincidía. A pesar de mis miradas asesinas ella no se daba por vencida y trataba de buscarme novio al precio que fuera.

Por eso cuando entró en mi consulta con una sonrisa de oreja a oreja sosteniendo el dossier de un paciente no le di más importancia. Pensé que sería otro vendedor de seguros con el que pensaba que yo sería feliz.

—Tengo un regalo para ti —dijo muy ufana mientras me tendía la carpeta de cartón con los datos del paciente.

—No creo que darme trabajo pueda considerarse un regalo, Carmen.

—Ya verás cómo sí —sonrió enigmática.

Lo primero que me llamó la atención fue el nombre del paciente: Ferguson McLane.

—¿Y esto? — pregunté sorprendida.

—Eso no es lo mejor, espera que ya verás.

Y dicho esto, salió al pasillo y por gestos les dijo a los ocupantes de la sala

de espera que entraran en mi consulta.

Cuando eres médico te preparan para muchas cosas, para el dolor del paciente, la pena de los familiares, las malas noticias que debes dar en ocasiones, pero no te preparan para que tres escoceses espectaculares entren en tu consulta un sábado por la mañana. Así que me quedé sin habla, como una niña de seis años delante de los Reyes Magos. Si los Reyes Magos fueran tíos de un metro noventa que están buenísimos.

—Señor McLane —conseguí decir después de carraspear un par de veces y de notar cómo la sangre de todo mi cuerpo se concentraba en mis mejillas.

Un hombretón moreno con unos ojos azules como un cielo despejado dio un paso hacia mí mientras se sujetaba el hombro con gesto dolorido. A pesar de que sus ojos mostraban sufrimiento, me regaló una sonrisa que hizo que me temblaran las rodillas. Los tres iban vestidos de manera informal y habían dejado un reguero de tierra que caía de sus botas por el pasillo hasta mi consulta.

—Veamos, ¿me puede decir qué ha pasado exactamente?

Se giró y miró a uno de los compañeros que habían venido con él. Yo no les había prestado atención individualmente pues me habían dejado sin aliento al verlos juntos y necesitaba concentrarme en lo que estaba haciendo. Así que cuando un pelirrojo de un metro noventa con los ojos más verdes que una mujer se pueda imaginar se acercó y se puso a hablarme, me tuve que sentar porque si no cabía la posibilidad de que me cayera de culo. Y eso, chicas, te deja siempre en muy mal lugar. Llevaba una camisa de franela a cuadros y encima una parka azul marino abierta. Me recordó a uno de los modelos que salen en los catálogos de Ralph Lauren encima de un acantilado con un mar embravecido al fondo.

—Mi amigo Ferguson no habla mucho español, mi hablo por él, si no problema.

—¿Qué problema va a haber? —atajó Carmen que no podía parar de sonreír.

—Soy William McGregor y él mi hermano Edward.

Este último me saludó con una inclinación de cabeza, era algo más bajo que los otros dos, con el pelo color trigueño y los mismos ojos verdes que su hermano.

William me tuvo que repetir la historia dos veces pues la primera me sentía tan arrullada por ese acento con *erres* marcadas y esos ojos verdes como las praderas de la costa de Fife que no fui capaz de prestar atención a nada de lo que me dijo. El pobre creyó que era porque no hablaba suficiente castellano y se esmeró mucho más la segunda vez. Por lo visto estaban de excursión y mi paciente se había resbalado cuando iban por un sendero mal indicado y se dislocó el hombro.

Me acerqué al hombre y le pedí que se subiera la camiseta para poder palpar la articulación. Carmen empezó a abanicarse con una carpeta cuando vio el musculoso bíceps al descubierto y yo traté de concentrarme solo en lo que tenía delante. Ausculté el hombro que ya había comenzado a amoratarse por el hematoma que se estaba formando por culpa de la luxación. El paciente hacía verdaderos esfuerzos por no moverse cuando yo le tocaba, pero se le notaba que el dolor era muy intenso.

—Se ha luxado la cabeza del húmero que se ha salido del acetábulo del omoplato —dije mirando directamente a William, pero me arrepentí al instante, incluso a un hispanoparlante le hubiera costado entenderme, para un escocés tuve que sonar como uno de los hechizos de Harry Potter.

—Que se le ha salido el hombro de su sitio —expliqué añadiendo gestos a mis palabras—. Le voy a poner un relajante muscular y luego voy a recolocar el hombro en su sitio.

Asintió y tradujo mis palabras mientras yo pinchaba el relajante a Ferguson que no había dicho todavía ni palabra.

—*On the count on three* —dije viniéndome arriba al recordar las clases de inglés que mis padres me habían pagado durante toda mi vida escolar—. *One, two.*

—Arrggg —gritó Ferguson de dolor cuando la articulación volvió al sitio que le correspondía naturalmente.

—*Three* —añadí con una sonrisa para tratar de ganarme su simpatía, pero tenía lágrimas en los ojos que le impedían ver que yo estaba de su parte.

Los tres intercambiaron una serie de frases tan rápidas y con un acento tan marcado que ni prestando toda la atención del mundo hubiera sido capaz de entender. Edward había dicho algo que había provocado la carcajada general, mientras Carmen y yo nos mirábamos sin entender ni jota.

Le puse el brazo en cabestrillo y les di instrucciones sobre los cuidados posluxación además de extenderle una receta con analgésicos como para dormir a un caballo. Cuando le tendí la receta, mis dedos tocaron los de William y sentí una descarga eléctrica como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

Me quedé mirando esos ojos verdes que se marchaban para rellenar los papeles del alta en recepción. No había terminado de cerrarse la puerta cuando Carmen saltó sobre mí como un perro de presa.

—¿Qué me dices? ¿Cuál te ha gustado más? A mí el moreno que se ha dislocado el hombro me parece que tiene pinta de buena persona, y el rubio, así tan callado me ha parecido muy guapo. Pero lo que no se puede negar es que el pelirrojo no te ha quitado el ojo de encima, nena.

—¡Venga ya! Me miraba porque soy la doctora y estaba poniéndole el hombro en su sitio a su amigo.

—Pues yo soy la enfermera y Cari la de recepción y a ninguna nos ha mirado así, ya te lo digo.

Como si el hecho de nombrarla la hubiera invocado Cari apareció en mi consulta con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¿De dónde habéis sacado a esos mozos y dónde se pueden conseguir más como ellos? —dijo como todo saludo en cuanto se cercioró de que nadie podía oírnos.

En estos momentos yo trataba de mantener un poco de serenidad y cordura

en la consulta pues se estaba perdiendo por momentos. Se supone que estábamos trabajando y que somos mujeres profesionales que no se pueden dejar influenciar por la belleza masculina y salvaje de tres desconocidos. Con esas mandíbulas cuadradas y esos músculos saliendo por debajo de la camisa... Está bien, yo también pensaba que esos tres estaban buenísimos por muy profesional que sea.

Y la verdad es que cuando Carmen dijo que el pelirrojo me había seguido con la mirada me dio un vuelco el corazoncito. Sí, ya lo he dicho. ¿Estáis contentas?

En esas estaba yo tratando de calmar los ánimos cuando la puerta se abrió y una figura alta y de nariz ganchuda hizo su aparición rompiendo la magia del momento. Caridad volvió a su escritorio en recepción mientras Carmen se ponía tan tiesa que parecía un soldado al que le habían gritado la orden de firmes. Yo no tuve que disimular que me había puesto colorada al pensar en William, al ver aparecer al Cuervo la sangre abandonó mis mejillas como si fueran ratas en un barco que se hunde.

Nos miró con recelo, si algo no toleraba era el buen ambiente y las bromas en su servicio, al menos no nos había pillado en plena carcajada, como ya nos había pasado otras veces.

—Esparza, me han dicho que acaba de recolocar una luxación completa. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—Buen trabajo.

Y diciendo esto desapareció por el pasillo llevándose la alegría como si nos la hubiera robado a punta de pistola. Una especie de nube gris se extendió sobre nosotras y pasamos el día con menos ganas de cháchara que de costumbre. Es el efecto que el jefe de servicio producía en nosotras, un par de minutos con él eran suficientes para arruinarte la guardia.

Pero esta vez yo tenía un arma secreta, recordaba unos ojos verdes que me habían dirigido una última mirada antes de desaparecer por la puerta. No

quería decírselo a Carmen porque ella en seguida se iba a poner a montarse películas, pero estoy segura de que justo antes de marcharse me miró un segundo más de lo necesario y me sonrió. Y no como se sonríe a una doctora, eso os lo digo ya.

Capítulo 7

Tres días después de la visita, los escoceses seguían siendo tema de conversación. Todo el personal que no estaba de guardia ya estaba al corriente de la historia, salvo que cada vez que la habíamos contado nuevos detalles habían ido apareciendo. Si hacemos caso a la última versión, tres *highlanders* vestidos con *kilt* y pinturas de guerra habían entrado en el hospital montados a caballo y gritando «libertad», como en la película.

Se había creado una especie de mitología en torno a esa visita, y había incluso quienes dudaban de que hubiera sucedido. La discusión llegó hasta tal punto que hubo un par de enfermeras que estuvieron tentadas de ir a pedir las cintas de seguridad para comprobar que lo que decíamos era cierto. Como estaba claro que los del puesto de seguridad no se las iban a dar, un celador se ofreció a descolgarse desde el techo y robarlas emulando a Tom Cruise en *Misión Imposible*, que por lo visto era su película favorita. Al final, tras un ataque colectivo de risa tuvimos que dejar ese plan de lado por la peligrosidad que implicaba para el estado de salud general del celador. Claro que si te vas a caer porque te estás descolgando del techo, ¿qué mejor sitio para aterrizar que la planta de Traumatología de un hospital?

Carmen y yo acabábamos de quitarle una escayola a un chaval de dieciséis años cuando Cari entró en la consulta como un vendaval. Llevaba una sonrisa de oreja a oreja y el ramo de flores más grande que yo hubiera visto en mi vida. Se paró delante de mí y estirando los brazos me lo tendió ensanchando

aún más su sonrisa.

Lo cogí algo perpleja y lo puse sobre mi escritorio. No me sorprendió ver que el sobre que contenía la nota estaba abierto y miré con reprobación a Cari que no hizo nada por ocultar que ya había leído la nota. Allí había tan solo dos palabras y una elaborada firma masculina.

Thank you.

Solo se atinaba a distinguir McGregor, pero era incapaz de saber si la nota la había escrito William o Edward. Carmen me la arrancó de las manos y la puso en la lámpara que usamos para leer radiografías, y ahí nos pasamos un buen rato las tres tratando de descifrar lo que ponía. Al cabo de unos buenos cinco minutos tuvimos que darnos por vencidas.

—Nada, chica, no sabemos quién fue —dijo Cari resignada.

—Eso ha sido obra del pelirrojo, el otro ni siquiera abrió la boca —sentenció Carmen.

—No sé, a lo mejor justamente por eso fue el hermano, es más tímido y prefiere escribir en vez de hablar.

—En cualquier caso te las tienes que llevar de aquí, ya sabes la política del hospital con las flores frescas —dije tendiéndole a Cari el precioso ramo.

—¿Y qué quieres que haga yo con esto? Chica, esto es tuyo, mételas en el coche y te las llevas a tu casa, pero son solo tuyas.

—Pero es que...

—Ni peros ni peras —respondió devolviéndome el ramo que a estas alturas parecía el testigo de las carreras de relevos por las veces que había pasado de mano.

Cogí el ramo y abrí la puerta que daba al pasillo. Miré a derecha e izquierda comprobando que no había ni rastro del Cuervo y salí disparada hacia el ascensor. Tenía el coche en el aparcamiento de personal en el sótano, tardaría unos cinco minutos en bajar, dejar las flores y subir; y esperaba que Carmen encontrara alguna excusa si en ese tiempo mi jefe aparecía de

improviso.

El ascensor comenzó su lento descenso y se paró en la primera planta. Murmuré una maldición pensando en que por culpa de algún paciente lo suficientemente vago como para no descender una planta a pie hasta su coche, yo estaba perdiendo unos segundos valiosísimos. Y entonces las puertas metálicas se abrieron y me di de bruces con unos ojos verdes como las colinas bajo las que vivían las hadas. Él se quedó tan sorprendido de verme a mí como yo de verlo a él. Tanto fue así que las puertas comenzaron a cerrarse antes de que hubiera entrado al ascensor y tuvo que bloquearlas con un brazo.

—*Hi* —dijo con una sonrisa.

—*Hi* —respondí con voz débil.

Entonces se dio cuenta de las flores que llevaba conmigo.

—¿No te han gustado? —preguntó algo dolorido.

—No es eso, es que el hospital no permite las flores frescas porque en el agua que necesitan para vivir pueden anidar bacterias. Las bajaba a mi coche para llevármelas a casa.

Una sonrisa de blanquísimos dientes iluminó su rostro. El pelo ligeramente largo le caía por encima de los ojos dándole un aspecto desenfadado. Llevaba una americana de corte impecable y unos vaqueros que lucían algo gastados. No os voy a engañar, estaba guapísimo. Decidió acompañarme hasta el coche pues una mujer tan *pretty* como yo sola en un aparcamiento podía ser peligroso, me dijo. No le dije que era el aparcamiento del personal, que hay cámaras casi por todas partes y que he aparcado ahí mi coche miles de veces, porque la verdad era que disfrutar un par de minutos más de su compañía me apetecía muchísimo.

Cuando llegué hasta mi pequeño Prius azul se quedó encantado al ver que yo conducía un coche híbrido. Acababa de ganar puntos sin habérmelo propuesto. En ese momento me di cuenta de que para poder abrir el maletero tenía que coger la llave que estaba en el bolsillo de mi pijama, y como llevaba un ramo enorme en las manos no parecía tarea fácil sin dejar las flores en el

suelo. Se dio cuenta del aprieto en el que estaba y, tras pedirme permiso, metió la mano en mi bolsillo y sacó las llaves.

—*Sorry* —dijo al menos una docena de veces con ese acento marcado que hizo que mis rodillas tintinearan como si fueran copas de cristal en una bandeja.

Una vez liberada y con mi regalo bien asegurado en su sitio, volvimos al hospital. En el ascensor solo podía pensar en que se quedara parado como en las películas y permaneciéramos hablando durante horas. Pero ese no era mi día de suerte, los de mantenimiento habían hecho un trabajo estupendo y el ascensor se movió entre plantas con suavidad. Al llegar al sótano de pacientes, se despidió de mí con un apretón de manos, muy al estilo británico, y desapareció rumbo a su coche mientras yo me quedaba embobada mirándole el culo. Sí, chicas, eso no está bien, pero es que no habéis visto como le quedaban esos pantalones... ¡Puf!

El resto del día pasó con rapidez, aunque Carmen tuvo que sacarme de mi ensoñación varias veces pues me quedaba mirando un punto indeterminado de la pared y sonriendo como una boba. Yo creo que ella se olía que pasaba algo, pero como no tenía todavía pruebas no se decidía a hacer conjeturas.

Yo solo pensaba en unos ojos verdes y en una sonrisa de dientes inmaculados.

Capítulo 8

—**A** ver, cuéntamelo otra vez, porfi. —Laura había escuchado la historia tres veces, pero aún no tenía suficiente.

Cada vez que yo comenzaba con mi relato de los tres escoceses que aparecieron durante mi guardia, cerraba los ojos para poder imaginárselos mejor. Creo que se quedó un poco chafada cuando le dije que vinieron con ropa de calle y no con el *kilt* tradicional y las gaitas. Habíamos quedado para desayunar antes de que ella entrara a trabajar aprovechando que yo tenía el día libre. Estábamos en una cafetería rodeadas de jóvenes con sus portátiles que tecleaban sin parar mientras nosotras disfrutábamos de un té y de la compañía de una buena amiga.

—Pero si ya la has oído tres veces.

—¡Me da igual! Son escoceses y tú los has tenido cerca, seguro que algo de la magia de ese país se te ha pegado. Déjame ver. —Se acercó a mí y me olió el pelo—. No, hueles a albaricoque y eso no parece muy escocés.

—Laura, que aquello pasó hace una semana y tampoco fue nada.

—¡Claro que lo fue! Volvió luego a dejarte flores. Eso es taaaaan romántico.

—De verdad, a veces parece que vives en un cuento de Disney.

—Ya me gustaría a mí. ¿Has visto los modelazos que llevan las princesas? —dijo dando un sorbo a su *cappuccino*—. Ahora en serio, fue un gesto precioso el que te trajera flores, yo creo que está interesado.

—Pues yo creo que le puse el hombro en su sitio a su amigo y que él es una persona educada. Ya está. Desde el día que trajo el ramo no he vuelto a saber nada de él.

—Pero tienes su teléfono apuntado en el dossier, ¿no? ¡Llámallo!

—¿Sabes lo ilegal que es lo que estás diciendo? Hay confidencialidad médico-paciente y no puedo usar los datos que me dan con su historia médica para llamar a un hombre que me parece guapo.

—Pues vaya un rollo de trabajo tienes si no puedes hacer ese tipo de cosas —dijo haciendo un mohín y volviendo a sumergirse en su bebida.

Lo que ella no sabía es que yo había prácticamente memorizado todos sus datos de tanto leerlos. Ferguson había dado un teléfono con prefijo escocés y una dirección en Oban que, por lo que me dijo Google, es una ciudad costera del oeste de Escocia. Traté de buscar imágenes con el *Google Earth*, pero la dirección se correspondía con un camino rural y no había sido posible. Lo sé, no me miréis así, ya sé que ese comportamiento raya en el acoso, pero no es como si me fuera a presentar en su casa sin avisar, solo quería saber dónde vivía, por si algún día tenía que enviarle flores yo. Como excusa es malísima, lo sé, estoy buscando alguna que me satisfaga más por si alguien me pilla con el ordenador tratando de ver caminos escoceses medio abandonados.

Media hora después me despedí de ella y la dejé yendo hacia su tienda. Yo tenía previsto pasarme el día haciendo compras y limpiando la casa, pero una llamada de la centralita del hospital me impidió continuar con mi agenda prevista.

—¿Doctora Esparza?

—Sí, dígame.

—Soy Rebeca, de recepción. Tengo aquí un paciente que me pide su número personal para hablar directamente con usted.

—¡Uf! Qué pereza me dan esos pacientes, Rebeca. Dile que todo lo que tenga que decirme que lo haga en horario de consulta y en el hospital, que cuando estoy fuera no atiendo casos particulares. Y si insiste, que hable

directamente con el Cuervo, que él seguro que se lo explica sin paños calientes.

—Ya, doctora, pero es que... —Rebeca bajó la voz hasta convertirse en poco más que un susurro—. Doctora, es uno de los escoceses de los que todo el mundo habla. El pelirrojo.

Di un respingo y me tuve que apoyar en una señal de *Ceda el Paso* para no perder el equilibrio. ¿William quería mi número? No podía evitar sentirme halagada, hasta que pensé que tal vez fuera para una consulta médica. A lo mejor su compañero había empeorado o tenía dudas sobre el tratamiento.

—Pregúntale qué quiere exactamente, Rebeca.

Oí un murmullo al otro lado de la línea y cómo la recepcionista se reía coqueta de algo que le había dicho William. No pude evitar sentir un destello de celos a pesar de que se hombretón no era nada mío.

—Dice que es personal, doctora.

Medité durante varios segundos y al final cedí al impulso de mi corazón que me decía que eso era lo correcto a pesar de que mi cerebro me estaba avisando de que era una malísima idea.

—Dale mi número —añadí antes de colgar, por miedo a arrepentirme y echarme a atrás.

Ahora solo me quedaba esperar a que me llamara, o me enviara un mensaje, o un whatsapp, o un telegram, o incluso una paloma mensajera, yo estaba deseando que se comunicara conmigo de cualquier forma posible.

Y así, chicas, fue como le di mi número a un *highlander* que iba a cambiar mi vida para siempre.

Capítulo 9

No habían pasado dos minutos desde que colgó el móvil cuando se puso a sonar de nuevo. Era un número desconocido con un prefijo que no era de España. Tenía esa sensación en el estómago de cuando vas subiendo en la montaña rusa que sientes miedo y excitación a partes iguales.

—Sí, ¿dígame? —Traté de aparentar profesionalidad, como si yo no tuviera ni idea de que era precisamente él quien me estaba llamando.

—Doctora Esparza, *hello*, soy William McGregor, nos conocimos hace unos días en su consulta.

—Claro, señor McGregor. ¿Cómo se encuentra su amigo?

—Muy bien, es más duro que una vaca lanuda, está deseando que le den el alta para echarse un partido de *shinty*.

Lo reconozco, entre su acento y las referencias a cosas que desconocía hicieron que no me enterara de nada salvo que parecía que todo iba a bien.

—Me alegro.

—Esto... Doctora, mi amigo Ferguson, mi hermano y yo le estamos muy agradecidos por su trabajo. Y queríamos hacerle un pequeño regalo.

—No se molesten, las flores fueron preciosas y más que suficientes, además de que el hospital nos anima a no recibir regalos de los pacientes —dije tratando de sonar profesional.

—No sería nada de gran valor económico, simplemente queríamos invitarla a un café, así podrá ver a su paciente en directo y comprobar su evolución.

—Claro, eso no me supone un problema.

—Perfecto, dígame sus disponibilidades y yo me encargo de encontrar el sitio perfecto.

—Pues que así sea.

—Gracias de nuevo, doctora. Hasta pronto.

Me quedé un par de minutos mirando la pantalla del móvil que se había puesto negra por la falta de actividad. Decidí que necesitaba consejo y solo se me ocurrió una persona que fuera capaz de darme una respuesta completamente sincera. Busqué su número en el móvil y recé porque estuviera disponible para hablar.

—Tengo cinco minutos, que me esperan para una reunión —dijo Diana saltándose a la torera todas las normas de urbanidad y buenos modales.

Le conté la conversación que acababa de mantener y esperé su respuesta. Había agotado prácticamente los cinco minutos que me había acordado.

—A ver que yo me aclare, vas a tomar algo con tres perfectos desconocidos que por lo que sabes podrían ser asesinos en serie buscados por la Interpol que te pueden poner algo en la bebida y quitarte los órganos para venderlos en el mercado negro, ¿no es eso?

—Bueno, visto así...

—No he terminado —dijo autoritaria.

—¡Pero si me has hecho una pregunta!

—Retórica, querida, pregunta retórica. Espera un momento, Emma.

Oí como daba órdenes al otro lado del teléfono y como una puerta detrás de ella se cerraba con rapidez.

—Ya está, he aplazado la reunión media hora, esto es mucho más importante que la próxima estrategia de ventas de jarabe para la tos.

—Gracias, Diana.

—De nada, pero no me interrumpas que estoy tratando de reflexionar. Veamos, ¿cómo de buenos están esos tíos?

Me quedé en silencio por miedo a que fuera otra pregunta retórica y me

amonestara de nuevo.

—Emma, te estoy hablando —exigió.

—¡Ah! Pues mucho, sí, mucho.

—¿Y te parecen simpáticos?

—Pues mira, uno no habló mucho porque se había dislocado un hombro y suficiente tenía el pobre con no echarse a llorar en la consulta. Además de que según me dijo William no hablaba español. El otro, su hermano, estaba callado en un rincón como si toda la escena le aburriera soberanamente. Y William... Pues sí, él me pareció bastante simpático.

—Está bien, mira, esto es lo que vamos a hacer, vas a quedar con ellos porque parece que el tal William ese te ha entrado por los ojos, pero me vas a decir a dónde vas. Yo estaré en el café antes de que tú llegues tomándome algo con Aurora y así te controlo, y si veo algo raro, actúo.

—Me parece un muy buen plan.

—Por supuesto que es un buen plan, lo he ideado yo —dijo con altivez.

—Gracias, Diana. Por cierto, ¿quién es Aurora?

—Te tengo que dejar, que ahora sí que no puedo posponer más la reunión.

—Pero...

—*Bye*, para que vayas practicando —se despidió con una sonora carcajada pero sin responder a mi pregunta.

Le envié a William mis disponibilidades de esa semana y esperé a que respondiera. Lo hizo con una celeridad increíble y en apenas dos minutos ya teníamos fecha y sitio para nuestra ¿cita? No sé si se considera cita si voy con su hermano y su amigo. Quedamos en Faraday, un local en Chueca del que no había oído hablar en mi vida y rápidamente le mandé la dirección a Diana para que organizara el plan de espionaje.

No me quería hacer muchas ilusiones y por eso llamé a Diana que era la racional del equipo, el cerebro izquierdo cartesiano que toma siempre decisiones con la cabeza fría, está claro que si esto mismo se lo digo a Laura ya se hubiera puesto a elegir papel para las invitaciones de boda. Por esa

razón elegí a Diana, para que la posibilidad de que me quitaran un riñón y lo vendieran en Armenia saliera en la conversación y yo rebajara mis expectativas. Así que de momento solo pensaba que iba a tomar café con un paciente y sus amigos, tal vez sea costumbre en el Reino Unido agradecer a los médicos sus intervenciones invitándolos a algo. Al menos tendría a Diana y a la misteriosa Aurora como refuerzos en caso de que la situación se saliera de madre.

Y se salió, vaya que si se salió.

Capítulo 10

El Café Faraday es un local a pocos pasos del metro de Chueca y cuando entré me pareció increíble. No solo por su decoración, que es monísima, sino también porque tiene multitud de objetos que puedes comprar, desde pendientes hechos a mano a vinilos de colección. La música es buenísima, completamente alejada del *reggaetón* que está ahora tan de moda, ahí se escuchan clásicos del soul, del *rock* o del *R&B*.

Cuando llegué vi a Diana en una mesa del fondo hablando con una morena que estaba de espaldas a la puerta. Su mirada se cruzó con la mía y me ignoró completamente para mantener su tapadera. Yo paseé la vista por el local hasta que unos profundos ojos verdes me atrajeron hacia ellos como el canto de las sirenas hizo con la nave de Ulises. Sonreí como una colegiala y vi como Diana se salía de su papel para hacer una mueca de disgusto.

Me acerqué a su mesa y tras un par de besos a cada uno lo primero que hice fue interesarme por el estado de salud de mi paciente. Como el único que hablaba castellano era William y yo me defendía más o menos en inglés, decidimos de forma tácita continuar la conversación en su idioma.

Ferguson me dijo que le seguía molestando el hematoma, pero que el dolor ya había desaparecido casi por completo. Ahora que lo tenía delante y sus rasgos no estaban crispados por el dolor de haberse dislocado una articulación, pude observarlo mejor. Una mandíbula cuadrada, el pelo ligeramente largo que se le comenzaba a ondular a la altura de las orejas y

unos labios carnosos le daban un aspecto fiero y varonil. Me di cuenta de que me había quedado mirándolo fijamente y carraspeé para salir del apuro. No sabía muy bien qué debía decir en esta situación y ellos parecían igual de azorados que yo.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando en la clínica, doctora? —me preguntó Edward tratando de romper el hielo.

—Llámame Emma, por favor —le pedí sonrojándome ligeramente—. Llevo ya cuatro años y la verdad es que me encanta mi trabajo.

El silencio volvió a instaurarse entre nosotros, lo que me permitió perderme en la suave voz de Aretha Franklin que sonaba de fondo.

—¿Y qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —preguntó William mirándome directamente a los ojos.

—Pues me gusta bastante la naturaleza, salir a hacer excursiones a la montaña, las películas antiguas, la música de Ed Sheeran y leer, soy capaz de devorar cualquier cosa que tenga letra impresa.

—A mi hermano también le encanta leer —se apresuró a contestar Edward.

—¿En serio? ¿Qué estás leyendo ahora?

—Lo último de Ken Follet, me está gustando muchísimo.

—Yo me lo leí en cuatro días, y mira que es un libro gordísimo, que con eso le das a alguien en la cabeza y lo dejas en el suelo.

—Bueno, si al pasar por Traumatología acabo en tu consulta supongo que merece la pena arriesgarse.

Soltó una carcajada gutural, de esas que nacen en el fondo del alma y me sentí arrastrada a unirme a ella.

De repente el móvil de Ferguson se puso a sonar y tras intercambiar una serie de rápidas frases en inglés se levantó de la silla.

—Me tengo que marchar, me ha salido, esto... Un imprevisto. Ed, ¿me acompañas? No creo que pueda pedir un taxi en estas condiciones.

—Claro —contestó con una sonrisa lobuna.

Yo también me puse en pie y empecé a recoger mis cosas para marcharme.

—No, no, no, Emma. Tú te puedes quedar que aún no te has terminado la bebida. Y pídetes unas trufas, que me han dicho que están de muerte en este sitio —añadió Edward mientras me empujaba de los hombros con suavidad para volver a sentarme.

Los vi marcharse incapaz de articular palabra. Miré a Diana que estaba sentada detrás de William tratando de conseguir alguna indicación sobre cómo debía actuar a partir de ahora, pero ella estaba demasiado ocupada pendiente de su acompañante.

Y así fue como me quedé a solas en un café madrileño con un hombretón salido directamente de un calendario de escoceses buenorros. Y claro, cuando estaban Edward y Ferguson yo me sentía un poco más cómoda, pero en ese momento reconozco que me costaba sacar conversación. Así que decidí volver a un lugar común para ambos.

—Además de leer, ¿qué otras cosas te gustan hacer?

Los ojos le brillaron con fuerza y una sonrisa tiró de sus comisuras hacia arriba.

—Me encanta la naturaleza, en Escocia mis padres tienen una casa de campo en la isla de Skye y vamos todos los veranos, es mi sitio favorito del mundo. Me gusta mucho la pesca del salmón y he participado varios años en el campeonato de Inverness. Bañarme en el agua helada de los ríos y lagos escoceses es algo que echo mucho de menos, no sé cómo sois capaces de meteros en el Mediterráneo. ¡Parece una sopa! Y me gusta la caza, mi padre y yo somos muy aficionados, aunque Edward nunca nos ha acompañado porque le parece una diversión de bárbaros.

—Lo entiendo, a mí tampoco me gustaría perseguir a un pobre animal asustado hasta matarlo.

Él me miró con resignación, daba la impresión de que había mantenido esa conversación cientos de veces a lo largo de su vida.

—No es solo cazar, es seguir el rastro, depender de tu instinto para no perderte en el bosque o acabar malherido. Es... No sé cómo explicártelo, es

mucho más que perseguir a un animal. Además de la increíble satisfacción que produce comer algo que has cazado tú mismo, es como volver a los orígenes, a cuando necesitábamos esforzarnos para conseguir alimento. Ahora vas al supermercado, coges una bandeja de ternera y ya está, de esta forma es una lucha entre el animal y tú, y te lo digo ya, no siempre ganan los humanos. Más de una vez me he vuelto a casa con las manos vacías, lo que te enseña una lección de humildad y de respeto hacia la naturaleza.

Lo reconozco, chicas, verlo hablar con tanta pasión, con ese fulgor en la mirada y gesticulando sin parar con esas manazas hizo que el pelo de la nuca se me erizara de emoción. Incluso siendo un tema con el que estoy tan poco de acuerdo como la caza, tuve que acabar admitiendo que tenía parte de razón. Yo era una carnívora empedernida y me encantaba disfrutar de un buen filete, pero es verdad que como lo compro en el supermercado ya envasado no veo de dónde sale, de hecho, ni me lo planteo.

—Supongo que en parte tienes razón —tuve que acabar admitiendo, y me regaló otra de esas sonrisas de dientes perfectos a las que ya estaba empezando a acostumbrarme.

Estuvimos más de una hora hablando y yo me sentía arrullada por ese acento antiguo y salvaje. El sol ya se había puesto en esta tarde de febrero cuando nos despedimos en la puerta de la cafetería. Cogió mi mano entre las suyas y con suavidad se la llevó a los labios donde depositó un ligero beso. Yo me ruboricé hasta la raíz del pelo, el contacto de sus labios en mi piel me había quemado como si fuera metal ardiente.

—Me ha encantado pasar este rato contigo, Emma. —Mi nombre en sus labios sonaba como un encantamiento.

—Sí, a mí también.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Yo quería decirle que quería más, que una sola tarde con él no iba a ser suficiente, que después de que sus manos tocaran la mía solo podía imaginármelas recorriendo todo mi cuerpo. Sí, todo eso le quería decir,

pero al final no abrí la boca. La ruptura con Ramón seguía cercana y no me sentía con fuerzas para entregarme tan deprisa a otra persona, menos mal que William tenía menos remilgos que yo.

—Esto... Me ha gustado tanto que tal vez podríamos repetir, ¿no? —Una sonrisa casi infantil le iluminó la cara y su flequillo indomable le cayó sobre los ojos.

—Sí, claro. Ya tienes mi número, así que llámame cuando te apetezca volver a quedar.

—Lo haré.

Nos despedimos con dos besos y yo me alejé un par de calles para disimular. Cuando estuve segura de que él había cogido otro camino volví al café para hablar con Diana. No había tardado más de cinco minutos, pero cuando llegué su acompañante ya no estaba.

—¿Qué has hecho con Aurora? —pregunté sorprendida de verla sola.

—Se ha tenido que marchar.

—¿No podía esperar dos minutos?

—En realidad han sido seis y medio y no, no podía. —Se llevó la taza de café a los labios y entendí que la conversación había acabado.

—Bueno, ¿qué te ha parecido?

Meditó durante unos instantes antes de responder.

—Es un tío, me ha parecido grande, bruto y un poco cavernícola, como todos los tíos. De verdad que no sé qué les veis —dijo sonriendo—. Sin bromas, creo que le gustas y que todo este paripé de quedar para darte las gracias por lo de su amigo era una excusa para poder quedarse a solas contigo. ¿Te has dado cuenta de que ha sido el rubio el que ha llamado a tu paciente? Desde aquí he visto como marcaba por debajo de la mesa.

Abrí mucho los ojos, sí que me había parecido una jugada un poco ensayada, pero no imaginé que hasta ese punto.

—¿Qué crees que significa?

—Mira, Emma, para haberte pasado media vida estudiando no eres muy

lista que digamos. ¡Significa que quería quedarse a solas contigo a toda costa! De verdad, no entiendo cómo has conseguido triunfar en la vida con tanta estrechez de miras.

La miré enojada y Diana rápidamente suavizó su tono y cogiéndome la mano por encima de la mesa me dijo con cariño.

—No pretendía ser tan dura, es solo que la conexión que había entre vosotros era tan fuerte que estaba interfiriendo con la música de los vinilos.

No pude evitar soltar una carcajada, a veces se le ocurrían unas metáforas bastante elaboradas.

—En serio, todo el local se ha dado cuenta de que entre vosotros había algo, por eso me sorprende que me preguntes. ¿Tú no lo has sentido?

—Yo... La verdad es que sí, Diana, pero por otro lado, no me apetece que me vuelvan a hacer daño.

—¿Lo dices por Ramón? Ese daño te lo hiciste tú solita, le tendrías que haber dado puerta hace varios años.

La volví a mirar enojada.

—Lo siento, sabes que no suelo andarme con paños calientes, pero es la verdad. Mira, tú de momento no te hagas muchas ilusiones, si este macizo te propone volver a veros di que sí, sin compromisos, solo por pasar el rato. Y ya verás después a dónde te lleva eso.

—¡Pero es que yo no sé estar solo para pasar el rato!

—Pues aprende, seguro que no sabías escayolar un brazo y ahora lo haces con los ojos cerrados, pues es lo mismo.

—Lo mismo no es...

—Que sí, y punto.

Levantó la ceja al tiempo que se llevaba la taza a los labios, con lo que yo me quedé muerta de espanto en mi silla sin atrever a moverme. Desde luego no quería estar en una reunión en la que Diana me echara la bronca por una caída en las ventas o por haber perdido clientes, si a mí que soy su amiga me trata así, no me quiero ni imaginar qué hará con sus subordinados.

Cuando nos despedimos me volví a casa con una sensación de paz que hacía tiempo que no tenía, pero claro, lo bueno no puede durar y antes de poder llegar a casa mi tarde pasó de maravillosa a desastrosa en el tiempo en el que se tarda en leer un whatsapp.

Capítulo 11

Mis pies iban ligeros, apenas rozaban el suelo, no es que yo fuera corriendo, es que me sentía como una pluma que se mece con el viento. La tarde con William había sido espectacular, no solo era guapo, sino que era inteligente y muy culto. Trabajaba como ingeniero en una de las empresas de su padre y estaba en Madrid pasando unos días de vacaciones al tiempo que venía a visitar a un cliente. Edward era licenciado en Historia y por lo visto su padre lo veía como la oveja negra de la familia, aunque William no quiso extenderse más en ese tema y yo tampoco insistí. Y Ferguson era su mejor amigo de la infancia, y por como hablaba de él se le notaba que lo quería como a un hermano. «Un hombre con valores familiares», me dije sonriendo con la cabeza apoyada en una de las ventanillas del metro.

Repasaba mentalmente la conversación que habíamos tenido, cada pequeño gesto, cada alteración en su voz, cómo sus ojos se achinaban al reírse y pequeñas arrugas se le dibujaban a los lados. Recordé el latigazo que sentí cuando puso sus labios en mi mano y la sonrisa que me dedicó cuando le dije que aceptaría volver a verlo. A pesar de que Diana me dijo que tenía que tomarme las cosas con calma y aprender a no proyectarme demasiado rápido, no podía evitarlo. Me veía ya con cuatro churumbeles yendo a pescar al lago Lomond mientras media docena de perros correteaban a nuestro alrededor.

Chicas, no me miréis así que no estoy loca, es solo que me gusta enamorarme y dejarme llevar, no solo estar con alguien para matar el rato.

Estos pensamientos me iban acompañando cuando al salir del metro mi móvil se puso a pitar al recuperar la cobertura.

—¡La madre que lo parió! —dije en voz alta ganándome una mirada reprobadora por parte de una anciana que pasaba por mi lado.

El inútil de mi ex (sí, al final he decidido que después de todo lo que me ha hecho, me he ganado el derecho a llamarlo así), bueno, pues el inútil de mi ex me había mandado un whatsapp para decirme que estaba en el apartamento y que teníamos que hablar.

Si mis pasos antes eran ligeros por la felicidad que irradiaba, aquí lo eran porque corría movida por la furia. Mira que le dije muy clarito que no quería volver a verlo, que tenemos que hablar ¿de qué? ¡Dios! Es que hasta un momento así de feliz era capaz de arruinármelo.

Llegué al piso y casi me pongo a empujar al ascensor para que suba más deprisa, pensaba echarle la bronca de su vida. ¿No sabe que este apartamento lo pago yo? ¿Con qué derecho entra sin mi permiso? Me iba haciendo estas preguntas mientras abría la puerta y lo que vi al hacerlo me dejó helada: un camino de rosas rojas conducía a la habitación (sí, chicas, la misma habitación donde lo pillé en plena faena con su monitora de *chi kung*) bordeado de decenas de velas. Él me esperaba desnudo sobre la colcha con una rosa entre los dientes. Suspiré y puse los ojos en blanco, se avecinaba tormenta e iba a ser de las buenas.

—¿Qué haces en mi casa?

—Emma, esto no se puede acabar así, ven conmigo, restablezcamos nuestro vínculo físico y espiritual —dijo sacándose la rosa de la boca y dando unos golpecitos en la cama.

—Ramón, lárgate de mi casa y devuélveme la llave.

—Pero, Emma...

—Pero nada, si te vuelvo a ver por aquí te denuncio por allanamiento y acoso. Nunca has figurado en el contrato de alquiler ni has colaborado con los gastos, con lo que este piso es mío. No te quiero volver a ver por aquí.

—Emma, no tengo a dónde ir —añadió suplicante.

—¿Y la del *chi kung*? —seguía enfadada con él, pero una es curiosa, qué se le va a hacer.

—Me ha dejado, dice que no me quiere en su casa porque le estoy ensuciando el aura.

Me reí, lo siento, seguramente no era el mejor momento para hacerlo, pero no pude evitarlo, me reí con ganas. No había vuelto porque me quisiera o porque estuviera arrepentido, había vuelto porque su amante lo había puesto de patitas en la calle. Las chicas iban a adorar esta historia cuando se la contara.

—Me voy a la cocina a hacerme una infusión, tienes el tiempo hasta que se caliente el agua para marcharte.

—Emma, yo te quiero.

—Claro que sí, Ramón —dije con ironía—. Tú quieres mi piso, mi cuenta corriente, y mi maña en la cocina, pero lo mismo te da que sea yo o cualquier otra porque eres tan egoísta que nunca sabrás ver más allá de tu propia persona.

Iba a decir algo pero no lo dejé, estaba lanzada, llevaba años posponiendo esta conversación y ahora me apetecía sacarlo todo fuera.

—Eres un vago y un bueno para nada que nunca llegará a algo en la vida porque no tienes ni tesón ni constancia. Sientes una falta de respeto total por el esfuerzo que hemos hecho los demás para llegar a donde estamos y tú eres solo una garrapata incapaz de conseguir nada por ti mismo. Te quedas en la calle y vuelves a mí y ni siquiera estás arrepentido de lo que hiciste. Se ha acabado, Ramón, y ahora sí que te lo digo en serio, si te vuelvo a ver por aquí llamo a la policía.

Me fui a la cocina a prepararme una infusión y, mientras yo trasteaba con la tetera, lo oí vestirse en el dormitorio y poco después me llegó el olor a las velas que estaba apagando.

—No te olvides de dejar la llave en la entrada —dije sin molestarme en

girarme siquiera para despedirme.

Él tampoco dijo adiós, simplemente salió por la puerta del piso y yo pensé que esa sería la última vez que tendría noticias de él. Me equivocaba otra vez, Ramón no me quería y sabía que había cometido errores conmigo, pero eso no le impedía pensar que en el fondo de su alma, era él quien tenía razón y yo la que estaba equivocada. Y pensó que su labor en este mundo era hacerme cambiar de opinión.

Capítulo 12

Cuando Ramón se fue, decidí que necesitaba mantener la cabeza ocupada y me puse a limpiar la cocina a fondo. Y no os estoy hablando de pasarle una bayeta a la encimera y guardar los platos en su armario, no, yo os hablo de ponerme los guantes de caucho rosas que todas tenemos en nuestra casa, recogerme el pelo en un moño y ponerme música de Foo Fighters para darme ánimos. Limpié cada rincón de la cocina como si esperara un control de Sanidad, y puedo decir sin temor a equivocarme que cuando terminé varias horas después se podía comer encima de cualquier superficie sin miedo. Rasqué la suciedad detrás del horno, moví con dificultad el frigorífico para limpiarlo por todos lados, froté con un cepillo de dientes todas las juntas del fregadero y gasté un litro de lejía desinfectando todo lo que tenía a la vista.

Hice una pequeña pausa para comerme un sándwich de jamón y queso, que pensé que sería una de las pocas cosas que podía hacer sin ensuciar de nuevo mi laborioso trabajo, acompañado de una Coca-Cola antes de volver a lanzarme a mi locura antiséptica. Cuando terminé estaba agotada pero satisfecha. Pensaba darme una ducha rápida y meterme en la cama directamente pues al final se me había hecho bastante tarde.

Con todo el jaleo que llevaba yo encima echando de mi casa a mi exnovio y poniendo la cocina como para recibir a dignatarios extranjeros, no me había dado cuenta de que tenía otro mensaje en el móvil. Así que cuando estaba a punto de irme a dormir, saqué el teléfono del bolso y me encontré un mensaje

de William. No había tardado ni media hora en escribirme desde que nos habíamos separado en el café.

Me senté en mi sofá rosa fucsia con las piernas cruzadas y una manta de cuadros escoceses por encima sin atreverme a leer el mensaje. Parecía que de golpe las ganas de dormir se habían evaporado como el agua de un cazo puesto demasiado tiempo al fuego. Me mordía el labio nerviosa, él había dicho que quería quedar de nuevo conmigo, pero ¿y si había cambiado de opinión? ¿Y si había hablado con Edward y Ferguson y pensaba que no era buena idea quedar conmigo? Y si, y si, y si... Ya sabéis que a veces nos ponemos un poco tontitas cuando el hombre en el que estamos interesadas nos devuelve el interés, pues así estaba yo. Al final cogí aire con fuerza y leí el mensaje.

William: He pasado una velada *marvelousa*, estoy deseando repetir. La próxima vez quiero conocer el auténtica Madrid, el tuya, el que te gusta.

Las pequeñas faltas de ortografía me parecieron hasta tiernas y apreté el móvil contra el pecho mientras sentía que mi corazón latía rápidamente. Pero entonces las dudas empezaron a asaltarme, él quería conocer mi Madrid, el que a mí me gustaba, había dicho en el mensaje. Pero no me parecía adecuado llevármelo al centro comercial Plaza Norte a arrasar en las tiendas propiedad de Amancio Ortega. Menos mal que Youki fue guía turística durante los años de universidad para pagarse la carrera y ella podría darme algunos consejos. La llamé sin pensármelo dos veces.

—¿Sabes qué hora es? —dijo una voz medio adormilada al otro lado del teléfono.

—Son casi las doce de la noche, ¿no me digas que estabas durmiendo?

—En verdad estaba pugnando por mantener los ojos abiertos para ver a quién eliminan en *Masterchef*, pero es que este programa termina tardísimo. Bueno, ¿qué querías?

—Necesito información sobre Madrid.

—Es una ciudad muy grande, capital del reino de España, tiene unos tres millones de personas según el censo...

—¡Esa información no! Quiero cosas culturales, ya sabes, monumentos, cosas sobre los Austrias, ese tipo de cosas.

—Vale, mujer, pues sé más concreta la próxima vez. Pero vayamos por partes, ¿para qué quieres esa información?

—Quiero organizarle una visita guiada a un amigo.

—¿A un amigo? —dijo con cierto retintín en el tono de voz.

—Sí, un amigo.

—¿Y tu amigo lleva falda de cuadros y nada debajo como cuentan las leyendas? —preguntó antes de romper en una carcajada.

—Es posible, pero no te pienso contar nada hasta que no me hayas pasado la información.

—No te puedo resumir toda la información cultural de Madrid en cinco minutos por teléfono, ¿tú sabes la de historia que tiene esta ciudad? Mejor quedamos mañana, yo te paso mis apuntes y tú me pones al día.

Medité su propuesta durante unos segundos, mi idea original era empaparme hoy de toda la información posible y ver a William mañana mismo, pero me di cuenta de que Youki tenía razón y no sería capaz de hacerlo en una noche. Acabé aceptando y quedamos para comer en mi hospital, que le pilló cerca de una de las granjas en las que trabaja.

Cuando colgué el teléfono todo el agotamiento del día me llegó de golpe. Me arrastré a la ducha y acto seguido me metí en la cama pensando en unos ojos verdes que me habían robado el alma.

Youki llegó puntual y nos cogimos un par de platos de la cafetería del hospital mientras nos sentábamos en una mesa cerca de la ventana. Llevaba el pelo negro, muy lacio, suelto, y le caía a ambos lados de la cara enmarcando su bonito rostro. Tenía los labios finos, casi como si fueran dos rectas paralelas

en su cara y unos ojos oscuros y pequeños. El conjunto era delicado y exótico.

—Para ser comida de hospital no tiene mala pinta del todo —dijo mientras troceaba con precisión quirúrgica un muslo de pollo asado.

—Esta es la cafetería de visitantes, si quieres te pido una de las bandejas que tenemos para los pacientes.

—No, déjalo, prefiero mi pollo. Dime, ¿has visto de nuevo al escocés? ¡Quiero saberlo todo!

—El trato es que tú me das la información y yo luego te cuento mis avances con William.

—¿William? Ahora ya lo llamas por su nombre —añadió mientras dibujaba un corazón en el aire con la mano.

—¿Me vas a ayudar con esto o no?

—Claro que sí, aquí tienes —dijo mientras sacaba de su mochila un legajo de papeles de unos tres dedos de altura. Eran fotocopias que habían sido subrayadas en varios colores, con anotaciones en los márgenes y con las puntas dobladas en un número alarmante de hojas.

—¿Quieres que me aprenda todo eso? Pero si parecen los apuntes de Anatomía Patológica de la carrera.

—Yo no quiero nada, pero esto es todo lo que me tuve que aprender para ser guía turística. Tú no necesitas saberlo todo, ni conocer los años de construcción de cada edificio ni cuando un rey se murió y subió al trono el siguiente. Quédate con los datos que realmente te interesen, hay un montón de anécdotas divertidas que no mucha gente conoce y con las que siempre quedas bien. Memoriza la información realmente importante y no te preocupes por el resto, si tuviera que apostar diría que a ese tío le da igual saber que *Las Meninas* lo pintó Velázquez o Goya. Además de que como es extranjero, te puedes inventar lo que te dé la gana que seguro que no se entera. —Terminó la frase con una sonrisa y yo me contagié de su buen humor.

—Visto así, no parece mala idea —acabé admitiendo.

—Y ahora te toca, quiero saberlo todo.

Mientras terminábamos de comer, le conté a Youki mi cita con William y sus amigos y como llevaba a Diana y a una misteriosa morena como refuerzos por si la cosa se salía de madre. Los ojos de Youki, que son dos finas líneas normalmente, estaban abiertos de forma desmesurada mientras la ponía al día sobre el mensaje de Ramón y cómo me lo encontré en mi casa, desnudo, pensando que podríamos volver a estar juntos después de lo que me había hecho.

—Ese tío es idiota, Emma, menos mal que le has buscado sustituto. Oye, la próxima vez que quedes con él hazle una foto, que la única que lo ha visto es Diana y seguro que ella no tiene nada bueno que decir de él.

—¿Cómo quieres que le haga una foto? ¿Tú estás loca?

—Yo qué sé, dile que quieres hacerte un *selfie* con él, o que es para un concurso... Sé creativa, mujer, pero queremos verlo. Mira que si al final no es tanto como tú dices y es un señor de cuarenta años bajito y medio calvo.

—De eso nada, ya verás.

Nos despedimos con dos besos y con la promesa de que haría lo posible por intentar sacarle una foto. Youki se marchó a su granja a seguir haciendo, pues eso que hacen los veterinarios en las granjas, que no tengo ni idea de lo que puede ser, y yo me fui a recolocar huesos y poner escayolas.

Capítulo 13

Necesité tres días para aprenderme la información que juzgué relevante de todos los apuntes de Youki. Decidí hacer un recorrido por el centro de Madrid, hice el esfuerzo de aprenderme un par de fechas y multitud de anécdotas que supuse que le parecerían más interesantes. Durante ese tiempo no habíamos parado de escribirnos y Carmen sonreía divertida cada vez que mi móvil vibraba anunciando la entrada de un nuevo mensaje.

Le acabé contando a Carmen mi cita con William, puedo decir que es una cita, ¿verdad? Bueno, en honor a la verdad habría que decir que ella me lo sonsacó a base de agobiarme a preguntas hasta que acabé confesando, en una técnica que ni el Mossad emplea por encontrarla demasiado dura. Y claro está que lo que sabe Carmen lo sabe Cari, y lo que sabe Cari lo sabe todo el mundo. Así que mi vida amorosa, con la que yo siempre he sido bastante discreta, ahora estaba en boca de todo el personal del hospital. La mitad me felicitaba por la suerte que había tenido y la otra mitad quería verme muerta de puros celos. La mayoría de los que se decantaban por esta opción eran mujeres que habían visto de primera mano a los tres escoceses cuando vinieron por primera vez a la consulta.

Cuando el móvil vibró por tercera vez en media hora, Carmen se puso sus gafas de colores y se fue directa a él.

—Emma, como te veo ocupada con la sierra cortando la escayola ya leo yo el mensaje por ti —dijo con intención de leer mi correspondencia con

William.

—¿Qué le pasa a este chisme? —preguntó al cabo de unos segundos con gesto contrariado.

—Solo se desbloquea con mi huella digital —dije con una sonrisa de oreja a oreja—. Y como llevo los guantes ahora mismo, tendrás que esperar a que termine lo que estoy haciendo para que yo —enfaticé mucho esta palabra— lea lo que me ha puesto y luego decida si quiero compartirlo contigo.

Dejó el móvil sobre mi escritorio y volvió a echarme una mano con lo que estaba haciendo.

—No me gusta nada que seas tan lista —me dijo antes de echarse a reír.

El día había llegado por fin, como no trabajaba en el hospital había quedado con William por la mañana, mi idea era comenzar visitando el kilómetro cero y la estatua del Oso y el Madroño, seguir con un café caliente en la Plaza Mayor y pasar a visitar el Palacio Real. Me parecía un itinerario bastante lógico, un poco turístico, tal vez, pero realmente bonito. Además de que añadía el pequeño toque de sentarnos en un café a disfrutar de la compañía y entrar en calor.

Reconozco que mientras iba bajo tierra en el metro pensé que tal vez lo estaba malinterpretando todo y que seguramente aparecería con su hermano y su amigo como la última vez. Pero cuando salí del metro en Sol él ya me estaba esperando, y estaba completamente solo. Sonreí con ilusión al verlo. El sol de la mañana arrancaba destellos color fuego de su pelo rojizo y una barba de tres días le adornaba el mentón dándole un aspecto desenfadado.

—Hola, Emma, estás muy guapa —dijo a modo de saludo antes de darme dos besos.

De nuevo ahí estaba, ese chispazo que me atravesaba cada vez que mi piel entraba en contacto con la suya.

—Veamos, esta estatua —dije mientras nos plantaba a los dos delante del

oso y el madroño— representa las armas del escudo de Madrid. El oso no siempre ha estado de pie sobre el árbol, en la versión original del siglo XIII el oso está en actitud pasante, pero tras un litigio entre el Cabildo y el Concejo de Madrid acabaron adoptando esta.

—¿Hay oso para cazar por aquí?

Su pregunta me descolocó completamente, Youki no mencionaba nada parecido en sus apuntes y yo, que detesto las armas, no tenía ni idea.

—Hombre, en la Puerta del Sol desde luego que no —dije tratando de hacerme la graciosa, y por lo visto funcionó porque se echó a reír de buena gana.

—*You're amazing, Emma.*

Añadió, y yo no pude evitar ruborizarme.

Tras visitar el kilómetro cero traté de explicarle la tradición de comerse las doce uvas cuando suenan las campanadas de fin de año. Me miraba como si le estuviera contando que los marcianos vienen a comer a mi casa una vez por semana y tuve que ponerle un vídeo de Ramón García (con su capa, por supuesto) y Ana Obregón explicando cómo hay que comerse las uvas para tener trescientos sesenta y cinco días de suerte.

Miraba fascinado la pantalla de mi móvil y soltó varios «*oh, my god*» cuando el plano se abría y enfocaba a la multitud en la plaza esperando con sus uvas. Cuando al final se quedó convencido de que no me estaba burlando de él, dijo que el próximo año nuevo quería pasarlo en Madrid costara lo que costase. Y me dio la impresión de que no quería esperar ni un minuto para reservar billetes de avión para él, Edward y Ferguson para pasar la Nochevieja entre españoles.

—Nosotros tenemos una canción escocesa que se llama *Auld Lang Syne*, se podría traducir como «por los viejos tiempos», que cantamos en celebraciones especiales y que en muchas partes del mundo se canta en Año Nuevo.

Y, chicas, no os vais a creer lo que pasó, un escocés de un metro noventa se puso a cantar en mitad de la Plaza del Sol, y debo reconocerlo, lo hacía

francamente bien. Tenía los ojos cerrados y se notaba la emoción que destilaban sus palabras a pesar de que yo no era capaz de entender ni una sola palabra. Su voz masculina acompañaba la melodía y arrastraba las erres y yo me sentía catapultada hacia un castillo medieval de paredes de piedra, adornado con velas y donde una multitud de escoceses cantaban a coro esta canción folclórica. Cuando terminó de cantar el hechizo desapareció y yo volví a la plaza donde un Spiderman un poco entrado en carnes se preparaba para su jornada laboral. Se sonrojó y su cara adoptó el mismo color que su pelo, pero a mí lo que enamoró fue el brillo en sus ojos.

Siguiendo mi plan nos fuimos hasta la Plaza Mayor y decidimos combatir el frío de esa mañana de febrero tomándonos un café con leche de esos que tanto le gustan a Ana Botella. Traté de explicarle el chiste, pero creo que había más que la simple barrera idiomática, él nunca sería capaz de entender el ridículo que sentimos los españoles tras el discurso que dio la por entonces alcaldesa de Madrid frente al Comité Olímpico Internacional.

Ese descanso en nuestra agenda me permitió conocerlo más y así es como supe que le gustan los coches antiguos y que ayuda a su padre a repararlos, que estudió en un colegio solo de chicos y que el último verano había estado en Tailandia de viaje. En un momento de la conversación, deslizó su mano sobre la mesa y atrapó la mía.

—Me está encantando este día —me dijo mirándome directamente a los ojos y yo sentí perderme en el mar de hierba de su mirada.

—Pues no ha hecho más que comenzar —acerté a decir cuando fui capaz de romper el hechizo al que estaba sometida.

Al final se nos había echado el tiempo encima pues habíamos perdido la noción de este en el café. Yo me hubiera pasado media vida escuchándolo hablar de salir a pescar salmones con Ferguson, o de participar en los Juegos de las Highlands. Cuando me di cuenta se nos había escapado media mañana como la arena entre los dedos y nos estábamos quedando sin tiempo. Con el cuerpo más caliente, y no solo por efecto del café, nos dirigimos a la zona del

Palacio Real y de la Catedral de la Almudena.

—Y este es el Palacio Real, tiene más de tres mil habitaciones y aunque no lo parezca es casi el doble de grande que el Palacio de Buckingham.

—¿En serio? Deberían hacer camisetas con ese eslogan, les serviría de cura de humildad a los remilgados de los ingleses.

—No te caen demasiado bien tus vecinos del sur, por lo que veo —añadí con una sonrisa.

—No me caen mal, pero tampoco bien. Es difícil de explicar, no tengo nada en contra de ellos, pero si Escocia fuera un país independiente me sentiría mejor. Es algo que siento aquí —dijo señalándose el corazón—, pero me cuesta explicarlo desde aquí. —Se señaló la sien.

—Claro, es por lo de William Wallace y esas cosas, ¿no?

Puso los ojos en blanco y supe que había metido la pata.

—¡En esa película está todo mal! A ver, lo de las caras pintadas de azul es cosa de los pictos que vivieron en Escocia en tiempos de los romanos, Robert de Bruce no fue un traidor, de hecho, ¡es él el auténtico Braveheart! En Escocia es todo un héroe nacional y, para terminar, ¿dónde está la batalla del puente de Stirling? ¿Tú viste algún puente en la película? Porque te lo digo ya, no lo había.

Sus ojos echaban chispas, sí, sí que había metido la pata. Caminaba a grandes pasos por los jardines delante del palacio y parecía que murmuraba imprecaciones en voz baja. Por lo visto había insultado a varios siglos de cultura escocesa con tan solo una referencia cinematográfica. «Menos mal que no me he puesto a hablarle de Outlander», pensé para mis adentros.

Le llevó un par de minutos serenarse y yo pensé que me iba a enviar a paseo por haber insultado a sus ancestros, y a los ancestros de sus ancestros.

—Mira, esto no puede seguir así —me dijo mientras se acercaba a grandes zancadas hasta donde yo estaba.

Bueno, chicas, parece ser que esto se acaba. Mi abuela decía que lo bueno si breve dos veces bueno, pero la verdad es que me hubiera gustado disfrutar

de un poco más de tiempo a su lado. Me daba la impresión de que estábamos congeniando y que a él le gustaba mi compañía tanto como a mí la suya. Por eso, porque yo ya daba todo por perdido, me sorprendió tanto lo que me dijo.

—Te vienes a Escocia conmigo.

—Perdona, ¿qué? —pregunté con un tono una octava más alta que mi tono normal.

—Sí, debes tener vacaciones, ¿verdad? Pues ya está, vamos a solucionar tu analfabetismo sobre Escocia, porque no puede ser que todos tus conocimientos vengan de una película americana dirigida por un australo-americano. Cógete una semana, no, mejor quince días, así podremos ir con tiempo para ver todo lo interesante.

—Alto, alto, ¿no vas tú muy deprisa? ¿Qué te hace creer que me iría de viaje contigo?

Lo reconozco, desde que dijo lo de irme a Escocia yo estaba haciendo cálculos mentales sobre cuántas vacaciones me debía el hospital y está claro que iba a aceptar su invitación, aunque esta todavía no había llegado. William daba por hecho que yo me iría de viaje con él, pero ni siquiera me lo había pedido.

Su cara reflejó desconcierto, tristeza, resignación, toda una serie de emociones que yo no me esperaba para nada. Cogió mi cara entre sus manazas y me miró directamente a los ojos.

—Pensé que te habías dado cuenta con las flores, el café de la otra tarde y pasar el día entero contigo hoy. Quiero más de ti, Emma, lo quiero todo.

Sus palabras me habían dejado helada, el efecto del café que nos habíamos tomado ya había desaparecido por completo. Y yo estaba ahí, de pie en mitad del jardín con un pelirrojo que me sacaba veinticinco centímetros sin saber qué decir pues las heridas que me había hecho Ramón todavía se estaban curando.

—No me gusta ir deprisa, al contrario, creo que en hacer las cosas disfrutando de cada etapa, tal vez te parezca algo anticuado, pero no creo que

por correr más una relación vaya a ser más satisfactoria. O eso pensaba, pero desde que te conocí no he podido dejar de pensar ni un segundo en ti, y no hay nada que me haría más feliz que llevarte conmigo algunos días a mi país. Tal vez quince días te parezcan muchos, podemos comenzar con un fin de semana si lo prefieres.

Yo iba a decir algo, os lo juro, chicas, que mi cerebro estaba ahí a pleno rendimiento buscando palabras y juntando frases, pero mi cuerpo, que a veces va por libre, decidió que todo lo que yo iba a decir se podía resumir en un beso. Y eso fue exactamente lo que hice, me puse de puntillas y lo besé. Al principio se quedó paralizado, me acababa de decir que le gustaba ir despacio y yo le había besado sin siquiera responderle, pero en seguida su cuerpo se relajó y sus labios se abrieron. Su lengua buscó la mía con ansia mientras se abría paso hasta el interior de mi boca. Me apretaba con fuerza contra él y yo podía sentir sus músculos bajo el jersey que llevaba.

Al cabo de unos minutos que me supieron a poco se separó de mí y yo ya lamentaba alejarme de esos labios carnosos que sabían a sueños imposibles. Carraspeó un par de veces antes de poder hablar y no me pasó desapercibido el hecho de que tuviera que recolocarse el pantalón.

—Entonces, ¿vendrás conmigo? —preguntó esperanzado.

—Por supuesto, déjame un par de días para que lo arregle en el hospital, pero en cuanto tenga la respuesta puedes ir reservando los billetes.

Una sonrisa radiante le iluminó el rostro y me cogió por la cintura para elevarme al tiempo que me abrazaba.

—Te va a encantar, *mo cuishle*[1] —me dijo al oído justo antes de volver a besarme con furia.

El resto del día pues ya os lo podéis imaginar, íbamos de la mano y nos parábamos cada seis pasos a besarnos. Todo lo que había memorizado sobre los monumentos había desaparecido de un plumazo y ahí estaba yo en plan guía turística de resaca.

—Esto es un palacio, muy grande por lo que parece. Aquí viven los reyes, o

vivieron en algún momento. Sí, debe ser eso, porque si se llama Palacio Real es porque los reyes han tenido que vivir aquí en alguna época, ¿no crees? Y tiene... pues columnas como se ve y ventanas, veo muchas ventanas desde aquí. Y una puerta muy grande, que seguramente será muy gorda para proteger lo que hay dentro, los reyes y eso.

Patético, chicas, de verdad. Si alguna vez pensáis que estáis haciendo el ridículo recordadme a mí tratando de explicar detalles arquitectónicos borracha de sus besos. Había un grupo de jubilados que se pegaron en un momento a nosotros pensando que yo era una guía acreditada o al menos alguien que sabía de lo que hablaba y se marcharon enfadados y refunfuñando al cabo de dos minutos. Pero me daba completamente igual, me iba a ir de vacaciones con William, solo esperaba que el Cuervo estuviera de acuerdo y me acordara los días.

Capítulo 14

—Carmen —dije ufana al entrar en la consulta—, anúlame todo lo que tenga en la agenda desde el lunes de la semana que viene y durante quince días que me voy de viaje.

A mi Carmencita le dio tal ataque de risa que pensé que tendría que bajar a urgencias a por un carro de paradas. Mientras se secaba las lágrimas que se le habían agolpado en los ojos, se dio cuenta de que yo no estaba de broma y cambió su semblante a uno más serio.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

—¿Ha pasado algo? ¿Tus padres están bien? No tendrás que operarte de algo, ¿verdad? Porque si tienes alguna cosa mala espero que me lo digas que sabes que yo te quiero muchísimo y no te dejaré que pases por eso sola.

—No, Carmen, no es nada de eso. Simplemente tengo muchos días de vacaciones acumulados porque siempre encontraba alguna excusa para no cogérmelos y ya ha llegado el momento de que lo haga.

Carmen se quedó mirándome fijamente y entonces hizo algo que yo no me esperaba, se acercó y empezó a olfatearme como hacen los perros busca drogas en las aduanas. Al acercarse a mi cuello dio un salto hacia atrás y sonrió satisfecha.

—¡Aja! Hueles a colonia de hombre —dijo exultante mientras yo trataba de componer mi mejor cara de póker—. ¡Te vas de vacaciones con un tío! ¿Es el

escocés? ¡Ay, por favor! Dime que es el buenorro del escocés, que yo ya tengo una edad en la que necesito vivir por la vida de otros.

Me tuve que rendir a la evidencia de que tratar de ocultarle algo solo serviría para empeorar las cosas, así que tuve que confesar.

—Sí, es William, me quiere llevar unos días a Escocia para que la conozca y no meta más la pata.

Carmen me abrazó como si llevara un año sin verme y me llenó de besos la coronilla.

—Pues no sabes cómo me alegro. Ahora tenemos un problema y es que el Cuervo acepte que te vayas quince días, además pidiéndolos con tan poco tiempo de antelación.

—Pero me los debe el hospital desde hace años, apenas me he cogido vacaciones desde que llegué.

—Y eso es por un motivo... A ver, tenemos que darle la vuelta a la situación para que parezca que ha sido idea suya que te vayas.

—¿Estás hablando en serio? Eso no va a pasar nunca.

—Sí, sí, solo tenemos que encontrar la manera... —Comenzó a morder el capuchón del bolígrafo mientras fruncía el ceño pensativa—. Ya se me ocurrirá algo, tú ponte a trabajar como haces siempre que de esto me encargo yo, ya verás como encuentro alguna cosa.

Os voy a decir una cosa en toda confianza, chicas, este es un consejo que os doy gratis, así que coged una libreta y anotadlo para volver a él cuando lo necesitéis: rodearos de personas creativas. Es lo mejor que podéis hacer, esa gente os enseñará a ver el mundo de otra forma, con ojos nuevos y aportará soluciones inimaginables a vuestros problemas. Gente que tengan siempre la creatividad a flor de piel, que su cabeza bulla con ideas y que sean capaces de sacar un buen resultado de cualquier situación. Y si encima os quieren y estarían dispuestas a montar un gran espectáculo para que tu jefe te deje irte

quince días de vacaciones con el hombre del que te acabas de enamorar, pues mejor que mejor.

Y esa persona en mi vida es Carmen, sinceramente, no sé qué haría sin ella y doy gracias al cielo (y al equipo encargado de las contrataciones del hospital) de ponerla en mi vida.

Hizo correr el rumor de que yo había contraído una enfermedad bastante contagiosa que necesitaba de al menos quince días de baja, pero que yo no me la quería coger porque soy muy responsable con mi trabajo. Se lo dijo a las enfermeras, a los celadores, a los médicos en la cafetería y al ayudante del Cuervo. Cuando vio que nuestro jefe se acercaba por el pasillo me roció con desinfectante la cara sin que yo me lo esperara y me puse a lagrimear y a toser como si me fuera la vida en ello. Y esa es la estampa que se encontró el responsable de servicio cuando abrió la puerta de mi consulta. Yo estaba volcada sobre el pequeño lavabo estornudando, tosiendo y limpiándome las lágrimas con una toalla de papel. La estampa no podía ser más desoladora.

Necesitó exactamente dos segundos para evaluarme desde la puerta, levantar su nariz ganchuda y decir de forma que todo aquel que estuviera cerca oyera.

—Esparza, váyase a su casa, si no está recuperada no la quiero en mi hospital. Si no se quiere coger la baja no lo haga, cójase vacaciones, días sin sueldo o lo que le dé la gana, pero hasta dentro de veinte días no quiero volver a verla por aquí. Y que sea la última vez que pone en peligro al personal de este centro viniendo a trabajar siendo contagiosa.

Cuando cerró la puerta miré a Carmen sin entender absolutamente nada, pero ella tenía una mirada de triunfo que me insufló confianza.

—Toma —me dijo sacando una hoja de una carpeta—, es el formulario de vacaciones para recursos humanos, solo tienes que firmarlo, ya lo he rellenado yo por ti —añadió con un guiño.

—Pero... pero no sé cómo agradecértelo —le confesé bastante emocionada.

—Tráeme *whisky* escocés, del de verdad, no una mierda que compres en el

aeropuerto a última hora.

Nos fundimos en un abrazo y a mí se me saltaron las lágrimas y no era por los químicos que había empleado contra mí. Reconozco que sus métodos no son demasiado convencionales, pero mientras sean efectivos no me iba a quejar demasiado.

Me cambié de ropa al tiempo que le enviaba un mensaje a William para confirmarle los días y me despedía de mis compañeras que habían sido todas partícipes del engaño. Es posible que alguna estuviera algo celosa, pero en el fondo todas se alegraban por mí.

Y así fue como conseguí que el estirado de mi jefe me dejara cogerme dos semanas y media de vacaciones para irme de viaje con William.

Capítulo 15

El Estado Mayor del frente Aliado el Día D debió ser algo parecido a mi salón en aquellos momentos. Tras salir del hospital, William me había dicho que volaríamos a Edimburgo dos días después, lo que no me dejaba demasiado tiempo para organizarme, con lo que tuve que pedir refuerzos.

Youki, Laura y Diana habían acudido raudas a mi llamada de auxilio cuando les expliqué en unos pocos mensajes la situación. Ahora estábamos en mi salón con prácticamente toda la ropa de la que yo era dueña desparramada sobre el sofá, las sillas y la mesa del comedor mientras decidíamos lo que me debía llevar y lo que no. Habíamos abierto unos botellines de cerveza y Bryan Adams sonaba de fondo cantando con su voz rasgada las canciones de su disco *Unplugged*.

—¿Qué sabes de ese hombre, Emma?

—Que tiene unos ojos preciosos —dijo Youki mientras se ponía una mano en la frente y fingía desmayarse sobre el sofá arrugando la ropa que quedó debajo de ella.

—Eso es cierto, You, pero también sé que le gusta la naturaleza, salir a cazar y a pescar salmones.

Me di cuenta de cómo había sonado en cuanto terminé de decir la frase, mis tres mejores amigas rompieron a reír al mismo tiempo.

—Pues ya está, llévate un chándal viejo, las botas de agua y un impermeable amarillo como el del Capitán Pescanova —bromeó Diana antes

de darle un trago a su botellín.

—Chicas, que esto es serio, no me ha dicho nada, solo que quiere que conozca Escocia, pero no sé si quiere que conozca las cabañas de cazadores o los restaurantes de lujo.

—Pues ve preparada para las dos cosas.

—¡Solo llevo una maleta, Laura! Y tengo que pensar en meter la plancha del pelo, el maquillaje, el gel, el champú, la crema hidratante... No voy a ser capaz.

—Emma, deja de lamentarte —dijo Diana con su tono de ejecutiva de éxito—. Estoy acostumbrada a viajar por el trabajo y suelo ir solo con maleta de mano, tengo todos los productos de belleza que necesites en versión mini. Lo único que tienes que coger son tus cremas, porque tu piel y la mía no tienen nada que ver, y ya está, yo te presto lo demás.

Asentí agradecida, un problema menos, solo me quedaban unos ciento cincuenta aún por resolver. Tras dos horas de arduas deliberaciones en las que hubo que someter varias prendas a votación, ya tenía lista mi maleta.

Al final nos decantamos por ropa cómoda pero con un punto elegante, que es como yo había visto siempre vestido a William, también metimos un par de vestidos de cóctel y unos zapatos de tacón por si acaso decidía llevarme a algún sitio bonito. Y la lencería la habíamos dividido entre la de ir al monte, con bragas y sujetadores de algodón, y otra más sexy con seda y encaje. Claro que no me quedaba a mí muy claro que después de patearme las Highlands yo tuviera ganas de enfundarme en un *body* de La Perla, pero no pasaba nada por meterlo en la maleta.

—¿No te da miedo irte con un tío, al que apenas conoces, dos semanas de vacaciones? Ni siquiera ha dicho a dónde te va a llevar —preguntó Youki con un asomo de preocupación en su voz.

Claro que me lo había planteado, por supuesto que me daba miedo, pero por otro lado sentía que era lo correcto. No sé cómo explicároslo para que lo entendáis, es una sensación aquí, en lo profundo de las entrañas, que me dice

que tengo que lanzarme a esta aventura o me arrepentiré toda mi vida. Además de que desde que lo conocí, me había sentido muy atraída por él, no solo físicamente (que también, todo sea dicho de paso), sino a un nivel mucho más profundo. Cuando lo miro a los ojos me veo reflejada en ellos y veo lo que quiero ser.

—Sí me da miedo, pero tengo que hacerlo.

—Llama o envía mensajes todos los días. Si no lo haces, llamo a la policía y hago que tu cara salga en todos los periódicos —dijo Laura mientras me daba un fuerte abrazo.

—Tenemos una sede en Edimburgo —me dijo Diana, que es su forma un tanto retorcida de decir que me quiere y que se preocupa por mí.

Cuando se marcharon mi casa parecía que había sufrido un tornado, había zapatos, vestidos y camisetas prácticamente sobre cada rincón libre del salón. Las botellas vacías de cerveza se acumulaban en el cubo esperando a que encontrara un momento para acercarme al contenedor de reciclaje, pero había merecido la pena. Es increíble poder contar con tanta gente a mi alrededor que está dispuesta a hacer algo bonito por mí.

Al día siguiente me iba de viaje con William y, para no llegar tarde al aeropuerto, reservé un coche con Uber pues no me fiaba del metro de Madrid en un día tan importante. Ese fue probablemente uno de los mayores errores que he cometido en mi vida, pues casi pierdo el vuelo, la vida y la poca dignidad que me quedaba.

Capítulo 16

Había revisado el bolso dos docenas de veces para comprobar que llevaba el pasaporte y el horario del vuelo. No había tenido tiempo de cambiar euros a libras, pero pensaba hacerlo una vez que llegara al país. Teóricamente todo estaba perfecto para embarcarme en la mayor aventura de mi vida. Mi conductor de Uber llegó puntual, aunque yo ya lo estaba esperando en la puerta del piso con mi enorme maleta preparada.

Era un chaval alto con una gorra azul calada, gafas de sol y barba que me abrió el maletero del coche y dejó que yo sola metiera la maleta. Algo en su porte me resultaba ligeramente familiar, pero no era capaz de centrarme en esas cosas justo ahora, sabiendo que en media hora estaría en el aeropuerto con William.

Le di la dirección de Barajas y él puso rumbo a la M-30 mientras yo enviaba mensajes a mis amigas y a William. Cuando levanté la mirada del móvil vi que no íbamos en la dirección correcta.

—Perdone, pero creo que se ha equivocado, por aquí no se va al aeropuerto.

Se quedó en silencio mientras seguía conduciendo y yo comenzaba a sentirme insegura, así que insistí.

—Perdone, pero no es por aquí para ir a Barajas.

Entonces el conductor se quitó las gafas y la gorra y apareció ante mí un Ramón más delgado y con barba de un mes.

—Emma, no puedo dejar que cometas este error.

—¡La madre que te parió, Ramón! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está mi conductor?

—Mira, Emma, por pura casualidad reservaste el coche de mi amigo Iñaki. Eso es el destino, ¿no lo ves? El Universo quiere que volvamos a estar juntos —me dijo mientras me miraba esperanzado por el retrovisor.

—Ramón, esto es secuestro, por el amor de Dios. Llévame al aeropuerto o déjame en cualquier gasolinera, que ya me las apaño yo, pero déjame salir de este coche.

—No puedo, cariño, ¿no te das cuenta? Estamos predestinados a estar juntos. Ya verás, he organizado un fin de semana en Toledo, en una casita rural, te va a encantar, princesa.

—¿Princesa? No me has llamado así en la vida, ¿a qué viene esto?

—A que te necesito en mi vida, Emma. Es verdad que en ocasiones me he comportado como un egoísta.

—El noventa por ciento del tiempo que estuvimos juntos.

—El treinta —dijo sonriendo, creo que él lo pensaba de verdad—. Pero he cambiado, he entendido que nos hemos separado solo para volver con más fuerza.

—Estás loco, Ramón, para. Mira, hay una salida dentro de un kilómetro, déjame ahí, por favor.

—No puedo, Emma, necesito que estés conmigo para que mi vida tenga sentido.

La salida pasó por nuestra derecha y Ramón no hizo ninguna intención de cogerla. Yo veía los minutos pasar, y a pesar de que había salido con bastante tiempo, íbamos en la dirección contraria al aeropuerto y yo comenzaba a ponerme nerviosa. Y sabéis que la gente desesperada hace cosas desesperadas, pues eso es justo lo que hice yo.

Abrí la ventanilla trasera del coche y me puse a gritar sacando medio cuerpo fuera.

—Emma, ¿qué haces?

—Pedir auxilio, voy con un psicópata en el coche que no me quiere dejar salir, a ver si así la policía nos para.

—Pero, mujer... ¡qué es el coche de Iñaki! Se cabrearía un montón.

—¿Más de lo que estoy yo ahora mismo? —pregunté con furia.

—Emma, no estás pensando con claridad. No estarás en esos días del mes, ¿verdad?

Chicas, os voy a contar una cosa: en el parque de Yellowstone hay un géiser que se llama Old Faithful que entra en erupción cada hora y media más o menos, pero no se sabe exactamente cuándo. A veces lo hace a los cuarenta y cinco minutos y otras veces a las dos horas. Es un espectáculo de la naturaleza que no se puede prever de forma exacta. Pues eso mismo pasó en aquel coche, el géiser interior que llevaba dentro, la rabia por haber perdido cinco años de mi vida con Ramón y la posibilidad de no llegar a tiempo a mis vacaciones con William hicieron que entrara en erupción y comenzara a darle golpes en la cabeza con el bolso. Os lo digo ya, es muy mala idea golpear al conductor de un coche que va a ciento veinte kilómetros por hora.

El coche empezó a dar bandazos a derecha e izquierda mientras Ramón trataba de esquivar los golpes y parar algunos con la mano derecha.

—Emma, ¿te has vuelto loca? Deja de pegarme.

—¡Y tú déjame salir! O salto, Ramón, mira que abro la puerta y salto con el coche en marcha.

—¿Estarías dispuesta a arriesgar tu vida solo para no pasar un fin de semana conmigo?

—El que lo tengas que preguntar significa que eres aún más tonto de lo que yo pensaba.

Nuestras miradas se cruzaron en el espejo retrovisor. Yo estaba roja de ira, y él llevaba el pelo despeinado por culpa de los golpes. Creo que fue justo en ese instante, en esos segundos que pasamos en silencio mirándonos indirectamente que él comprendió que habíamos terminado, que nada de lo que

hiciera iba a hacerme cambiar de opinión. Resignado, apartó la mirada y fijó los ojos en la carretera de nuevo.

—Hay una gasolinera con un cambio de sentido más adelante —dijo en apenas un susurro.

Yo no pude decir nada, estaba cabreada, apenada, asustada por si no llegaba a tiempo y mil sensaciones más. La resignación que vi en los ojos de Ramón cuando me dejó en el aeropuerto fue completa, incluso me ayudó a bajar la maleta. Nos despedimos sin dos besos o un abrazo, simplemente diciéndonos adiós con la mano. En el fondo Ramón no es malo, es solo un egoísta mimado que no ha dado un palo al agua en su vida, pero no se puede decir que sea mala persona.

Yo corrí para encontrarme con William, decidí omitir mi incidente con mi exnovio tratando de secuestrarme para llevarme a Toledo porque no sabía cómo podía reaccionar, y más sabiendo de su afición por cazar animales. Simplemente dije que había tenido un problema con el conductor del coche y él dio la respuesta por buena.

Hasta que no nos montamos en el avión no fui consciente de que me iba quince días de viaje con un escocés que no sabía si era mi novio, mi amigo especial o qué exactamente, pero tampoco me preocupaba, de momento era la persona que me hacía feliz, y con eso era suficiente para mí.

Capítulo 17

Una fina lluvia nos recibió en el aeropuerto de Edimburgo, William cargaba mi maleta sin apenas esfuerzo mientras él viajaba con lo que parecía una bolsa de viaje. ¿En serio lleva ahí ropa para quince días? Claro que entonces caí en la cuenta de que seguramente pasaríamos por su casa durante el viaje para que cogiera cosas. En verdad recé porque lo hiciera porque si no, iba a pensar que yo era una loca con un maletón de veinticinco kilos mientras él podía apañárselas con la bolsa con la que yo voy al gimnasio.

Un chófer uniformado nos esperaba con un cartel con el nombre de William en él. En aquel momento no entendí por qué torció el gesto al ver al hombre esperarnos a la salida y su mirada se ensombreció por un momento. Al principio pensé que tal vez sería un conductor de Uber a quien le gustaba hacer un poco el paripé cuando iba al aeropuerto a por clientes, pero pronto deseché esa idea.

—Bienvenido a casa, señor —dijo al tiempo que hacía una ligera reverencia.

—Gracias, Duncan —respondió él en tono frío.

El chófer no me había dedicado ni un minuto y se dio la vuelta en cuanto tuvo a William a su lado. Una elegante berlina de color negro nos esperaba en el aparcamiento. Yo quería decir algo, preguntar quién era ese Duncan, por qué de repente se había puesto tenso y se le contraían los músculos de la mandíbula, pero decidí que ese era uno de los momentos en los que estaría

mucho más mona callada.

—Llévame a mi piso, Duncan.

—Lady Alana ha pedido que lo lleve a casa, señor.

—Llevamos varias horas en un avión, estamos cansados y sucios. Llévame a casa y dile a mi madre que iré a verla lo antes posible.

—Pero...

—No voy a discutir más —dijo mientras se retrepaba en el asiento trasero y dio por concluida la conversación.

Yo trataba de poner en orden mis pensamientos: ¿acababa de decir que esa tal lady Alana era su madre? *Holy shit*. ¿Dónde me estaba metiendo? La verdad es que me daba cuenta de que William apenas había hablado de su familia. Me había contado cientos de anécdotas con Ferguson y unas cuantas con su hermano, me había hablado de los bosques y las praderas, incluso de los acantilados escoceses, pero no había dicho ni palabra de su familia.

Duncan condujo en silencio y ni siquiera puso la radio en el trayecto desde el aeropuerto a donde fuera que nos llevara. Estiré mi mano y cogí la de William, él pareció salir de su trance con aquel gesto y me devolvió una sonrisa que hizo que mi corazón palpitara más deprisa.

—Tengo un piso en el centro de Edimburgo, detrás de la Royal Mile, espero que te guste.

—Cualquier cosa está bien —dije rememorando el viaje en interrail que hice con Youki al terminar la carrera durmiendo en hostales de mala muerte e incluso en alguna estación de tren. «Si no hay diez personas compartiendo la habitación y el agua de la ducha tiene un mínimo de presión, me doy por satisfecha», pensé para mis adentros.

Llegamos a un edificio de piedra de dos alturas que parecía llevar en pie desde los tiempos de Bonnie Prince Charlie. Duncan nos dejó en la misma puerta y, aunque trató de ayudarnos con el equipaje, William se encargó de llevarlo él mismo. Entramos a un edificio donde un portero nos saludó e intercambió unas cuantas frases de cortesía con William antes de que

subiéramos por la escalera a pesar de que había ascensor.

No sé muy bien lo que me esperaba encontrar, tal vez algo con decoración antigua, a juego con el resto del edificio, por eso me quedé de piedra cuando la puerta se abrió. Yo pensaba que habría varios apartamentos en el edificio, pero la verdad es que era uno solo. Toda la planta superior estaba ocupada por un inmenso *loft* decorado con gusto y sobriedad. Había una mesa de billar y un fútbol en una esquina, una cocina abierta al salón enorme donde podría cocinar Ferran Adrià sin echar de menos su cocina de El Bulli, y lo que más me gustó, una biblioteca descomunal. Una pared entera estaba forrada con estanterías y en estas se amontonaban cientos de libros.

Mi cuerpo se sintió atraído como una polilla por la luz y tuve que acercarme a verlos, necesitaba estar más cerca de esa fuente de conocimiento. Había libros en doble fila y algunos se amontonaban en pequeñas columnas en el suelo. Había de todo, desde el último título de Dan Brown al *Ulises* de Joyce, en lo que parecía una primera edición. Me sorprendió leer algunos títulos en francés.

—¿Hablas francés? —pregunté sorprendida.

—*Bien sûr, madame, ma mère est d'ascendance française et elle nous a obligé à l'étudier malgré que ce soit une langue que je n'aime pas du tout.*

[2]

Me tuve que sentar porque mis rodillas habían comenzado a temblar. ¡Dios! ¿Se puede ser más sexy? Os lo digo ya: no, no se puede. También os digo otra cosa, hasta ese momento no tenía ni idea de que su madre era de ascendencia francesa y que él sabía hablar ese idioma. Me daba la impresión de que me había venido de vacaciones a otro país con un hombre del que me quedaban todavía muchas cosas por aprender.

Me dio una visita rápida por la casa, un cuarto de baño enorme y una habitación aún más enorme hacían juego con el resto del piso. Todo parecía elegante (y caro), pero entonces me asaltó otra duda, ¿sería él quien había elegido la decoración o sería algún decorador? La verdad es que por las pocas pinceladas sobre su familia que había conseguido reunir desde que

atterrizamos, me daba la impresión de que William estaba forrado. Menos mal que Diana es lesbiana, porque ya se sabe que a los ricos les gusta casarse entre ellos y más teniendo en cuenta el bellezón que es mi amiga.

—¿Estás bien? Te has quedado muy callada —preguntó sacándome de mi ensoñación sobre bodas de gentes de dinero.

—Sí, sí, es que entre el viaje y saber que tienes chófer me he quedado un poco descompuesta. —No quería sonar borde, pero creo que al final fue como me salió.

William enrojeció y pareció sentirse algo incómodo. Se sentó en el sofá de cuero y me indicó con la mano que hiciera lo propio a su lado. Os voy a decir una cosa, yo, acostumbrada a los sofás de Skay o de tela del Ikea, que es a lo más que puedo aspirar yo o cualquiera de mis conocidos, sentí un gustirrinín que no os podéis ni imaginar cuando apoyé mi delicado culo en aquel sofá. Normal que la gente de pasta parezca que esté siempre tan guapa y descansada, si yo me sentara a diario en un sofá como ese seguro que hasta desaparecerían las ojeras.

—Mi familia tiene dinero, pero no es algo que me preocupe especialmente. Creo que yo soy quien soy sin tener que depender del dinero de mis padres.

—Hombre... Un chófer con librea ha venido a recogerte al aeropuerto y tienes ciento cincuenta metros cuadrados de apartamento en el centro de la capital de Escocia... No se puede decir que seas precisamente como yo.

—No tienes ni idea, Emma. Renunciaría ya mismo a todo esto si cualquiera de esas cosas te incomoda aunque sea un poco.

Lo miré y me perdí una vez más en la profundidad de su mirada. ¿Lo estaba diciendo en serio?

—De momento, déjalo, que lo de no tener que pedir un taxi va muy bien y este pisazo, ¡guau! Ya quisiera yo tener una tele como esa.

—Son solo cosas, Emma, lo que de verdad importa no se puede comprar con una Visa, créeme. —Un atisbo de tristeza pugnó por asomar en sus palabras, pero tan rápido como había aparecido se marchó sin dejar rastro—.

Dime, ¿qué te apetece hacer? El Castillo es mejor visitarlo a primera hora, si no, se pone hasta arriba de turistas, y lo mismo pasa con el Parlamento.

—Podemos simplemente salir a pasear, ver tiendas, entrar en algún *pub* a tomar algo.

Su sonrisa se ensanchó de tal forma que pensé que se le iban a salir las comisuras por los lados de la cara.

—Pues que así sea.

Se puso en pie de un salto, y cogiendo un paraguas para protegernos de la lluvia salimos a pasear por las calles de Edimburgo.

Me explicó el significado del tartán y del *kilt* y como al principio era simplemente una pieza larga de tela que se anudaba en torno a la cintura y los hombros; y cómo fue acortándose hasta quedar en la falda escocesa que estamos acostumbrados a ver en las películas. Me habló de la fundación de Edimburgo y, cuando dejó de llover, utilizó el paraguas como si fuera una espada para dar más emoción a sus palabras.

Al final de la Royal Mile nos encontramos con Adam Watters, un profesor de instituto que también se disfraza de William Wallace para hacerse fotos con los turistas. El dinero que recauda va para asociaciones benéficas. Por lo visto conocía a William y nos paramos a hablar con él (y a hacernos fotos, no os voy a engañar). Me estuvo enseñando fotos en las que daba clases disfrazado de rebelde jacobita o de escocés en la Edad Media. El tipo sabía muchísimo de historia de Escocia y William lo invitó a tomarse una pinta con nosotros en un *pub* cercano, pero tenía planes y no pudo ser. Me quedé con ganas de saber más, no solo sobre él, sino de la historia de este país. Son increíbles el fervor y el entusiasmo que los escoceses demuestran por su pasado.

Comimos en un *pub* mientras bebíamos cerveza. Por cierto, hay una especie de

leyenda urbana que dice que los españoles somos los europeos más ruidosos, pues os digo una cosa, estamos empatados con los escoceses. Por la calle parecen comedidos, un poco como si se hubieran contagiado del espíritu inglés, que ya sabéis todas que esos son más estirados, pero en cuanto entran en la seguridad de un *pub* sacan el alma apasionada que llevan dentro y se dejan llevar. Las jarras chocan en los brindis, se saludan a gritos y se ríen a voces. ¡Me encantaba! Era como estar en casa, nada que ver con el semestre que pasé en Liverpool en la universidad, ese ambiente era muchísimo mejor.

Tras visitar el Palacio de Holyroodhouse decidimos volvernos a casa. Por cierto, chicas, si vais a Edimburgo no os podéis perder la visita a este palacio, es espectacular. Mira si es bonito que es donde se queda la reina cuando viene de visita a Escocia. Así que con eso creo que ya queda dicho todo.

Cuando volvimos al piso me dolían los pies de tanto caminar por calles adoquinadas. Lo poco que había visto de Edimburgo me había encantado, pero sobre todo me había enamorado de su gente. Todos los escoceses con los que nos habíamos cruzado, desde camareros a dependientas, pasando por los simples peatones, eran todos gente simpatiquísima. Mi parte que ha crecido viendo películas de Disney, e influenciada por Laura, ya se veía viviendo entre ellos, convertida en una escocesa más, aceptando los colores del clan de William. Porque tendrá colores de clan y esas cosas, ¿no? La verdad es que sabía bastante poco sobre sus orígenes y decidí que este era el mejor momento para enterarme de alguna cosa más.

—Will, llevo desde esta mañana dándole vueltas a una cosa que dijo Duncan, llamó a tu madre lady Alana...

Dejé la frase en el aire, la verdad es que no sabía muy bien cómo continuar, pero él entendió perfectamente lo que quería decir. Se puso de pie y se acercó al mueble bar del salón para servirse un *whisky*. El color ambarino del licor contrastaba con el verde de sus ojos que había perdido fuerza y estaba ahora más apagado. Se sentó a mi lado con la copa en la mano y dio un par de sorbos antes de comenzar a hablar.

—No me gusta hablar de mi familia, no somos una familia al uso. Y sí, mis padres pertenecen a la nobleza, mi padre es un lord y algún día yo heredaré el título por ser el mayor, pero no es algo que me guste que se sepa pues me da la impresión de que la gente empieza a tratarme distinto en cuanto lo saben.

—¿Nobleza del tipo que conocen a la reina? —pregunté sin poder contenerme.

—Sí, ese tipo de nobleza. Pero no creas que yo he crecido jugando con William y Harry y asistiendo a sus cumpleaños en Buckingham, no, simplemente he coincidido con ellos en algún partido de polo y poco más. Ed sí que ha salido de fiesta un par de veces con Harry antes de que sentara la cabeza con Meghan, eran muy buenos compañeros de borrachera, solo eso.

—¿Te parece poco?

Los ojos estaban a punto de salirseme de las órbitas.

—¿Me estás diciendo en serio que has jugado al polo con el príncipe William o es algún tipo de broma escocesa que no soy capaz de pillar?

—¿Ves? Por eso no me gusta hablar de este tipo de cosas. Espero que tu opinión sobre mí no haya cambiado. —Su mirada era suplicante.

—No, de verdad, sigo pensando que eres el mismo, solo que ahora sé que eres un *snob* estirado como todos los nobles. —Le guiñé un ojo y sonreí tratando de quitarle hierro al asunto.

Él me devolvió una tímida sonrisa, me daba la impresión de que este tema le había traído más de un problema a lo largo de su vida, pero él decidió no seguir hablando de ello y yo tampoco insistí. Creo que esa es una de mis mayores cualidades, soy extremadamente discreta y no soy capaz de insistir si siento que la persona se pone incómoda aunque por dentro yo me esté muriendo de curiosidad.

En esos momentos necesitaba sentirlo cerca, que no pensara que el hecho de saber su pequeño secreto me hiciera cambiar de opinión. Me acurruqué contra él en el sofá apoyando mi cabeza en su pecho. Él dejó la copa y me rodeó con uno de sus grandes brazos mientras me mesaba el pelo con la mano. Me dijo

palabras en gaélico que no comprendí y supuse que hablaba más para él mismo que para mí. Yo me dejé arrullar por su voz y sentía cómo paraba para abrazarme más fuerte de vez en cuando.

Cogió mi cara entre sus manos y me giró hasta ponerme frente a él. Me perdí en sus ojos una vez más, el verde del musgo en las fachadas me devolvió la mirada que no se apartaba de mí. Me atrajo hacia él y comenzó a besarme, muy despacio, con una suavidad que contrastaba con las dimensiones del hombre que estaba sentado a mi lado. Sus labios recorrieron los míos y pronto comenzaron a bajar hacia mi cuello, sentía su respiración agitarse con cada beso que depositaba sobre mi piel.

Me quitó el jersey con extrema delicadeza e hizo lo mismo con el suyo, yo llevaba una camiseta de tirantes debajo, pero él se quedó con el torso desnudo. Unos pectorales y unos abdominales marcados atrajeron mi atención durante un instante hasta que sus ojos volvieron a encontrarse con los míos.

Sembró mi piel de besos comenzando por las muñecas y subiendo por mis brazos. Cuando llegó a los tirantes de mi camiseta decidió que le estorbaban y también me la quitó. Yo estaba recostada sobre el sofá de cuero y me dejaba hacer. Sus besos pasaron por mis hombros, mi cuello y se deslizó con suavidad al vientre donde tuvo que parar porque con cada beso yo me retorcí por las cosquillas. Quise besarlo yo también, pero no me dejó.

—Eres mi invitada, mi princesa celta, hoy me toca ser tu sirviente.

Y dicho esto volvió a la tarea de no dejar ni un centímetro de mi piel que no hayan tocado sus labios. Me quitó el sujetador con un movimiento hábil y se quedó en silencio mirándome desnuda de cintura para arriba. Yo me sentí un poco incómoda, pero la sensación me duró el tiempo que él tardó en volver a besarme. Su respiración ahora era más agitada y superficial.

Cogió uno de mis pechos entre las manos mientras lamía y mordisqueaba el pezón del otro. Yo no lo pude evitar y solté un gemido de placer que le hizo sonreír, pero que no le apartó de su tarea. Con lentitud abandonó mi pecho para deslizar sus dedos sobre mi vientre hasta llegar al pantalón. Desabrochó

muy despacio el botón y bajó la cremallera, e introdujo su mano por el interior de mis bragas. Volví a gemir, esta vez más alto, cuando sus dedos encontraron mi clítoris y comenzó a jugar con él mientras seguía besándome.

Notaba cómo mi pecho se movía de forma agitada, sus manos expertas me pellizcaban mientras que su boca me besaba y lamía. Cuando introdujo los dedos dentro de mí, solté un gritito que le hizo reír, no tardó ni dos minutos en llevarme al orgasmo mientras yo me contraía y sentía mi frente perlada en sudor.

—Ahora... por favor —le pedí suplicante.

Arrancó mis pantalones con un rápido movimiento y se deshizo de los suyos que quedaron amontonados sobre la alfombra. Era un espécimen digno de ver, alto, musculoso, con el pelo pelirrojo alborotado por mis caricias. Como si yo fuera una valiosa pieza de Lladró, se puso encima de mí con extrema suavidad. Me cubrió de nuevo de besos y antes de que yo pudiera impedirselo bajó su boca hasta mi sexo. Jugueteeó con su lengua, mordisqueó suavemente y me hizo estremecerme de placer.

—Oh, Emma —dijo con la voz ronca.

—Ahora, William —musité.

Se irguió ligeramente y entró en mí con suavidad. Comenzó a moverse de forma rítmica, primero muy despacio, disfrutando de cada embestida, rozando mi clítoris con una mano mientras con la otra me seguía acariciando. Sus embestidas fueron cada vez más rápidas y notaba su cuerpo sudoroso contra el mío.

Llegué al orgasmo gritando su nombre, y justo después él se abandonó al placer y me acompañó. Nos quedamos abrazados en el sofá sintiendo cómo la respiración se calmaba. Él escondió su cara entre mi pelo y comenzó de nuevo a hablarme en gaélico, susurrándome palabras que hicieron que mi vello se erizara aunque no comprendiera su significado. He tenido varias parejas sexuales, aunque con ninguno de ellos sentí todo lo que William me hizo sentir aquella tarde. El calor del momento se estaba pasando y, a pesar de estar

contra su cuerpo, tirité de frío. Se levantó y volvió al sofá con una enorme manta de lana que echó sobre los dos. Me acurruqué de nuevo contra su pecho y noté cómo me podía el cansancio. Lentamente cerré los ojos y me abandoné al sueño. Recuerdo vagamente que unos potentes brazos me cogían y me llevaban por el aire hasta depositarme en la cama. No recuerdo haber dormido tan bien en mi vida.

Capítulo 18

Yo pensaba que iríamos a visitar el castillo, esa imponente mole de piedra que domina la ciudad de Edimburgo y de la que tanto había oído hablar, pero William me tenía preparada una sorpresa. Mientras yo remoloneaba en las sábanas y trataba de acostumbrarme a esas ventanas sin persianas, lo oí a él trajinar en el piso y escuché cómo salía de casa varias veces. Sobre las ocho de la mañana (una hora criminal sabiendo que estaba de vacaciones), decidí que ya era hora de que me pusiera en marcha yo también. Me di la mejor ducha de mi vida, así os lo digo, esa presión no la he sentido ni en el *jacuzzi* del *spa* al que Diana nos llevaba de vez en cuando. Fue un gustazo increíble sentir el agua caliente derramándose sobre mi piel y tuve que hacer un esfuerzo ímprobo por salir de aquella ducha maravillosa.

Cuando salí, Will me saludó con una ancha sonrisa y un café en la mano. Casi agradecí más lo segundo que lo primero hasta que se me acercó y me dio un largo beso que me hizo despertarme de golpe sin necesidad de cafeína.

—Vístete de prisa que tenemos varias horas de carretera.

—Pero ¿no vamos a continuar visitando Edimburgo?

—Cambio de planes, he hablado con mis padres y tenemos dentro de una semana justa una fiesta en mi casa, así que he decidido saltarme algunas partes del recorrido e ir directamente a lo interesante. ¡Hoy nos vamos a las Highlands! —dijo eufórico.

En otro momento de mi vida me hubiera sentido eufórica yo también

pensando que un auténtico escocés iba a ser mi guía por las Tierras Altas, pero en lo único en lo que podía pensar es en que iba a asistir a una fiesta en su casa. Más bien en la casa de sus padres, que por lo visto son miembros de la nobleza escocesa y yo iba a desentonar como un pulpo en un garaje. Compuse mi mejor sonrisa y me escabullí a la habitación para cambiarme de ropa. Les envié un mensaje a las chicas, pero como yo tenía una hora menos que ellas ninguna me respondió.

No sé porqué di por hecho que sería Duncan quien nos llevaría a las Tierras Altas, por eso me sorprendió cuando salimos del edificio y nos dirigimos hacia un aparcamiento situado en un moderno inmueble. William se paró delante de un Jeep Wrangler que debía tener casi el doble de años que él y que parecía que acababa de salir directamente de una de las playas del Desembarco. Él lo miraba con orgullo mientras me abría galante la puerta del copiloto, pude ver que todas mis cosas estaban ya instaladas en el maletero y solo faltábamos nosotros para ponernos rumbo a su tierra natal.

Todo lo que os dijera sobre el camino hacia Oban, que era nuestro destino, sería quedarme no corta, sino cortísima. Cuando pasamos por el Valle de Glencoe yo notaba como la respiración se me quedaba enganchada en los pulmones sin atreverse realmente a salir. Los colores, las formas, la naturaleza abrupta recortándose sobre un cielo gris plomizo. Todo era simplemente precioso. De una belleza brutal y salvaje, un poco como la que tenía William.

En el coche llevábamos música soul a todo volumen, The Temptations, Stevie Wonder o Marvin Gaye atronaban por los altavoces. Y cuando llegó el turno de Aretha Franklin y *Respect*, los dos cantamos a pleno pulmón como si fuéramos auténticas divas de la música negra. Lo reconozco, el viaje se me hizo cortísimo, y mira que estuvimos cuatro horas dentro del coche. Cuanto más nos adentrábamos en su terreno más se iba abriendo, me habló de su madre, que era toda una dama y para quien los modales y el saber estar eran indispensables; de su padre, que fue quien le puso una escopeta por primera vez en las manos con ocho años y le enseñó a cazar y a pescar. De su abuelo y

las historias que le contaba junto a la chimenea, y de su hermano y cómo se habían odiado durante toda su infancia y adolescencia hasta que un día decidieron poner los puntos sobre las íes y empezar a llevarse bien.

—Mira, ¿ves aquellas montañas de allí? ¿La del pico más alto, ese que es todo granito? Por el cumpleaños de Ferguson, él y yo decidimos subir hasta la cima, íbamos preparados con equipo y la verdad es que los dos somos bastante buenos escalando, pero una vez que subimos no veíamos por dónde podíamos bajar. Nos entró una niebla que lo cubría todo y que era espesa como el algodón y nos quedamos bloqueados. Intentamos una pared y nos fue imposible y por donde habíamos subido se nos presentaba ahora mucho más difícil. Estábamos atrapados.

—¿Y qué hicisteis?

—Llamamos a emergencias y les contamos dónde estábamos, por dónde habíamos subido y qué equipo llevábamos y ellos mismos nos dijeron que nos habíamos quedado acorralados en una especie de punto ciego del que era muy complicado salir. Así que nos mandaron un helicóptero. Como regalo de cumpleaños no estuvo nada mal —dijo con una sonrisa pícaro que le hizo rejuvenecer.

—Hombre, lo del helicóptero está genial, pero no creo que quedarse atrapado en su cumpleaños fuera algo para recordar.

Me miró sorprendido.

—¡Si dices eso es porque realmente no conoces a los escoceses! No hay nada que nos guste más que una buena anécdota que podamos contar en el *pub*. Y que tengan que venir los de emergencias a sacarte en helicóptero es de las mejores, créeme.

—Te creo —asentí sonriendo—. ¿Hace mucho que conoces a Ferguson?

—¡Puf! Toda la vida. Él iba a mi colegio, con una beca, pues su padre es funcionario y su madre ama de casa. El mío era un colegio privado muy elitista, ya sabes, uniformes con chaquetas rojas y corbatas, gente de mucho dinero que se cree mejor que los demás. —Puso cara de asco y acompañó su

gesto con un movimiento de la mano—. Y al pobre Ferguson lo estaban acosando. Se reían de sus zapatos gastados y de su reloj barato. También se metían con él cuando su padre venía a recogerlo en la camioneta en vez de un Jaguar como a los demás niños.

—Pobrecillo —dije sin poder contenerme.

—Sí, pero nunca se acobardó con aquellos abusones, él entraba por la puerta con la cabeza bien alta y la espalda recta mirando a los ojos a cualquiera que quisiera decirle algo. No se dejó amedrentar por nadie, ni siquiera por mí —lo dijo casi disculpándose—. En aquella época yo era bastante más capullo que ahora y pensaba que la valía de una persona se podía medir simplemente por cuánto ganaban sus padres. Un día dije algo sobre la madre de Fer, no recuerdo ni lo que era, pero era algo insultante, y entonces él me soltó un derechazo que me dejó tirado en el suelo, y mira que ya en aquella época le sacaba casi una cabeza.

—No es por nada, pero te lo merecías.

—Claro que me lo merecía, ya te he dicho que era un capullo. Cuando el director se enteró quiso expulsarlo, pero eso le hubiera hecho perder la beca, y yo le dije que no había pasado nada, que me caí y me golpeé contra las losas del patio. No se lo creyó, claro está, pero soy el hijo de un lord y nadie me llevaba la contraria. Era una forma de devolverle el favor que me había hecho por ponerme de nuevo los pies en la tierra. Desde ese día hemos sido inseparables, además de que cuento con su gancho de derecha si alguna vez lo necesito. —Rompió a reír con esa risa tan suya que hacía que mis costillas vibraran.

Los últimos kilómetros los hicimos en silencio, yo seguía maravillada por la fuerza del paisaje y él estaba perdido en sus recuerdos. De vez en cuando lo veía sonreír, seguramente acordándose de alguna anécdota de juventud, y una pequeña sonrisa asomaba a mis labios también.

Capítulo 19

Llegamos a Oban bajo una tromba de agua que parecía que en el cielo alguien se había dejado el grifo de la bañera abierto. Aparcamos el coche en una calle estrecha entre casas de ladrillo con tejados de pizarra y musgo. Echamos a correr calle abajo hasta un restaurante cerca del puerto pesquero.

—¿Por qué no hemos cogido el paraguas? —pregunté cuando nos cobijamos bajo la entrada del restaurante mientras me escurría el pelo empapado.

—¿Para qué? Esto no es lluvia —me dijo con otra de sus sonrisas que hacía que me temblaran los tobillos.

Yo miré hacia la calle y apenas se veían las siluetas de los edificios por culpa de la lluvia. En Madrid esto hubiera provocado un caos total, con atasco en la M-30 y niños faltando al colegio, y sin embargo aquí la gente se ponía la capucha de la parka y seguía caminando tan tranquila. Entramos finalmente al local que estaba decorado con toques náuticos. Había aparejos y redes de pesca en las paredes, y una gran brújula de madera labrada era el elemento central de la pared principal. Una camarera regordeta y pelirroja nos saludó con una enorme sonrisa y nos acompañó a nuestra mesa.

—Ya verás, este es uno de los mejores restaurantes de *fish and chips* de la región.

Asentí en silencio y miré en derredor. Parecía un sitio humilde, uno de esos lugares donde los clientes se conocen entre ellos y hay algunos que son fijos todas las semanas. Había familias con niños que alborotaban en sus mesas, y

trabajadores de la construcción que reían y hablaban a voces mientras hacían chocar sus jarras de cerveza. Lo reconozco, me sorprendió que el hijo de un lord conociera un local como este. Él siguió mi mirada escrutando al resto de la clientela y dijo como leyéndome el pensamiento.

—Este sitio me lo descubrió Fer. Se come de maravilla y es mucho más barato que esas trampas para turistas que hay en la calle principal. Además de que Finlay, el propietario, es un tío majísimo y conoce a la familia de Ferguson de toda la vida, con lo que nos trata siempre muy bien.

Como si al nombrarlo lo hubiéramos invocado de la cocina, salió Finlay y se dirigió derecho a nuestra mesa. A mí me recordó a uno de los enanos que aparecen en la película *El Señor de los Anillos*, era bajo y presentaba una más que avanzada calvicie en la parte superior de la cabeza que compensaba dejándose largo el resto del pelo que le llegaba hasta los hombros. Una barba morena y salvaje decoraba su rostro y unos ojos azules como zafiros completaban el conjunto.

Al llegar a nuestra mesa le palmeó la espalda a William con fuerza suficiente como para partirle un par de huesos que él recibió sin inmutarse.

—Hombre, el señorito por fin se ha dignado a venir a visitarnos. Ha pasado tanto tiempo que creo que le voy a escupir en la sopa a ver si así tarda más en volver la próxima vez —soltó con una voz gutural y un acento cerrado antes de echarse a reír sujetándose la barriga.

—Vengo obligado, ya sabes que alguien de mi clase no pisaría nunca un tugurio como este, que a veces parece que queréis envenenar a los clientes con esa bazofia que servís —respondió Will y los dos se rieron a carcajada limpia.

Desde luego estos escoceses se rigen por unas normas de cortesía que nada tienen que ver con lo que yo estaba acostumbrada. El propietario acercó una silla de una mesa cercana y se sentó con nosotros.

—¿No me presentas a la dama? ¿O es que tienes miedo de que te la robe? —dijo mientras me guiñaba un ojo y yo me reía.

Lo conocía de menos de dos minutos y este hombre ya me caía bien.

—Te presento a Emma, mi novia —dijo sin pestañear y yo contuve el aliento durante un segundo. Era la primera vez que le poníamos nombre a nuestra relación y para él estaba clarísimo lo que éramos.

—Encantado, *miss* Emma —dijo mientras me daba un beso en la mano de forma galante—. Si este imbécil te hace daño, dímelo y le parto las piernas. Y luego para agradecérmelo puedes venirte conmigo y así te olvidas de un hombre tan feo como este —soltó de nuevo entre risas.

—No sabrías ni por dónde empezar con una mujer como Emma, Finlay. Soy yo y todavía no sé cómo la he engañado para que sea mía. —Pasó su mano sobre la mesa y la puso sobre la mía. Sentí su calor y su tacto y me perdí, una vez más, en esos profundos ojos verdes.

—Bueno, veo cuando sobro sin que nadie me lo diga. ¿Te traigo lo de siempre?

—Claro, alguien tendrá que comerse esa basura para que otros clientes no se pongan enfermos.

El propietario le palmeó de nuevo la espalda y se dirigió a la cocina mientras se reía de forma ruidosa y se paraba en cada mesa a mantener conversaciones con los clientes.

Los platos llegaron poco tiempo después. Lo reconozco, mis expectativas con este plato eran nulas, por decir algo. Pescado empanado y patatas fritas, no se puede decir que hayan invertido grandes horas en crear un plato de alta cocina, y yo pensaba que sería algo así como barritas de pescado congeladas y patatas de bolsa. A pesar de que no es un plato complicado me sorprendió por lo bueno que estaba. William tenía razón al decir que era uno de los mejores restaurantes de Oban.

Mientras contemplábamos cómo la lluvia amainaba, William aprovechó para seguir contándome anécdotas de su infancia que yo escuchaba ávida por conocer algo más sobre «mi novio». Sé que soy una ñoña, ¡pero me encanta como suena!

—Ferguson se ha criado en esta zona, sus padres viven en una antigua granja no muy lejos de aquí.

Esa es una información que yo ya tenía pues había mirado en Google Maps la dirección de su casa y recordaba que no estaba lejos de la ciudad de Oban.

—Íbamos juntos a un colegio cerca de Inverness, que está casi a tres horas. Éramos los dos alumnos internos, él porque no podía desplazarse cada día hasta el colegio y yo porque mis padres no estaban por la labor de ocuparse de Edward y de mí y preferían que pasáramos la semana en el colegio.

—Tuvo que ser muy duro para ti, ¿no?

—Bueno... Al principio sobre todo, luego te acostumbras y ves a los chicos como parte de tu familia. Te acostumbras a compartir dormitorio y a las bromas en las duchas.

—¿Y qué hay de las chicas? Seguro que ya de jovencito tenías muchas novias.

Me miró durante unos instantes clavando sus pupilas en las mías hasta que rompió el silencio con una sonora carcajada que hizo que varios clientes se giraran para mirarnos.

—Era un colegio solo masculino y hasta que no llegué a la universidad no tuve prácticamente contacto con el sexo femenino. Salvo las amigas de mi madre que venían a tomar el té de vez en cuando a casa.

—¿En serio? ¿Solo chicos?

—Unos doscientos, así que imagínate el olor del vestuario del gimnasio.

—Prefiero no hacerlo —dije arrugando la nariz como si realmente hubiera olido a camisetas sudadas y calcetines sucios.

—Háblame de ti, ¿cómo fue tu infancia?

—Pues no hay mucho que contar, una infancia bastante habitual para una niña española. Fui a un colegio de monjas, que era mixto, eso sí, y allí conocí a Laura, Diana y Youki. Y bueno, hemos sido amigas desde entonces, con nuestros altos y bajos, por supuesto, pero hemos conseguido superarlo todo y seguir juntas.

—¿Colegio mixto? —dijo abriendo mucho los ojos—. ¿Y tus padres te dejaban ir?

Esta vez fui yo quien se echó a reír.

—¡Por supuesto! Claro que el mío no era un internado, yo cuando terminaba el día me iba a mi casa a hacer los deberes y a dormir. Pero sí, compartía clase con chicos y chicas.

—¿Y qué tal?

—Pues muy bien, la verdad es que me sorprende que me lo preguntes... No sé, pensaba que todo el mundo iba a colegios que coeducan, me resulta raro que sean segregados.

—Aquí es muy común, y si hablamos de las clases altas es casi una norma que no se puede romper: chicos y chicas se educan de manera diferente hasta que llegan a la universidad.

Iba a decir algo, pero me interrumpió antes de que pudiera abrir la boca.

—Me gusta más vuestro sistema, si algún día tenemos hijos quiero que vayan a un colegio mixto. —Y levantó su jarra de cerveza para enfatizar su brindis mientras yo me quedaba muda de asombro.

Cuando salimos del restaurante hacía un sol que parecía primavera y los charcos de la calle estaban comenzando a secarse. Subimos por una empinada colina que se encuentra en la ciudad dando un paseo hasta una de las construcciones más raras que he visto en mi vida: la Torre de McCaig. Le llaman torre pero en verdad es una circunferencia de unos doscientos metros con noventa y cuatro arcos que construyó a finales del siglo XIX el banquero John Stuart McCaig. La idea era construir un monumento que perdurara en el tiempo por el que fuera conocida su familia y dar trabajo a los albañiles de la zona. Usó como inspiración el Coliseo de Roma, y aunque debería contener una galería de arte y un museo, la muerte del banquero paró la construcción.

La subida es algo dura, pero como íbamos dando un paseo no nos importó y

una vez que llegas arriba tienes unas vistas impresionantes de la bahía de Oban. Vimos los barcos turísticos que salen a avistar focas y ballenas volviendo al puerto al caer la tarde, y cómo los barcos pesqueros se preparaban para salir a faenar.

Me apoyé contra la barandilla del mirador y Will me abrazó por detrás. El aire salado me llenaba de vida y me recordaba a los veranos que había pasado en la costa con mis padres. El gris oscuro del granito de los edificios se mezclaba con el de las nubes que aún no se habían decidido a abandonarnos. Will empezó a besarme en el cuello y yo me estremecí, no sé bien si por el viento o por sus caricias. Sentí como pegaba su nariz a mi pelo para respirar mi aroma, algo que me ha parecido siempre a la vez tierno y un poco perturbador.

Me sentía feliz, en otro país, rodeada de gente con acento extraño y respirando un aire que nada tenía que ver con el de Madrid, me sentía completa y absolutamente feliz. Hicimos el camino de vuelta al coche de la mano, en silencio, no necesitábamos decir nada. De vez en cuando nuestras miradas se cruzaban y los dos sonreíamos como colegiales.

Nos alojamos en un pequeño hotel cerca del centro de Oban. Nuestra habitación era bastante grande y mezclaba mobiliario actual con otro mucho más antiguo en una mezcla ecléctica que me encantó desde el primer momento. William quería salir a tomar algo al *pub*, pero yo estaba cansada de la carretera y de las emociones vividas durante el día y me quedé en la habitación mientras él salía un rato. Había quedado con algunos amigos y yo pude pegarme un baño y luego coger el móvil para poner al corriente al equipo de *Super Girls*, habían pasado muchas cosas y estaba segura de que querrían saberlas todas.

Capítulo 20

Diana y Laura estaban juntas en casa de la primera y pude hacer una videollamada por Skype. Youki se quedó trabajando hasta tarde en una de las granjas en las que asistía pues una yegua iba a parir en las próximas horas y necesitaban que una veterinaria supervisara el parto.

—Entonces... ¿Si te casas con William vas a ser grande de Escocia o algo de eso?

—No tengo ni idea, Laura, pero la opción de la boda me queda bastante lejos por el momento.

—Pero ha dicho que eres su novia, eso es un buen comienzo.

—¿Seguro que no te quiere solo para robarte un riñón?

—¡Diana! ¿No ves que la chica está enamorada? No le digas que su novio la quiere solamente para robarle un órgano vital.

—Pero es que con lo inocente que es Emma, seguro que esto es algún tipo de estafa.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si yo no estuviera presente? —solté haciendo que mis amigas dejaran de hablar entre ellas y volvieran sus caras hacia la pantalla.

—Tienes razón, lo siento. ¿Qué más tenéis previsto hacer? —preguntó Diana no sé si de forma sincera o solo para calmarme.

—Pues la verdad es que no lo sé, voy descubriendo las cosas conforme él me las va enseñando. Me dejo llevar sin comerme demasiado la cabeza.

—Eso es taaaaan romántico —dijo Laura mientras le salían corazoncitos de los ojos como en el emoji del móvil, os lo prometo.

—Y tan irresponsable. ¿Y si te meten en un barco rumbo a algún país desconocido?

—No lo creo, Diana, se está portando de maravilla conmigo. Hace que me sienta como una princesa.

—Una princesa no sé, pero una «lady» seguro que sí —repuso Laura sonriendo.

—Bueno, vayamos a las cosas serias, ¿qué tal es en la cama?

Laura le dio un manotazo a Diana y le dedicó una mirada de reproche a la que ella respondió encogiéndose de hombros.

—Emma, cariño, no respondas si no quieres, que eso es algo muy personal. Pero si tu escocés se parece, aunque sea un poquito, a Jamie Fraser, estás en la obligación como amiga de ponernos al corriente de todo.

—¡Vaya con la mosquita muerta! —bufó Diana mirando con incredulidad a Laura y solo recibió un encogimiento de hombros por respuesta.

—Pues es... ¡Espectacular! Es tan distinto a Ramón que no sé ni por dónde empezar. No me dejó hacer nada, se centró solo en mi placer, y cuando estuve satisfecha fue cuando él terminó. En serio, yo ni siquiera sabía que un hombre podía hacer eso. Ramón siempre quería que hiciera yo todo el trabajo y cuando terminaba se daba la vuelta y se quedaba durmiendo roncando como un jabalí. William se quedó a mi lado acariciándome y hablándome en gaélico, que os digo ya que no entendí ni una palabra, pero hizo que me derritiera por dentro.

Diana me miraba con escepticismo con una ceja levantada mientras veía a Laura haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.

—Es precioso, Emma, es justo lo que te mereces —dijo Laura mientras se sorbía la nariz.

—Yo me alegro mucho por ti, pero espero tu llamada cada día. Que no piense tu escocés que por haberte dejado satisfecha voy a confiar en él. Y ya

lo sabes, tenemos una sede en Edimburgo y puedo plantarme allí en el primer vuelo.

—Lo sé, chicas, pero también sé que noto aquí —señalé el corazón— que es perfecto para mí, y de momento no me ha demostrado otra cosa.

—Disfruta del viaje, Emma, y cuéntanoslo todo cada día.

—Lo haré.

—Y dile a tu William Wallace que lo estoy vigilando —añadió Diana con su habitual seriedad.

—No os preocupéis por mí, estoy estupendamente —dije antes de que se cortara la comunicación. Y la verdad es que lo decía de corazón.

Pero las sorpresas no habían hecho más que comenzar.

Capítulo 21

Mi primer contacto con Escocia me estaba encantando, los paisajes, la gente y hasta la comida (que era una de las cosas que más me preocupaban) me estaban robando el corazón. Por primera vez me desperté antes que William y pude observarlo tranquilamente. Estaba acostado bocabajo con su mano izquierda apoyada en mi vientre. Iba desnudo de cintura para arriba pues daba la impresión de que una vez dentro de casa siempre tenía calor y le gustaba llevar el torso desnudo. Yo no ponía ninguna objeción a eso, como entenderéis. El pelo ligeramente largo se le arremolinaba en la nuca donde comenzaban unos músculos fuertes y bien dibujados que continuaban por la espalda hasta perderse dentro de los pantalones.

Se desperezó y se giró lentamente hasta ponerse bocarriba. Entonces se dio cuenta de que yo ya estaba despierta y me regaló una sonrisa, aunque todavía tuviera los ojos abiertos solo a medias. Me atrajo hacia él y me besó con delicadeza. Acto seguido se puso en pie de un salto y se fue directo a la ducha tras haber musitado un *good morning* con la voz ronca.

Cuando nos encontramos de nuevo en la cocina llevaba el pelo mojado y unos pantalones verdes, y de nuevo no llevaba camiseta. Me tendió un café y un plato con huevos revueltos y salchichas que yo acepté aunque echaba secretamente de menos unas tostadas con tomate y aceite. Pero como decía mi abuela: «Allá donde fueres haz lo que vieres», así que si esto es lo que comen los escoceses para desayunar, esto es lo que iba a comer yo.

—¿Qué plan tenemos para hoy?

—Es una sorpresa. —De nuevo esa sonrisa casi infantil le iluminó el rostro.

Yo me quería dejar llevar por su entusiasmo, pero en el fondo de mi mente aparecía Diana con una ceja levantada y me costaba borrar esa imagen. Al final la aparté refugiándome en sus brazos, apoyando mi cabeza contra su pecho y respirando ese olor tan suyo a leña y a bosque.

—¡Venga, ponte en marcha que no podemos llegar tarde!

—Vale, pero ¿qué me pongo?

—Ropa cómoda y zapatos impermeables, que seguramente haya barro a donde vamos.

La verdad es que no me estaba calmando mis inquietudes para nada, pero me dejé llevar. Escocia iba a ser una aventura y pensar demasiado no iba a ayudarme.

Nos montamos en el coche y The Puppini Sisters llenaban el aire con su versión de *I Will Survive* mientras nosotros íbamos rumbo al norte por la costa de Argyll. Tardamos algo más de hora y media en llegar al que yo creía que era nuestro destino, el centro de visitantes de Glenfinnan al lado del lago Shiel. Pero William me indicó un camino embarrado que salía del aparcamiento y se internaba en el bosque. De nuevo comencé a poner en duda mi seguridad y desbloqueé el teléfono por si acaso tenía que llamar a Diana con urgencia.

Tras un ligero paseo nos acercamos a un viaducto que se mantenía sobre unos enormes arcos de cemento. William estaba radiante de felicidad y me invitó a subir por un camino bastante pedregoso e inclinado que, pasando bajo los arcos, subía por la ladera izquierda de la colina. Cuando llegamos arriba me sorprendió ver que había mucha gente reunida justo en ese punto y todos con las cámaras de fotos preparadas. Aquello era una especie de Torre de Babel en miniatura con un incesante parloteo en decenas de lenguas distintas. No entendía nada, hasta que me giré y vi que sobre el viaducto pasaba una vía de ferrocarril.

—Pero es... Eso es...

No pude terminar la frase, William me cogió para abrazarme y susurrarme al oído.

—Sí, es la vía por donde pasa el Hogwarts Express.

No os lo he dicho todavía, pero ahí va la información: soy superfan de Harry Potter. Tengo cientos de objetos con el escudo de Hogwarts, así como camisetas de Gryffindor y hasta una caja de grajeas de todos los sabores que me trajeron mis primas de un viaje a Londres. Así que encontrarme en esa colina escocesa fue casi un sueño hecho realidad.

Una ligera bruma coronaba las montañas detrás del viaducto dando a la imagen un aspecto irreal, como salido de un sueño; y entonces todos comenzamos a oírlo: un ligero traqueteo. Las conversaciones se cortaron en el acto y todo el mundo se quedó pendiente de la vía. El traqueteo se intensificó y a lo lejos apareció el Jacobite Steam Train, que hace la ruta de Fort William a Mallaig, aunque para mí será siempre el Hogwarts Express.

Una estela de vapor blanco salía por la chimenea destacando sobre los colores negro y rojo de la locomotora, cuando estuvo delante de nosotros el conductor hizo sonar el silbato y varios de los pasajeros saludaban desde las ventanillas. El ruido de los disparadores de las cámaras me recordó al sonido que hacen las chicharras en un día de calor en verano. William me había estado abrazando por detrás todo el rato, y yo notaba cómo había aguantado la respiración de forma inconsciente.

Fueron apenas unos segundos, pero unos segundos llenos de magia. Cuando el tren desapareció de nuestra vista al dar la curva del viaducto nos quedamos todos unos segundos en silencio, asimilando lo que acabábamos de ver. No me había dado cuenta, pero pequeñas lágrimas se habían asomado a mis ojos y tuve que enjugármelas con la manga del chaquetón. Comenzamos el descenso en silencio, la cháchara de nuestro alrededor era menor que cuando llegamos, creo que todos los presentes estábamos todavía algo sobrecogidos.

Cuando llegamos de nuevo al camino, William se atrevió a romper el

silencio.

—¿Te ha gustado?

—Ha sido... La verdad es que no tengo palabras. Un sueño hecho realidad.

Me miró y unos hoyuelos se le marcaron en las mejillas mientras sonreía. Entonces hizo algo que no me esperaba para nada, me cogió en brazos, me echó sobre su hombro y comenzó a andar hacia el aparcamiento.

—¿Se puedes saber qué haces? —pregunté entre irritada y divertida.

—Vamos a comer y caminas muuuuuy lento, así que he decidido acelerar un poco la marcha.

Y dándome un palo en el culo, que ahora quedaba a la altura de su cara, se echó a reír de nuevo. Varios de los excursionistas que nos cruzamos lo felicitaron entre risas por haber conseguido una buena presa en la jornada de caza.

Cuando por fin llegamos al aparcamiento me dejó en el suelo y me condujo de la mano al centro de visitantes. Nos dirigimos directamente al restaurante donde teníamos una mesa reservada.

Mientras esperábamos a que nos sirvieran, William decidió instruirme sobre el levantamiento jacobita de 1745. Cómo el pretendiente Carlos Eduardo Estuardo, apodado Bonnie Prince Charlie, reunió bajo su estandarte a gran parte de los clanes escoceses para declarar la independencia de Inglaterra. El 19 de agosto izó el estandarte real en Glenfinnan proclamando así la rebelión.

Yo lo miraba ensimismada, le brillaban los ojos cuando hablaba y cuando el camarero nos trajo los platos comenzaron a enfriarse en la mesa pues yo estaba absorta a sus palabras y él no podía dejar de hablar. Usando el salero, el pimentero y varios cubiertos me iba dibujando la disposición de cada ejército durante las batallas. Acompañaba a sus palabras con gestos y muy de vez en cuando se echaba algún pedazo de comida a la boca.

Cuando llegó el turno de contar la batalla del páramo de Culloden, noté como su mirada se ensombrecía y el verde de sus ojos perdía fuerza. Lo

contaba como si aún le doliera, como si lo que pasó más de doscientos años antes todavía siguiera vivo en algún pedazo de su ADN. Cuando llegó el postre yo ya había sido captada como una adepta más de la causa jacobita y los ingleses me caían fatal a pesar de no haberme hecho nada para merecerlo.

Salimos del restaurante y caminamos hacia el monumento de Bonnie Prince Charlie. Es una torre conmemorativa de piedra de dieciocho metros de altura coronada por un *highlander* desconocido, en frente del lago Shiel y rodeada de dos escarpadas montañas. Una fina lluvia nos acompañó cuando nos acercamos al monumento y esta vez decidí actuar como una auténtica escocesa y simplemente me subí la capucha del anorak.

—Recuerdo la primera vez que vine aquí con mi padre y con Edward —dijo William más para sí mismo que para compartirlo conmigo.

Lo miré con cariño animándolo a seguir.

—Supongo que tuve que venir otras veces antes, pero esas no las recuerdo. Lo que sí tengo fresco en la memoria fue una vez con trece años, mi madre se quedó en casa y mi padre nos trajo a Ed y a mí hasta aquí. Él iba conduciendo, algo muy poco común, y por eso recuerdo el día perfectamente. Nos sentamos a la orilla del lago y nos contó la historia del alzamiento jacobita. Todos los niños escoceses hemos oído esas historias cientos de veces, pero esta vez mi padre nos la contó poniendo su alma. Creo que fue la primera vez que me sentí realmente orgulloso de ser escocés. Como un puñado de granjeros y pastores pudieron hacerle frente, aunque solo sea durante unos meses, a uno de los mejores ejércitos del mundo. Es como para sentirse orgulloso.

—Por supuesto que sí —solté sin poder contenerme. Ya os he dicho que la causa había ganado una partidaria desde que escuché la historia de sus labios en la comida.

—Yo tenía lágrimas en los ojos de la emoción, lo mismo que mi padre. Sin embargo Edward... No había estado prestando atención a nada de lo que dijo, entiendo que él era más pequeño, pero mi padre rara vez compartía esos momentos con nosotros. Nos criamos con niñeras y amas de llaves, y luego en

el internado. Que mi padre condujera él mismo hasta esta orilla para hablarnos de nuestra historia era algo excepcional. Y Ed parecía no darse cuenta, y eso le hizo daño a mi padre.

Se paró y se quedó en silencio mirando las aguas grises del lago.

—Mi hermano no es malo, Emma, de hecho es un fiel reflejo de la vida que le ha tocado llevar. Durante años fui incapaz de entenderlo, pensaba que era un egoísta y un hipócrita que despreciaba a Ferguson por ser de una clase social inferior. En aquella época no era capaz de ver que si mi hermano hacía daño a los demás era por lo mucho que él estaba sufriendo. No lo estoy justificando, pero ahora al menos lo comprendo.

Había demasiados flecos en esa historia que yo era incapaz de entender, me faltaba información para poder hacerme una idea de qué fue lo que hizo que Edward fuera así. A pesar de eso, las dos veces en que yo tuve la oportunidad de verlo me pareció un hombre encantador, algo tímido y reservado, pues apenas abrió la boca, pero nada más.

La lluvia comenzó a arreciar y apretamos el paso para llegar al coche antes de que se descargara el aguacero. Condujo de nuevo hasta Oban mientras seguía contándome anécdotas de él y de Ferguson cuando eran niños. Cuando pasó a la adolescencia, Edward comenzó a incluirse en las historias que me contaba, supuse que a esa edad ya habían dejado sus diferencias a un lado como suele suceder con la mayoría de hermanos.

Al llegar al hotel noté cómo cambiaba de color y se ponía ligeramente pálido. Al entrar en el vestíbulo entendí el porqué de su reacción, Edward nos estaba esperando en uno de los mullidos sillones de cuero del hotel con una bebida en la mano.

Capítulo 22

—**B**uenas, hermanito —dijo con una sonrisa ladeada que me recordó a las que usa Scar en el *Rey León*—. Mamá está que trina desde que se ha enterado de que has vuelto a Escocia y aún no has pasado a saludarla.

Vi como William tragaba lentamente y apretaba los puños a ambos lados del cuerpo. Tenía un vaso redondo con un *whisky* solo en una mano e iba vestido con unos pantalones burdeos y una chaqueta de cuadros. Todo en él recordaba a un aristócrata, incluido su pelo perfectamente cortado y su mirada de acero.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Todo Oban sabe que estás aquí, ya sabes que las noticias vuelan en los pueblos pequeños.

Will asintió en silencio, y entonces Edward se me acercó y cogiendo mi mano derecha se la llevó con suavidad a los labios.

—Doctora Esparza, es un placer verla de nuevo —dijo sin apartar su mirada ni un instante de la mía y rematando la jugada con una sonrisa encantadora.

—Puedes llamarme Emma —dije mientras me sonrojaba de la cabeza a los pies.

—Como desees... Emma —susurró mi nombre y provocó un escalofrío.

—Vamos al bar, Ed, te invito a una copa que esa te la has casi terminado.

—Por fin empiezas a hablar mi idioma.

Se puso a mi lado y pasó su brazo por debajo del mío.

—Dime, querida, ¿a dónde te ha llevado el aburrido de mi hermano? Dime por favor que no te ha hecho tragarte algún museo sobre los levantamientos jacobitas, la gloria de Escocia y todas esas mamarrachadas. Si realmente quieres conocer este país, pídele que te lleve a una destilería, ahí sí que hay cosas interesantes que aprender.

William iba unos metros por delante de nosotros y no sé si no oyó lo que dijo su hermano o que a estaba tan acostumbrado a oírlo decir ese tipo de cosas que no se las tuvo en cuenta. Nos sentamos en una robusta mesa de madera en el bar del hotel al fondo de la sala y cerca de una cristalera que daba a la terraza.

Ellos se pidieron sendos vasos de *whisky* mientras yo opté por una cerveza. Desde la posición privilegiada de nuestro hotel veía el puerto de Oban, con sus aguas grises reflejando las nubes del cielo. La tarde caía a nuestro alrededor y las primeras luces iban encendiéndose en las casas. La gente se apresuraba por entrar en sus hogares al calor de la estufa después de un día de trabajo.

—¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, me manda mamá. Pensaba verte hace dos días y como ve que no estás respondiendo a sus mensajes ha decidido enviar a su mejor hombre —dijo señalándose con los pulgares al tiempo que sonreía.

—Pues si esto es lo mejor que ha podido encontrar, normal que los ingleses nos derrotaran en Culloden —dijo soltando una carcajada al tiempo que palmeaba la espalda de su hermano que se vio arrastrado hacia adelante por culpa del impacto.

—Tengo como cometido llevarte hasta casa. —William soltó un bufido de descontento—. Pero siempre puedo decir que llegué tarde y que ya te habías ido —agregó Edward inclinándose hacia adelante en gesto conspirador.

—Eso es algo que vendría muy bien y yo te debería un favor bien grande.

—Pues entonces creo que está decidido, yo te he estado buscando hoy en Glasgow y cuando mañana llegue a Oban, tú ya te habrás ido. Porque imagino

que ese es tu itinerario, ¿verdad?

—Sí, he quedado con Fer mañana, pensaba hacer un poco de senderismo con Emma, ¿te apuntas?

Edward levantó una ceja en un gesto de desconcierto que me recordó a las miradas que Diana solía regalarme y no pude menos que reírme yo sola. Ellos me miraron sin comprender y yo no tuve el coraje de ponerme a dar explicaciones.

—Estarás en la fiesta, ¿no es cierto? Porque si por alguna casualidad decides no presentarte, madre es capaz de enviar a un destacamento de Dragones Rojos a perseguirte por todas las Tierras Altas.

—No te preocupes, asistiré a su fiesta.

—¿Y ella?

—También —dijo mientras me cogía la mano entre las suyas y le sostenía la mirada a su hermano.

Al cabo de unos segundos que me parecieron eternos, este asintió y cambió rápidamente de tema hacia terrenos más seguros y menos conflictivos. La verdad es que estaba sintiendo una presión increíble con esa dichosa fiesta, y mira que todavía quedaban varios días para que se celebrara, pero la verdad es que mis ganas se iban apagando por momentos. Estuve tentada en decirle a William que aprovecháramos que estábamos en Oban para visitar algunas tiendas por si mi vestido de cóctel negro no estaba a la altura, pero no quería parecer vanidosa, y por lo que vi en nuestro primer día en la ciudad, tampoco es que hubiera encontrado gran cosa en sus tiendas.

Estuvimos algo más de una hora hablando con Edward y mi opinión variaba sobre él como una veleta en medio de un huracán. Por momentos me parecía una persona encantadora que se preocupaba por su hermano y llena de cualidades, y otras veces se comportaba como un perfecto gilipollas altivo. Tenía un sentido del humor negrísimo que me costaba pillar y que en ocasiones coqueteaba con la falta de respeto directamente.

En ese tiempo me enteré de que Edward había estudiado Administración y

Dirección de Empresas, había vivido varios años en Nueva York mientras hacía un máster y que no hacía tanto que había vuelto a Escocia para encargarse de parte del negocio familiar.

Vivía en Edimburgo, en una villa a las afueras de la ciudad donde se daban las mejores fiestas de toda Escocia, según la opinión general. Antes de partir se giró hacia mí.

—Usas una treinta y ocho, ¿verdad?

Asentí en silencio sorprendida por la pregunta.

—¿Y qué número calzas?

—Un treinta y siete.

—Perfecto, Emma. —Se llevó mi mano de nuevo a los labios y se marchó hacia la noche escocesa.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté a William algo sorprendida y él me respondió encogiéndose de hombros.

—No tengo ni idea, a veces mi hermano puede ser un poco raro. Bueno, ¿qué te ha parecido?

—No lo sé, hay momentos en los que me apetecía achucharlo y mimarlo y otros en los que no me hubiera importado estrellarlo contra la pared.

Soltó una de esas carcajadas que tanto me gustaban.

—Yo no lo podía haber dicho mejor.

Me cogió de la mano y me guió escaleras arriba hasta nuestra habitación.

Capítulo 23

Al día siguiente nos levantamos temprano para dirigirnos al *ferry* que nos llevaría a la isla de Skye. Laura me había hablado de ella y cuando lo hacía le brillaban los ojos con emoción. Claro que como Laura es una exagerada, yo tengo la firme costumbre de poner todo lo que me dice en cuarentena. Además de que, después de varios días en las Highlands, imaginé que el resto del paisaje debía ser más o menos lo mismo y que visto un sitio, visto todo.

Pues bien, chicas, me equivoqué. Pero me equivoqué tanto que hasta me duele recordarlo. La isla de Skye, por si alguna no lo sabe, es la isla más grande y más septentrional de las Hébridas Interiores, y que yo calculo que debe tener casi tantas ovejas como habitantes después de haber pasado dos días allí. Los paisajes de esa isla son... ¡No sé ni cómo explicároslo para que lo entendáis! Tienes el verde de los prados que hay por todas partes, que contrasta con el azul del cielo y el gris de los acantilados. Es naturaleza al estado salvaje, agreste, indómita; entendía por qué William se sentía a gusto en aquella tierra.

El *ferry* nos dejó en el extremo sur de la isla y de allí fuimos conduciendo hasta Portree donde teníamos que reunirnos con Ferguson. Yo no podía despegar mi nariz del cristal de la ventanilla, lo que veía me dejaba sin respiración. La carretera serpenteaba paralela a la costa mientras recorríamos los kilómetros que nos separaban de nuestro destino.

Habíamos quedado con Ferguson en un restaurante del centro de la ciudad,

bueno, digo ciudad por decir algo, que eso en España es poco más que un pueblo grande. Pero en una isla de nueve mil habitantes, Portree era lo más parecido a una ciudad que se podía encontrar. No nos hizo falta llegar al restaurante pues Ferguson nos estaba esperando apoyado contra el capó de su coche leyendo el periódico. Estoy con el hombre más sexy del planeta, de eso no me quedan dudas, pero ver a Ferguson con una gorra marrón leyendo con fruición la prensa escrita me pareció insolentemente sensual.

Me saludó con un abrazo de quiropráctico cuando nos reunimos y William y él intercambiaron varias frases en gaélico mientras me lanzaban miradas por el rabillo del ojo. Terminaron, cómo no, con una carcajada y un par de golpes en la espalda antes de que los tres nos dirigiéramos al restaurante.

—¿Qué tal la travesía en *ferry*, Emma?

—Mejor de lo que me esperaba, la verdad. Tenía miedo por si me mareaba en el barco, pero la verdad es que ha sido estupendo.

—¿Es tu primera vez en *ferry*?

—Sí —repuse algo avergonzada.

—No te preocupes, yo tampoco soy demasiado fan de los barcos y he llegado a la isla por el puente.

Miré a William sorprendida.

—¿Hay un puente?

—Bueno... Sí, pero no nos pillaba bien para entrar, aunque saldremos por él dentro de dos días.

Lo miré incrédula. Me había atiborrado a Biodramina y a pesar de eso me pasé todo el viaje en la cubierta exterior para que me diera el aire y no vomitara. ¿Habéis probado ya a montaros en un *ferry* escocés en pleno mes de marzo? Pues os lo digo ya, hace un frío que pela. Se me congelaron hasta las pestañas, y no se me congelaron cosas más íntimas porque me pasé la travesía recordando la noche de sexo que tuve con William en el hotel de Oban.

La comida fue a base de pescado fresco y puré de patatas, demostrando una vez más que no es necesaria la alta cocina para agradar a un paladar como el

mío. Cuando terminamos de comer, Ferguson se adelantó con su coche mientras nosotros íbamos más lentos.

En un momento dado abandonamos la carretera principal y pasamos a una secundaria más estrecha. Y unos cuantos kilómetros más adelante volvimos a dejar la carretera para internarnos en algo que era poco más que un camino peatonal asfaltado. Mi sorpresa fue mayúscula al ver que en esa carretera en la que cabía con dificultad un coche y medio nos encontramos con otro coche de frente. William se echó a un lado del camino y recibió un simpático saludo por parte del conductor del otro coche por cederle el paso.

Al cabo de unos kilómetros llegamos a nuestro destino final, una especie de granja enorme con varias chimeneas soltando humo y con un cerco donde había varios caballos pastando libres.

—¿Esta es tu casa? —pregunté asombrada.

—No, esta es la casa de campo. Aquí venimos sobre todo en verano y en alguna escapada que hacemos durante el resto del año.

Cuando llegamos, Ferguson nos estaba esperando y nos ayudó a bajar las maletas del coche. La casa por dentro es justo como me la había imaginado, mobiliario de madera noble y gruesos tapices que daban a la casa un ambiente hogareño. Dos enormes sabuesos salieron a saludar a William cuando se abrió la puerta y casi consiguen tirarme al suelo.

—Odín, Thor, dejad a la chica —dijo Ferguson mientras los llamaba dando un silbido.

Yo pensaba que tras el viaje en barco y la comilona nos sentaríamos frente al fuego a descansar y recuperar fuerzas, pero por lo visto los escoceses no conocen el significado de la palabra siesta y el plan era completamente diferente.

Nos metimos los tres en el coche de Will y nos fuimos rumbo a Uig. Allí volvimos a abandonar la carretera para internarnos por senderos apenas transitables hasta que William decidió que era el momento perfecto para dejar el coche aparcado y nos apeamos todos.

Los chicos sacaron sendas mochilas que se echaron al hombro y comenzaron a andar mientras yo los seguía como podía con mis piernas cortas y nada acostumbradas a terrenos tan agrestes.

Y entonces llegamos a nuestro destino, los Fairy Glen, que son, como bien indica su nombre, los montículos de las hadas. No sé si os lo he dicho ya, pero yo soy bastante descreída. Me educaron en la fe católica, pero he ido perdiendo la fe remplazándola por un franco pragmatismo que me impide creer en entidades superiores. Hasta ese día en aquella isla. Porque yo os digo que si las hadas existen, viven en aquellos terrenos. Y esto os lo puedo jurar si fuera preciso.

La belleza del lugar no se puede expresar con palabras, hay que ir allí para poder comprobarlo en persona. Ferguson sacó una cámara réflex de su mochila y se puso a disparar sin descanso mientras yo me tenía que sentar sobre la mullida hierba pues sentía que mis rodillas flaqueaban.

—Es lo más bonito que he visto nunca —dije casi en un susurro mientras miraba los montículos verdes que se alzaban delante de mis ojos.

—No, lo más bonito lo estoy mirando yo directamente ahora —respondió con una sonrisa y se sentó a mi lado.

Pasó un brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia sí calentándome con su cuerpo. Ferguson se aburrió de echarle fotos al paisaje y nos hizo varias a nosotros antes de sentarse a nuestro lado.

Me enseñó unas cuantas fotos en la pantalla de la cámara, la verdad es que tenía un talento natural para el encuadre y la composición. Sabía sacar algo de magia de cualquier cosa, y este lugar precisamente no andaba escaso de magia.

—Bueno, Emma, ¿qué te parece lo que has visto de Escocia?

—¡Me encanta! —respondí sin poder contenerme—. Todo lo que he visto me gusta, la gente es majísima y los paisajes son para dejarte sin aliento.

Ferguson sonrió satisfecho con mi respuesta.

—¿William te está tratando bien? Si no es así, dímelo y entre varios le damos una paliza de muerte.

—No va a ser necesario, me está tratando como a una princesa.

—Eso espero —dijo antes de poner las manos detrás de la cabeza y recostarse bocarriba en la hierba.

Me quedé unos instantes mirándolo y decidí que si había un lugar y un momento en el que podía hacer algo así era justamente allí. E imitando su gesto yo también me eché hacia atrás. William se puso en pie y se marchó a darse una vuelta mientras nos dejaba a su mejor amigo y a mí sobre el césped.

—No es fácil para él —dijo Ferguson sin ni siquiera mirarme.

—¿El qué?

—Estar contigo.

Me incorporé apoyándome sobre un codo para poder mirarlo. No estaba entendiendo nada de nada.

—No te entiendo, Fer.

Se incorporó él también y nos quedamos sentados cara a cara.

—Lo conozco desde que era un mocoso malcriado, y a pesar de lo que pueda parecer por fuera, por dentro es tierno como una nube de caramelo. No ha habido muchas mujeres en su vida, y todas habían sido elegidas por su madre como candidatas aptas para estar con él. Pero cuando te conoció aquel día en el hospital... Bueno, Ed y yo nos dimos cuenta enseguida de que se había enamorado, aunque a él parece que le costó un poco más darse cuenta.

Yo solo podía asentir en silencio, me daba miedo interrumpirlo y que dejara de hablar.

—Cuando le dijo a su madre que quería traerte a Escocia para enseñarte el país, ella puso el grito en el cielo. Es una mujer muy... apegada a las tradiciones —dijo con un rictus de asco en el semblante—, y por supuesto no aprueba que su hijo aristócrata esté con una plebeya.

Iba a responder pero se adelantó poniéndome un dedo en los labios.

—A William le da igual lo que diga su madre, al menos en parte. Te ha elegido y va a luchar para estar contigo, por eso este viaje. Para que llegues a la fiesta en casa de sus padres empapada de nuestra cultura, nuestras

tradiciones y nuestro estilo de vida. Nunca serás una escocesa como nosotros, y eso es lo que te hace exótica y diferente, pero pensó que así podrías pasar más desapercibida y que su madre cambiara de opinión. Will adora a lady Alana, por eso enfrentarse a ella le cuesta tanto.

—No tenía ni idea.

—Y vas a disimular como si yo no te hubiera dicho nada —dijo mientras me guiñaba un ojo y se volvía a recostar sobre la hierba.

—Gracias —acerté a decir y él me respondió con un gesto de la mano quitándole importancia.

Desde el primer momento, Ferguson me había caído bien por sus ademanes calmados y su actitud tranquila, pero ahora sentía que le debía un gran favor al ponerme sobre aviso de lo que me iba a encontrar en aquella fiesta. Me encontré a mí misma pensando durante un segundo que, si no estuviera con William, Ferguson podría ser un novio perfecto.

Capítulo 24

A la mañana siguiente me levantaron temprano y empezaron a meterme prisa para que me vistiera para salir de excursión rápidamente. Cuando bajé a desayunar, ellos ya estaban perfectamente preparados para salir, pero yo aún llevaba el pelo envuelto en una toalla.

—¿Todavía estás así? —me preguntó William cuando me vio.

—¡Estoy de vacaciones! Parece que a veces lo olvidáis y llevo unos días levantándome más temprano que cuando iba a trabajar.

—Tienes razón, tómate tu tiempo.

Will se acercó y me rodeó con sus enormes brazos. De nuevo iba solo con una camiseta ligera aunque yo sabía que antes de salir de casa se abrigaría más. Me senté a tomarme un café y unas tostadas y procuré hacerlo deliberadamente despacio mientras ellos intercambiaban miradas angustiadas. Al cabo de un par de minutos, Ferguson no pudo soportarlo más y se marchó a cargar el coche.

—Sé que estás de vacaciones, pero si pudieras acelerar un poco, yo te lo agradecería enormemente —me dijo suplicante y yo estallé en una carcajada.

—Está bien, tratar de ser más lenta de lo que soy en realidad es un trabajo difícilísimo.

Me miró con los ojos desorbitados y cogiéndome por la cintura me echó sobre su hombro.

—Cámbiate rápido si no quieres que te envíe a Ferguson, y él será menos

suave que yo, te lo aseguro —me informó al colocarme delante de la puerta de nuestra habitación.

Era el clásico día escocés, donde la previsión del tiempo anunciaba lluvia para todo el día, pero de momento ni una gota había decidido caer del cielo. Unas nubes que abarcaban todo el espectro del gris ornaban el cielo y nos acompañaban hasta nuestro destino. Los chicos iban bromeando en el coche y yo seguía mirando fascinada el paisaje que me rodeaba. Apenas me di cuenta cuando Will salió de la carretera principal para dejar el coche en rudimentario aparcamiento.

—Vamos ahí —me indicó con el dedo.

The Old Man of Storr es una formación rocosa que se puede ver desde casi que sales de Portree y es una de las imágenes más famosas de la isla de Skye. Llegar hasta este no fue especialmente difícil, incluso yo que no estoy en una forma excelente pude seguirle el ritmo a mis dos acompañantes que tenían pinta de haber hecho esa ascensión decenas de veces. A lo largo del camino nos encontramos varios grupos de turistas que estaban haciendo el mismo trayecto que nosotros.

Una vez que llegamos a lo alto de la montaña, y nos paramos a recobrar aliento, pude disfrutar de las vistas de la isla que se ofrecían desde ese punto y que son sencillamente espectaculares. La mayoría de los turistas, una vez llegados a ese punto y tras haber realizado el conveniente reportaje fotográfico para sus redes sociales, se dan la vuelta y vuelven por donde han venido. Mis guías locales tenían previsto otro plan para nuestro día.

Seguimos caminando dejando a un lado la punta de Needle Rock hasta el último de los miradores oficiales. Un grupo minúsculo de turistas se había aventurado hasta aquí, pero después de llegar hasta este punto volvieron al coche. Nosotros seguimos hasta el otro lado de la montaña y desde ese tramo ya íbamos completamente solos.

Chicas, no sé si a vosotras os gusta esto de irse de *trekking*, pero a mí es una actividad que me gusta muchísimo. Cuando vas andando con un grupo de gente hay un momento en el que unos u otros se van quedando rezagados pues cada uno tiene un ritmo diferente. En esos momentos en los que estás en plena naturaleza y en los que te sientes a la vez sola y acompañada son pura magia. Y allí, precisamente en aquella remota isla escocesa, mientras caminaba por sus praderas verdes y sus caminos rocosos, tuve una revelación casi mesiánica: quería vivir en un sitio como ese el resto de mi vida.

Es verdad que llevaba ya un tiempo sintiéndome cansada de Madrid, y a pesar de que adoraba mi trabajo y a mis compañeros, estaba en esa edad en la que buscaba otra cosa. Y durante años no sabía qué podía ser, simplemente tenía la sensación de que me faltaba algo para ser completamente feliz. En ese instante, sin embargo, lo había encontrado, necesitaba a Escocia y a William, eso lo tenía claro.

Dejamos atrás barrancos de más de trescientos metros y seguimos ascendiendo por la falda del Storr hasta que llegamos a la cima. Desde nuestra posición veíamos a los turistas llegar hasta el Old Man y el Needle Rock como minúsculos puntitos en la lejanía.

Ferguson sacó su cámara de fotos y se puso a disparar sin dar tregua mientras Will sacó nuestra comida. Había salchichón, queso y una lata de sardinas, acompañado de pan. Nos sentamos en la hierba, que aquí era rala y escasa como el pelo de la cabeza de un calvo, y disfrutamos de la comida. Ferguson se nos unió unos minutos después con una sonrisa radiante en su rostro.

—Estás preciosa con esta luz, Emma —me dijo sin ambages.

—¿Estás seguro? —pregunté sorprendida. Llevaba el pelo recogido en una coleta, iba sudada por el esfuerzo de la ascensión y tenías las mejillas coloradas de la sangre que se había agolpado en ellas.

—Sin duda alguna —añadió antes de inmortalizarme en varias fotografías.

William se acercó y se sentó detrás de mí, lo que me permitió relajarme al

poder recostarme contra su cuerpo.

—Contadme cosas de este sitio —les pedí.

—Como todo en esta isla hay varias leyendas sobre el Old Man of Storr. La más conocida dice que la diosa de Skye vigilaba la isla como su protectora natural. Un guerrero, que tenía la capacidad de volverse invisible, llegó a la isla y la quiso conquistar. Pero la diosa, que había jurado proteger esta tierra, lo convirtió en piedra y lo puso en lo alto de la montaña para que él también protegiera a sus habitantes.

—¡No es así! —soltó Ferguson.

—Claro que sí.

—Te digo yo que no, te has inventado la mitad de la historia. No es así como me la contaba mi abuelo.

—Tu abuelo era un borracho que no sabría distinguir su culo de su cabeza.

—Al menos mi abuelo tiene cabeza, no como en tu familia que son todos unos cabezas huecas.

Los hombres se quedaron en silencio y luego estallaron en una carcajada. Yo seguía sin acostumbrarme a sus ¿muestras de cariño? Espero que William nunca tenga la suficiente confianza conmigo como para hablarme en esos términos.

—Lo que sí le podemos contar a tu novia es la vez en la que subimos hasta aquí y pillamos infraganti al pastor con una de las muchachas del pueblo.

—No creo que esa historia le interese a Emma. Es toda una dama.

—Gracias, por fin alguien que se da cuenta —dije fingiendo estar enfadada con ellos.

—Podemos contarle la vez en la que Ed trató de subir después de haber estado toda la noche de fiesta.

—Esa sí es una anécdota que merece la pena. Imagínate a mi hermano vestido con pantalones de pinzas, camisa, pajarita y chaqueta de *tweed*.

—¡Y sin calcetines!

—Es verdad, llevaba unos zapatos que según él no necesitaban calcetines

porque ya no era un artículo que estuviera de moda. Ahora imagínatelo borracho como una cuba tratando de subir al Old Man con dos amigos que iban tan mal como él. Al menos tuvieron el sentido común de intentar subir cuando ya despuntaba el día y algunos senderistas los vieron y llamaron a la policía para que los llevaran a casa. Imagínate a mi hermano vestido de punta en blanco siendo escoltado por la policía bajando la ladera de la montaña.

—Creo que desde entonces tu hermano detesta ir de excursión.

—Por eso cada vez que tenemos la oportunidad le invitamos a una.

Volvieron a reírse de forma estruendosa mientras yo los miraba embelesada. Se notaba por sus gestos el cariño que se tenían, cómo uno comenzaba la historia y el otro la terminaba. Puede que parezca una tontería, pero en aquel momento sentí que estaba de más en aquella cima, que ellos dos habían compartido muchos recuerdos subiendo aquellos montes y yo era poco más que una invitada en su terreno.

Will se levanto y, cogiendo la cámara de Ferguson, se alejó de nosotros y se puso a disparar unas cuantas fotos. El viento que azotaba la cima alborotaba su cabello rojizo que le quedaba ligeramente largo. Yo me quedé mirándolo como una boba mientras lo veía arrodillarse para fotografiar algo más de cerca.

—Le gustas mucho, Emma. Por eso te ha traído aquí.

—Ya, eso es lo que me dijiste ayer.

Se quedó callado, me dio la impresión de que su cerebro trabajaba a mil por hora decidiendo si debía contarme algo o no. Al final asintió para él mismo y comenzó a hablar.

—Cuando conocí a William en el colegio solo pude sentir desprecio por él y por los de su clase. Íbamos a uno de los colegios más elitistas de toda Gran Bretaña y yo sentía que estaba ahí por mi esfuerzo y mis notas, y que esa panda de niños ricos solo habían entrado porque sus padres habían firmado un cuantioso cheque. Nunca dejé que me miraran por encima del hombro pues yo creía que mi sitio en ese colegio era más merecido que el suyo.

—Algo así me contó William.

—Hasta que un día me harté de ser el objeto de risas del colegio y le solté un buen puñetazo. Fue a él como podía haber sido a cualquier otro de aquella panda de niños mimados. Me asusté como no lo había hecho en mi vida, pues me di cuenta de que todo por lo que había luchado con tanto ahínco estaba a punto de desaparecer. Cuando apareció el director y vio a William en el suelo, di por hecho que me iban a expulsar y que no tendría una segunda oportunidad. Y entonces Will empezó a mentir por mí diciendo que se había caído y que no había pasado nada.

Se quedó callado mirando a mi novio que había casi desaparecido detrás de un risco.

—Le debo la vida que tengo ahora.

—No debería decir esto, pero creo que se merecía ese puñetazo por comportarse como un idiota.

—¡Todos los ricos se comportan así! Lo extraño fue que me diera una segunda oportunidad, desde aquel día juré que haría lo posible para devolverle el favor que me hizo aquella tarde al no denunciarme al director. Cualquier otro lo hubiera hecho, Edward sin dudarlo ni un instante, pero Will decidió protegerme. Y desde entonces yo también procuro protegerlo.

—Es muy bonito por tu parte hacer algo así.

—Por eso creo que debes saber algo más sobre lady Alana, ella es... Bueno, es posiblemente una de las mujeres más guapas que he visto en mi vida, y mira que va ya para sesenta años. Pero que su aspecto de muñeca no te haga confiarte, es inteligentísima y una acérrima defensora de las tradiciones. La aristocracia es muy endogámica, por decirlo con suavidad. Aquellos que no pertenecen a ese círculo no son bienvenidos y, sin embargo, a los que están dentro se les perdona prácticamente todo. Y digo prácticamente porque Edward ha sido el gran fracaso de lady Alana.

Abrí los ojos en señal de sorpresa, no podía imaginar cómo alguien que aparentaba ser un triunfador en todos los aspectos pudiera ser un fracaso en realidad.

—Ed era el favorito de su madre, siempre estaban juntos y en algún momento daba la impresión de que su relación maternofilial era algo enfermiza. Cuando cumplió los veinte años, su madre le buscó una chica adecuada para él que había pasado todos los test que lady Alana juzgó necesarios. Pero a él no le interesaba ella. Su madre se quedó un poco decepcionada, pero no perdió la esperanza y continuó presentándole mujeres que según ella podrían ocupar un día un sitio en su familia. Ninguna satisfacía lo suficiente a Edward y siempre acababa encontrando una excusa para no volver a llamarlas. Hasta que una Navidad, medio borracho, decidió salir del armario delante de su familia. Sí, Ed siempre ha tenido una predilección especial por el drama y eligió la cena de Nochevieja para hacer su gran anuncio.

Fer se quedó callado y me puse a repasar todo lo que había vivido con él desde que lo conocí. Ahora que sabía que era gay algunas cosas comenzaron a tomar sentido. Algunos gestos, las miradas descaradas que le lanzaba al camarero del hotel e incluso la forma de dirigirse a mí.

—Para lady Alana fue casi como si le hubieran robado un hijo. Se pasó casi un año sin dirigirle la palabra, y cuando lo hacía era para lanzarle amargos reproches.

—Pero eso no es justo —protesté sin poder contenerme.

—Nadie está hablando de justicia, Emma, se está hablando de rancia aristocracia que se piensa que aún seguimos en el siglo XVI.

—¿La situación ha mejorado?

—Desde hace unos años han vuelto a retomar el contacto, nunca será como aquella mágica relación que tuvieron en su momento, pero al menos ya no se ignoran cuando coinciden en público. Lady Alana decidió volcar todas sus expectativas en William, que a fin de cuentas es el hermano mayor y el heredero del título. Así que imagínate la que se montó cuando Will dijo que vendría a la fiesta acompañado de su novia, que era extranjera y plebeya. Se montó la de San Quintín, que creo que decís los españoles.

Me regaló una de esas sonrisas francas y bonachonas que tanto me gustaban y yo se la devolví.

—Para Will su madre es lo más importante del mundo, bueno, después de ti, la verdad. Por esa razón la fiesta va a ser un momento muy duro para él, porque va a mostrarle a todo el mundo que ha decidido seguir su corazón en vez de los dictados del protocolo. Por eso no puedes fallarle. Si no estás comprometida con él al cien por cien más vale que lo dejes ya mismo. No le hagas enfrentarse a su familia y a sus conocidos apostando por un caballo que no quiere ganar.

Me miró a los ojos con esa mirada azul limpia y clara. Había cariño puro en esos ojos, pero también una amenaza velada, una advertencia.

—No lo haré, Fer, lo quiero —dije con los ojos empañados—. Aún no se lo he dicho a él, pero lo sé, sé que lo amo con todo lo que tengo y que no quiero separarme de él ni un solo día. Gracias por hablarme de su familia, haré lo que tenga que hacer y si tengo que aprender gaélico en cuatro días, no dormiré por estar estudiando. No quiero avergonzarlo. Quiero... Quiero estar con él cada día de mi vida.

Ferguson asintió en silencio y luego me palmeó el hombro con fuerza como hacía con William cuando se intercambiaban anécdotas.

—En cuanto te vi en el hospital supe que serías una de los nuestros. Venga, vamos a buscar a tu hombre y salgamos de esta montaña que se me están helando hasta zonas donde un hombre no debería tener nunca frío —añadió con otra de sus enormes sonrisas.

Bajamos por un paso bastante escondido cerca de un tramo de la pared por donde baja un arroyo. Yo, que soy bastante poco creyente, les iba rezando a todos los santos que conocía mientras trataba de agarrarme a las rocas con todo lo que podía. Los chicos, por el contrario, bajaban dando saltos y bromeando entre ellos sin apenas fijarse en mí. Cuando al fin llegamos a la carretera pude respirar tranquila. El día había llegado casi a su fin, y a pesar de que estaba bastante fatigada por la ascensión y posterior bajada, había

disfrutado enormemente de mi tiempo ahí arriba.

Capítulo 25

Ferguson se quedó en la isla mientras al día siguiente salíamos de la isla de Skye por el puente del estrecho de Lochalsh que no está lejos del castillo de Eilean Donan. Que dicho así no os sonará de nada, pero seguro que si os digo que es el que sale en la película *Los Inmortales* ya empieza a sonaros un poquito más. Sí, chicas, esa película donde Christopher Lambert (más feo que un perro mojado) es entrenado por un Sean Connery guapísimo que además hace de español en la película. Si no la habéis visto o no os acordáis, tampoco perdáis una tarde viéndola porque es malilla, para eso ved una de Sean Connery haciendo de 007 que son muchísimo mejores y el traje y el Martini le quedan de vicio.

En fin, que yo me pongo a hablar de escoceses guapos y ya sabéis que me lío y no hay quien me pare. El caso es que tras salir de Skye, nos pasamos tres días recorriendo los alrededores del lago Ness. Podría hablaros de nuestros paseos por el castillo de Urquhart, la visita a Nessieland, ver como se usan las esclusas del canal de Caledonia en Fort Augustus o lo que sentí cuando acompañé a William al atardecer al páramo de Culloden. Podría contaros todo eso, daros minuciosos detalles de lo que vi, lo que olí y, sobre todo, de lo que sentí. Pero hay cosas que quiero guardarme para mí, algunos momentos que quiero atesorar solo en mi memoria y que sean únicamente míos.

Yo estaba en el hotel que William había cogido en Inverness haciendo Skype con las chicas mientras él había salido a darse una vuelta y a hacer

algunas compras. Había hablado o mensajado a las *Super Girls* cada día como habíamos acordado para que se quedaran más tranquilas. Esa tarde habían conseguido reunirse todas de nuevo en casa de Laura para mantener una conversación en directo pues al día siguiente iba a ser esa famosa fiesta de la que yo tanto había oído hablar y a la que le había cogido una manía increíble incluso antes de plantarme allí.

—Bueno, ¿qué te vas a poner? —preguntó Laura mientras sujetaba un cojín rosa entre los brazos.

—Pues supongo que el vestido negro que metí en la maleta, os recuerdo que la hicimos juntas y que tampoco me he traído demasiada ropa arreglada porque dimos por hecho todas —las señalé con un dedo acusador— que tendría pocas oportunidades de ponérmelo.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas salir a comprarte algo? —preguntó Diana con la mirada realmente preocupada, y la poca tranquilidad que me quedaba se esfumó como el humo de un cigarro en un día de viento.

—Hoy nos hemos dado una vuelta por la ciudad, que es poco más que un pueblo con pretensiones, y salvo tiendas de *souvenirs* para turistas no he visto nada interesante. Hay un Primark en la calle principal, pero eso sería pasar de Guatemala a Guatepeor.

—No pasa nada, no hay nada más elegante que un *little black dress*, o eso decía Coco Chanel.

—Claro, porque ella tenía vestidos de marca —dije sin poder contenerme.

Diana estaba callada y notaba como fruncía el ceño, gesto inequívoco de que estaba haciendo trabajar a sus neuronas a toda potencia.

—Te puedo mandar algo por mensajería. Si salgo corriendo para casa y llego antes de que cierren es posible que lo recibas mañana.

El gesto me conmovió, lo reconozco.

—Gracias, Diana, pero no serviría de nada. Eres más alta y más delgada que yo, además de que un envío urgente a otro país te va a costar una pasta.

—Si hay una de nosotras que se lo puede permitir es ella —dijo Youki

encogiéndose ligeramente de hombros.

—No os preocupéis, el vestido es elegante y sencillo, Emma va a parecer una princesa bajando las escaleras de mármol del brazo de William.

—No sabes si hay escaleras de mármol en la casa, Laura. De hecho, ni siquiera sabemos si hay escaleras, que lo mismo es una planta baja.

—¿Pero no has dicho que son de la nobleza? Esa gente vive siempre en palacios, ¿no?

Youki y yo nos echamos a reír ante la ocurrencia, mientras Diana le dirigía una mirada incrédula al tiempo que negaba en silencio.

—Entonces, ¿valoras positivamente tu viaje? —preguntó con su tono de ejecutiva de ventas analizando la última campaña.

—Sí, Will es todo lo que siempre he soñado y más, mucho más. No solo es cariñoso y atento, además en la cama es... ¡Puf! Pura locura. Además de que me da la impresión de que el tiempo que pasamos en Skye fue para que yo tuviera tiempo de hablar con Ferguson a solas. No digo que lo preparara ni nada de eso, pero intuyo que sabía que Fer me iba a poner al corriente de todo y así se evitaba él tener que hacerlo.

—Eso es un poco cobarde —espetó Diana.

—Pues yo lo veo como un gesto de confianza en su mejor amigo y en su novia.

—¡Pero es que tú lo ves todo de color de rosa siempre, Laura! A ver si espabilas un día, bonita, que no puedes tener treinta años y seguir viviendo en los Mundos de Yupi.

Esa salida de tono de Diana nos dejó a todas mudas, pero a quien más le dolió fue a Laura que se cobijó detrás de su cojín mirando hacia la pared y haciendo evidentes esfuerzos por no llorar.

—Lo siento, yo... No debería haber dicho eso, Laura. Eres magnífica tal y como eres, y yo soy solo una bruja malvada y acabaré sola como todos los malos de los cuentos.

Laura se giró aún con lágrimas en los ojos.

—No digas eso, eres valiente y decidida y desde luego no tienes pelos en la lengua. Ni siquiera con tus mejores amigas —añadió con cierta acritud.

—*Touché.*

—Bueno, ¿dejamos de hablar de nosotras y hablamos de cómo Emma va a conocer mañana a su suegra a la que ya le cae mal? —dijo Youki tratando de relajar el ambiente.

—Al menos tengo a Will y a Ferguson, y posiblemente a Edward, aunque no tengo muy claro con quién van sus lealtades.

—Eso es menos que nada.

—Ya, pero me gustaría teneros a vosotras. Si estuvierais conmigo en esa fiesta no me daría miedo nada.

—Si yo estuviera en esa fiesta seguramente me acabaría tirando a alguna duquesa en el armario de algún pasillo, con lo que te echarían a la calle de forma miserable y no podrías volver a pisar Escocia en la vida. Así que tal vez no es tan mala idea que no podamos acompañarte.

Diana me había hecho sonreír, parece que el momento de malestar que habíamos vivido unos minutos antes había desaparecido por completo. Iba a responder con algún comentario gracioso, pero la puerta de la habitación se abrió y mi escocés apareció allí con el pelo mojado seguramente por la lluvia.

—Will, ven a decirle hola a las chicas.

Se acercó hasta mí y, cogiéndome la cara entre las manos, me dio un profundo y húmedo beso que duró varios segundos. Luego se agachó hasta que su cara quedó a la altura de mi pantalla de móvil y saludó con la mano a mis amigas.

—Hola, bonitas —dijo con un acento marcadísimo y todas se echaron a reír.

Tras eso se dirigió al cuarto de baño a darse una ducha mientras yo me despedía de mi gabinete de crisis. Me dieron consejos, me mandaron besos y todas trataron de animarme de una forma o de otra; mañana era el gran día, mi entrada en la familia de William, y yo solo quería hacer las cosas bien.

Capítulo 26

El día había llegado, y que William estuviera casi tan nervioso como yo no me estaba ayudando en nada. Lo veía pasearse por la habitación del hotel, mientras yo terminaba de arreglarme, como uno de esos tigres de circo encerrados en su jaula. Cuando le dije que estaba lista salió tan deprisa hacia la puerta que me costó seguir su ritmo.

El trayecto en el coche fue más silencioso que de costumbre, los dos sumidos en nuestros propios pensamientos. Yo miraba por la ventana, pero ni siquiera el sinuoso paisaje escocés era capaz de calmarme, y el hecho de que William apretara la mandíbula a intervalos irregulares tampoco me estaba ayudando especialmente.

Y entonces llegamos...

Os voy a poner en antecedentes, ya os dije hace tiempo que los padres de Diana están forrados, son de esa gente que tienen un chaletazo con pista de tenis y piscina climatizada por si te apetece nadar en el jardín en pleno mes de febrero. Así que en mi cabeza los padres de William debían de ser algo parecido.

Pues que yo me quedé de piedra cuando llegamos y nos pusimos a atravesar los kilómetros y kilómetros de césped del jardín que estaban rematados por una extensión de agua enorme. Una vez frente al edificio principal, tuve que hacer un esfuerzo porque mi mandíbula no se me desencajara, estaba frente a una construcción de piedra de cuatro pisos que me recordaba a la casa de

Downton Abbey.

—¿Qué son esas banderas? —dije señalando al jardín.

—Es el campo de golf. —Will soltó una carcajada frente a mi cara de estupor—. Ya sabes que Escocia es la cuna del golf y a mi padre le gusta practicar aquí. No te preocupes, no hay dieciocho hoyos, es uno pequeño.

Poneos en situación, yo iba preparada a enfrentarme a gente que poseyera una pista de tenis y una piscina, no un maldito campo de golf y un lago. Y en lugar de un chalet de trescientos o cuatrocientos metros cuadrados me encontraba frente a un edificio histórico que debía tener más de cien habitaciones.

A pesar de estar en pleno mes de abril, un sudor frío empezó a recorrerme la espalda. ¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿Podría escaparme sin que nadie me viera y volver a mi casa antes de que hiciera un ridículo monumental? Porque os lo digo ya, toda esta situación huele a que voy a meter la pata hasta el fondo. William me sacó de mis oscuros pensamientos abriendo la puerta del copiloto y ayudándome a salir. Para que os hagáis una idea del estado de nervios en el que estaba, yo no me había dado ni cuenta de que había parado el coche y se había bajado.

Un mayordomo vestido con librea salió a recibirnos a la entrada. ¡Vestido con librea, por el amor de Dios!

—Bienvenido a casa, señor.

—Gracias, Ewan.

Yo hice amago de ir a coger mis cosas, pero el mayordomo me lanzó una mirada de desconcierto al tiempo que levantaba una ceja reprobatoria y negaba con la cabeza. Metí las manos en los bolsillos avergonzada y seguí a William al interior del edificio.

Lo primero que pensé al entrar en casa de los padres de William fue que Laura tenía razón: la nobleza vivía en castillos. Si por fuera el edificio era impresionante, por dentro te cortaba la respiración como cuando te sumerges en agua helada. Una imponente escalera doble en madera noble daba la

bienvenida a la casa. Había gruesas alfombras tapizando cada centímetro del suelo y cuadros antiguos en las paredes.

Desde luego, esto no tenía nada que ver con el moderno chalet de los padres de Diana. La impresión de que estaba dentro de un capítulo de *Downton Abbey* era cada vez más fuerte conforme me iba adentrando en el interior de la casa. Tenía la impresión de que en cualquier momento aparecería lady Mary acompañada de Anna tratando de hacerle la vida imposible a lady Edith, mientras la señora Hughes trataba de poner orden.

Llegamos ante un salón que debía de tener las mismas dimensiones que la mitad de la planta de Traumatología de mi hospital, donde crepitaba un fuego dentro de una enorme chimenea de piedra. Varios sillones y sofás de cuero se encontraban puestos alrededor del fuego y allí nos esperaban Edward, que miraba una copa de whisky con cara de aburrimiento, y quien supuse sería el padre de William. Un hombre vestido como para salir a cazar con una camisa de franela y un jersey de lana se acercó a nosotros a grandes pasos y enterró a su hijo en un abrazo. Era casi una cabeza más bajo que William y tenía una barba pelirroja que le llegaba hasta casi la mitad del pecho, sin embargo sus ojos brillaban con cariño y su aspecto era más dulce que fiero.

Cuando liberó a su hijo del abrazo se acercó hacia mí, y creo que durante unos segundos dudó entre darme dos besos, besarme la mano o estrujarme como había hecho con William. Al final optó por la última opción y sentí mis huesos crujir entre sus brazos. Olía a madera y a tierra, con un ligero toque a tabaco. Me sentí a gusto entre aquellos brazos, y supe que era porque me recordaban a los de Will.

—Tú debes ser Emma, ¿verdad? He oído tantas cosas sobre ti que ya es como si te conociera —me dijo con una enorme sonrisa—. ¿Qué vas a beber? ¿*Whisky*?

Miré mi reloj, era demasiado temprano para mí y tuve que declinar la oferta, lo que me valió una mirada de incredulidad por parte de todos los presentes. Me senté frente al fuego junto a William mientras que su padre y su

hermano lo hicieron en el sofá que estaba justo en frente del nuestro.

—Soy Alastair, que mi hijo ha olvidado sus buenos modales y me deja que me presente yo solo —añadió sonriendo y me di cuenta de que no pretendía ser un reproche a William, que en verdad estaba bromeando.

—¿Dónde está mamá? —se atrevió a preguntar Will tras aclararse la garganta carraspeando.

—Ha tenido que salir, han venido unas amigas y ya sabes cómo son las mujeres, necesitan estar solas para poder criticarnos a gusto.

Se echó a reír sin notar que los demás estábamos todos un poco incómodos.

—Emma, háblame de ti, quiero saberlo todo.

—Papá, por favor —protestó Will.

—Es la primera chica que traes a esta casa y encima en un día tan importante como el cumpleaños de tu madre, normal que sienta curiosidad por saber más sobre ella.

—Pero a lo mejor puede salir de forma natural en una conversación y no como si fuera un interrogatorio de la Gestapo.

—No pasa nada —dije y me lancé a resumir mi vida delante de un lord escocés.

Porque yo, Emma Esparza de Leganés, estaba en un castillo, discutiendo con un lord escocés y (esto no debería contarle porque soy una dama, pero como estamos en confianza allá voy) también estaba acostándome con su hijo que será lord cuando su padre muera. Y todo eso por recolocarle el hombro a su mejor amigo. Sí, chicas, por lo visto los cuentos de hadas sí se pueden hacer realidad.

Comimos en el comedor informal, aunque yo no vi la informalidad por ningún sitio, porque seguía habiendo tapices, cuadros y cabezas de animales disecados. Degustamos sopa, carne con patatas y de postre un tiramisú que estaba para chuparse los dedos. Hablar con Alastair había sido realmente

sencillo, le gustaba viajar, los libros y la buena comida. A pesar de vivir en un castillo y de pertenecer a una clase social que yo solo había visto en la revista *Hola*, era cercano y muy amable conmigo.

Cuando terminamos de comer, Will y yo salimos a pasear por los jardines. Yo, con mi mentalidad de pobre, no me pude resistir a preguntar.

—¿Cortáis el césped de todo el jardín? Porque esto debe tener el tamaño de la mitad de la provincia de Burgos.

William me miró y se echó a reír.

—En serio, Emma, a veces tienes unas ideas... No hace falta cortar este césped, tiene la altura justa que le gusta a mi madre. Sin embargo, sí que dedica mucho tiempo en el jardín trasero donde tiene sus flores. No es que Escocia tenga el mejor clima para plantar rosas y otras variedades, pero por eso tenemos un pequeño invernadero detrás de la casa.

—Y un lago y un campo de golf. —No pude reprimirme.

Se paró en seco y me miró directamente a los ojos mientras me sujetaba por los hombros.

—¿Eso te supone un problema?

—No, es solo... Bueno, es que es raro, nunca había conocido a nadie que viviera en un castillo del siglo XVIII o que tuviera su propio campo de golf. Entiende que mis padres son trabajadores normales españoles, esto para mí es como una visita de la clase de Historia del instituto.

Asintió, no sé si era verdaderamente capaz de entender mis sentimientos, pero me cogió y me apretó entre sus enormes brazos mientras me acariciaba el pelo.

—Por cierto, no me habías dicho que la fiesta es por el cumpleaños de tu madre —dije cuando me separé de su cálido abrazo.

—Lo sé. —Parecía avergonzado por habérmelo ocultado—. Pero no sabía si eso sería demasiado para ti, y yo... Yo quería que todo el mundo te conociera. Me comporté como un egoísta, lo siento.

—No pasa nada, pero no le he comprado nada, va a pensar que soy una

cutre.

—No te preocupes, le hemos hecho un regalo conjunto. —Me guiño un ojo y me cogió de la mano para seguir caminando.

Estuvimos casi una hora visitando la propiedad, los establos donde me mostró los caballos y las yeguas que más le gustaban, la perrera donde estaban los perros que emplearían al día siguiente en la cacería, rodeamos el lago, que más bien era un estanque y nos adentramos unos metros en un bosque que también era de su propiedad.

Sobre las seis de la tarde volvimos a la casa, era la hora de comenzar a arreglarse para la fiesta y, a pesar del frío, yo estaba sudando como si fuera pleno agosto en Benidorm. Trataba de convencerme a mí misma de que todo iba a salir bien, pues bien, chicas, a veces hace falta mucho más que la propia fuerza de voluntad para que el Universo se ponga de tu parte.

Capítulo 27

William insistió en que me cambiara en una habitación diferente a la suya, decía que quería sorprenderse cuando me viera, y a mí no me quedó más remedio que aceptar lo que me decía. La habitación era exactamente como me la había imaginado, mucha madera noble, mucho cuadro con escenas de caza y pesados cortinajes en las ventanas. En serio, chicas, era como estar en un capítulo de *Arriba y Abajo*. Saqué mi vestido negro de Zara de la maleta y me lo quedé mirando con tristeza.

Estaba arrugado por haber llevado una semana encerrado, pero además estaba completamente fuera de lugar. Sí, es un vestido que me queda muy mono, pero va bien para una cena con los representantes farmacéuticos o para un cóctel con las amigas, para festejar el cumpleaños de la madre de mi novio en un castillo escocés no. Cuanto más lo miraba más triste me ponía y empecé a pensar que debía fingir algún tipo de enfermedad para librarme de asistir a la fiesta o haría un ridículo monumental.

Estaba tan sumida en mis propios pensamientos que me sobresalté cuando llamaron a la puerta. Me dirigí arrastrando los pies, derrotada, y me encontré con Edward que llevaba una caja en los brazos. Sin pedir permiso entró en mi habitación y puso la caja encima de mi vestido que estaba estirado sobre la cama.

—Espero que ese trapo que he visto arrugado sobre la colcha sea un disfraz de criada guarrilla porque a mi hermano le van ahora esas cosas.

Iba a responder, pero siguió hablando sin dejarme tiempo a abrir la boca.

—Da igual, ponte eso. —Señaló la caja—. Tienes media hora, pasado ese tiempo Ellys y Martha vendrán a peinar y maquillarte, así que más vale que ya estés vestida porque a ellas no les gusta perder el tiempo.

Y sin decir más salió por la puerta. Yo necesité un par de segundos para recomponerme y cuando al fin lo hice abrí la caja. Al ver su contenido salí corriendo e intercepté a Edward a mitad del pasillo. No le di tiempo ni a girarse y le abracé por la espalda con toda la fuerza de la que mi menudo cuerpo era capaz. Al principio estaba tenso, pero después se relajó y se giró para devolverme el abrazo.

—De nada —añadió dándome un beso en la frente y desapareció tras la puerta de su cuarto.

Con las prisas por salir a abrazarle no os he contado lo que había en la caja, chicas, había un vestidazo de Dior Haute Couture que con solo mirarlo ya te quedabas enamorada. Tenía un cuerpo con pedrería en tonos oscuros y una falda de color rosa pálido. Me quedé como una niña el día de Navidad abrumada por los regalos sin atreverme a tocarlo, pero entonces recordé que dos desconocidas iban a venir a peinarme y maquillarme y que por lo que había dicho Edward yo tenía que estar ya vestida cuando ellas llegaran.

¿Habéis vestido alguna vez un diseño de alta costura? Pues os lo digo ya, una vez que lo pruebas todo lo demás te sabe a poco. La forma en la que los diminutos cristales se ceñían sobre mi piel, la caída de la falda hasta el suelo acariciando mi cuerpo justo en los sitios en los que era necesario, eso no se consigue con ropa de Zara, os lo digo yo ya. Claro que aún me quedaba algo más por abrir, la bolsa que contenía los zapatos. Y si no fuera porque ya iba vestida de diseñador me hubiera caído de culo: eran unos Manolo Blahnik que parecían hechos en el mismísimo Cielo. De color gris perla con cristales formando dibujos en los laterales. No tenía ni idea de lo que podían costar, pero mi instinto me dijo que muchísimo. No me pude resistir y los fotografié desde todos los ángulos posibles para enseñárselos a las chicas.

Unos minutos después llamaron a la puerta y dos mujeres entraron sin esperar a que yo les abriera. Se presentaron como Ellys y Martha y lo primero que hicieron fue ponerme una especie de babero gigante por encima de la ropa para evitar que la manchara. Ellys (o tal vez era Martha) me depiló las cejas, me marcó los pómulos, me disimuló las arrugas y me maquilló con una maestría que yo no pensé que fuera posible. Martha (o posiblemente Ellys, vete tú a saber) me hizo un recogido romántico que adornó con varias peinetas con brillantes. El último toque me lo puso la maquilladora que me aplicó un labial rojo brillante.

No os voy a mentir, no tengo ni idea de quién era la persona que me estaba devolviendo la mirada en el espejo, porque lo que tenía claro era que yo no podía ser. O si lo era, fue porque mi hada madrina me había convertido de Cenicienta a Princesa en poco más de una hora. Ellys y Martha me miraban sonrientes, por lo visto ellas también estaban bastante satisfechas de su trabajo, y cuando les pedí que me hicieran fotos para compartir el momento con mis amigas, lo hicieron encantadas.

Como soy medio idiota, no me podía quitar la imagen del hada madrina de la Cenicienta y salí de mi habitación tarareando *Salacadula Chachicomula* perdida en mis pensamientos y me tropecé justo fuera de mi puerta con una ninfa del bosque. Bueno, no era una ninfa, era una invitada, pero en aquel momento lo parecía. Una belleza rubia de cuello interminable con un vestido verde musgo con los hombros descubiertos.

—*Sorry*— dije tratando de disculparme por mi torpeza.

Me miró de arriba abajo con profundo asco y torciendo el gesto se marchó por el pasillo sin tan siquiera dignarse a responderme. Yo me fui por el lado contrario a buscar a William, pero no tenía ni idea de cuál era su habitación y vagué por el pasillo durante varios minutos esperando a que alguien pudiera orientarme. Estaba a punto de perder la fe cuando Ed salió de lo que parecía una biblioteca (otra más, había contado tres nada más que en esta zona del castillo). Se quedó parado durante unos instantes y luego sonrió con más

orgullo del que lo había visto hacer en el tiempo que lo conocía. Iba vestido con un impecable esmoquin que le quedaba de maravilla y resaltaba su esbelta figura.

—Estás espectacular, Emma. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla—. Suelo guardar mis cumplidos para los invitados varones, pero creo que tú te lo mereces.

Sonreí al tiempo que me sonrojaba.

—Nada de esto hubiera sido posible sin ti.

Hizo un gesto con la mano quitándole importancia al regalo de un vestido de alta costura y unos zapatos de Blahnik.

—No pensarías que te iba dejar poner en evidencia a mi hermano, ¿verdad? Además de que intuyo que esta noche vas a tener mucha competencia, pues mi madre tiene varias sorpresas para mi hermano, y más vale que no quedes como una paleta. —Hizo una pequeña pausa antes de añadir—. Al menos no tan pronto. —Y me sonrió de nuevo con su sonrisa de víbora a la que me tenía acostumbrada.

El pequeño momento de intimidad que habíamos vivido ya había llegado a su fin y ahora volvía a ser el Edward cínico al que yo ya había comenzado a acostumbrarme.

—Ven, vamos a buscar a tu príncipe —dijo pasando su brazo bajo el mío y llevándome hacia las escaleras.

Entramos a una sala que debía medir lo mismo que la mitad de la planta de Traumatología de mi hospital. Pensé en lo que costaría tener ese suelo limpio y lustroso y me maldije de nuevo por tener mentalidad de pobre en esos momentos. Las mesas estaban servidas contra las paredes en lo que parecía un *buffet* y estaban decoradas con espléndidos centros de mesa. Decenas de camareras vestidas como las de la boda de Marta Ortega se movían por la sala dando los últimos retoques al conjunto.

Al fondo de la sala, junto a otra chimenea descomunal, estaba William. Iba vestido con el traje de gala escocés, con una chaqueta negra, y el *kilt* con los

colores de su clan. Os lo voy a decir de nuevo por si no os habéis enterado bien: iba con *kilt*. Sí, chicas, no es que estuviera guapo, es que si esa fiesta no hubiera sido el cumpleaños de su madre me lo hubiera llevado escaleras arriba y no lo hubiera dejado salir de mi cama en toda la noche. Apreté el brazo de Edward para no caerme y él se rió por lo bajo.

—Lo reconozco, mi hermano está para mojar pan cuando se arregla —me dijo con descaro.

—No sé de qué me estás hablando —contesté como pude mientras notaba cómo el calor me subía hasta las mejillas.

Edward me dejó delante de Will y se marchó a saludar a algunos invitados. William estaba de pie, parado frente a mí sin decir nada y yo empecé a temerme lo peor: tal vez el maquillaje era demasiado, o el vestido, seguramente los tacones sí que eran un exceso...

—Di algo —supliqué.

Se acercó lentamente a mí y me susurró al oído.

—Eres como uno de los habitantes de la Corte Bajo la Colina que pueblan nuestras leyendas. Debes ser algún tipo de hada o de espíritu del bosque que me ha hechizado, pues nunca en mi vida he visto a una mujer tan hermosa.

Sonreí complacida.

—Me dan ganas de llevarte a mi cuarto y hacerte todas las guarrerías del mundo hasta el amanecer de lo guapo que estás.

—Por supuesto que mi hijo está guapo, no iba a venir al cumpleaños de su madre vestido como un adefesio.

Y así, chicas, es como conocí a la madre de William en la fiesta que se daba en su honor.

Capítulo 28

Pues sí, esas fueron las primeras palabras que me dedicó la célebre lady Alana, y mira que yo me había preparado a conciencia para darle una primera impresión inolvidable. Y la verdad es que creo que lo conseguí, seguramente no se olvidaría de una frase tan desafortunada en la vida.

Cuando me giré me encontré con una versión escocesa de Audrey Hepburn si hubiera tenido el pelo rubio. Ya había escuchado decir que era una mujer preciosa, pero no os podéis ni imaginar hasta qué punto ella lo era. Sinceramente, quiero envejecer igual que la madre de William.

Llevaba un vestido color perla largo hasta los pies y el pelo recogido en un sencillo moño. El look podría parecer sobrio hasta que te fijabas en los pendientes con dos esmeraldas del tamaño de un huevo de codorniz que lucía haciendo juego con las peinetas del pelo. Un collar de diamantes y esmeraldas completaba su atuendo haciéndola ver elegante y espectacular todo a una. Yo, que a estas alturas ya sabéis que tengo mentalidad de pobre, no pude evitar pensar que esa mujer llevaba encima en joyas dos o tres años de mi salario (pagas extras incluidas).

Se quedó parada con las manos cruzadas mirando fijamente a William que se acercó y le dio un beso en la mejilla. Después me cogió por la cintura y sonriendo me presentó a su madre.

—Mamá, está es Emma.

Siguió sin moverse un ápice y me escrutó con la mirada de arriba abajo. Me

dio la impresión de que mi vestido y el peinado pasaban el examen y asentía casi imperceptiblemente. Yo me acerqué a darle dos besos y vi cómo los aceptaba, pero de mal grado, mientras Will me lanzaba una mirada que no fui capaz de interpretar. Yo miraba a mi novio pidiéndole ayuda para salir de una situación que se estaba volviendo incómoda por momentos.

—Mamá, es una fiesta increíble, tienes un talento natural para organizar eventos.

—Gracias, querido. Ya sabes que la gente de nuestra posición tiene ciertas obligaciones que cumplir, y aunque dar fiestas puede parecer algo frívolo, no se debe olvidar que muchos de los negocios más lucrativos de este país se generan con una copa de buen vino en la mano y en compañía de las personas adecuadas.

Sí, dijo la última frase mirándome directamente a los ojos y yo sentí como me hacía pequeñita y trataba de desaparecer entre las tablas del carísimo suelo. No funcionó y seguí allí de pie delante de la madre de la persona a la que yo más quería en el mundo que no era capaz de disimular ni durante treinta segundos que yo le caía bien. De repente vi a Alastair al otro lado de la sala y decidí que él sería mi tabla de salvación.

—Voy a saludar a tu padre, Will. —Hice una inclinación de cabeza y salí de allí a toda la velocidad que los zapatos de quinientos euros me permitían.

Cuando me vio, una ancha sonrisa iluminó su rostro y vino hacia mí con grandes pasos.

—Emma, estás espectacular —dijo mientras me estrujaba entre sus grandes brazos en un cálido abrazo.

Iba vestido como William, con el traje tradicional escocés, que le quedaba de maravilla y le daba el aspecto de un aguerrido soldado.

—Ven, que te voy a presentar a todo el mundo.

Me llevó de un grupo a otro de personas y a todos les hablaba con cariño de mí y me presentaba como la novia de William. Terminamos junto a un grupo de hombres todos bien entrados en la tercera edad elegantemente vestidos a la

manera tradicional. Se notaba que debían ser amigos cercanos de Alastair pues pasamos con ellos mucho más tiempo que con los demás y se notaba que la conversación era más fluida y distendida.

—¿La novia de William? —preguntó un señor de unos setenta años, flaco como el tallo de una espiga, que también iba vestido con *kilt* y fumaba en pipa —. La verdad es que por una mujer así yo también sentaría la cabeza.

—Pero es que además esta chica es médica —añadió Alastair con un deje de orgullo en su voz.

—¿En serio? Dime, muchacha, ¿tienes alguna hermana pequeña que me puedas presentar? —me preguntó con un guiño el señor de setenta años y no pude evitar unirme a la carcajada general.

Cuando les conté que era traumatóloga y que me pasaba el día recolocando huesos y fijando fracturas, me gané el respeto de todos. Uno de ellos me puso una mano en el hombro con un gesto de cariño y me dijo unas palabras en gaélico. Yo miré a Alastair confundida pues salvo *sláinte* que significa «salud» y es lo que dicen al brindar, no sabía ni una palabra de gaélico.

—Cameron dice que aunque sea de manera informal, ya formas parte de nuestra familia.

No lo pude evitar y me lancé a darle un abrazo, me daba igual arrugar el vestido, es lo bueno de no haberlo pagado yo. Cameron me devolvió el abrazo y me dijo algunas cosas más en gaélico. Esta vez no le pedí a Alastair que tradujera, solo con el tono entendía que me estaba diciendo algo amable, y eso para mí era suficiente.

La sala se había ido llenando de gente y los camareros se movían como abejas polinizadoras llevando y trayendo bandejas con copas de champán. La gente se servía del *buffet* y se lo llevaba a las mesas que estaban dispuestas sin etiquetas para que cada uno se sentara donde quisiera. Era a la vez una cena de gala, pero con cierto aire informal. Los invitados masculinos vestían casi todos el traje tradicional y unos cuantos, casi todos muy jóvenes, se habían decantado por vestir con esmoquin. Las mujeres llevaban vestidos de

diseñadores reconocidos y joyas. Era un espectáculo digno de ver. Si realmente la Corte de las Hadas existe, deberá ser algo parecido a esto. Champán, modelazos y hombres con falda.

Entonces busqué a William con la mirada porque ya hacía un buen rato que no lo había visto y lo localicé hablando con la ninfa rubia con la que me había cruzado en el pasillo. Ella coqueteaba abiertamente con él poniéndole una mano ora en el pecho ora en el brazo y acercándose de forma descarada mientras hablaba con él.

Murmuré algún tipo de disculpa y me separé del grupo de Alastair entre protestas de sus integrantes a los que tuve que prometer que volvería a verlos antes de que acabara la velada. Levantaron sus copas y brindaron por mí en señal de aceptación y me dejaron marchar.

Me planté al lado de William en un tiempo record y me enrosqué en torno a él hasta quedar abrazada formando un extraño amasijo de brazos y torsos. Yo quería dejar bien claro a la diosa del agua que ese era mi hombre y que bien podía meterse la manita en algún sitio profundo y oscuro.

Su madre apareció de la nada, os lo juro, se materializó a mi lado sabiendo que un instante antes no estaba ahí.

—William, por favor, si necesitar copular con esta señorita vete a tu cuarto, pero en mi salón guarda las formas. —Y tras darse media vuelta y regalarme una mirada avinagrada se retiró a hablar con un grupo de amigas.

Me separé a regañadientes de William mientras la rubia me miraba con desdén y una media sonrisa de victoria. Ya os la podéis imaginar: manicura perfecta, piel impecable, pelo brillante y belleza natural. ¡Puaj! Qué asco me da la gente que es tan perfecta. Era guapa, no tanto como mi Diana, pero no se podía negar que era la chica más guapa de la fiesta, y ahora me miraba entre divertida y hastiada.

—Emma, esta es Fiona, una amiga de la infancia.

—Fui su primera novia —me dijo con una sonrisa maléfica.

—Teníamos seis años, Fiona —protestó Will.

—El primer amor nunca se olvida, *chéri*. —Y volvió a jugar con la mano sobre el pecho de William mientras yo hacía auténticos esfuerzos por no romperle la cara ahí mismo. Que ella tendrá manicura francesa, pero yo soy de Leganés y estas cosas en mi barrio no se toleran.

William debió darse cuenta de que la situación se le estaba escapando de las manos y, tras soltar una disculpa, me cogió del brazo y me llevó hasta uno de los grandes ventanales que daban al jardín.

—¿Se puede saber qué ha pasado, Emma?

—Eso es lo que me gustaría a mí saber. ¿Quién es Fiona, además de tu primera novia? ¿Por qué no puede dejar las manos quietecitas? Que parece un pulpo. ¿Y por qué es tan guapa? ¿No te podías haber echado como novia a un adefesio de ciento veinte kilos?

—Hombre, con seis años va a ser difícil pesar eso.

Él trató de sacarme una sonrisa, pero yo lo miré furibunda. Me abrazó y el percibir su olor, que ya era para mí algo familiar, me hizo sentir mejor al instante. Me besó la coronilla y separándose un poco me miró con ternura.

—Fiona es solo una amiga.

—Seguro que a tu madre le gusta.

—Por supuesto que le gusta, mi madre y la suya llevan planeando nuestra boda desde que nacimos, pero no estoy interesado en ella. No he venido con ella esta noche, he venido contigo, ¿no es verdad?

Asentí en silencio.

—Y Fiona puede ser guapa, pero yo estoy con la más hermosa de la fiesta.

Y dicho esto me besó con parsimonia, deleitándose en cada beso. Yo imaginé a su madre mirándonos desde alguna esquina del salón, reprochándole a su hijo una actitud tan poco decorosa, y me sentí extrañamente bien.

—¿Mejor? —me preguntó con esos ojos esmeralda que hacían juego con el collar de su madre.

—Mejor.

—Vamos, voy a presentarte a mis amigos.

Nos dirigimos a un grupo compuesto por gente de nuestra en donde reconocí a Edward y a Ferguson. Este se me acercó y me dio un par de sonoros besos y un rápido abrazo.

—Me ha costado reconocerte.

—Vaya... Tú sí que sabes qué decir para conquistar a una dama.

—Entiéndeme, la última vez que te vi habíamos subido al Old Man y estabas sudorosa y despeinada, y ahora te veo convertida en la princesa de alguna de nuestras leyendas.

—Está bien, lo has arreglado —añadí con una sonrisa.

Lo reconozco, este Ferguson me estaba cayendo cada vez mejor. Además de que ataviado con el *kilt* y la chaqueta de gala estaba guapísimo. No tanto como Will, pero guapísimo al fin y al cabo.

Bebí vino y degusté canapés rodeada de los amigos de William. Me sentía cómoda con ellos, eran rudos y algo ruidosos, pero me encantó hablar con ellos. Las amigas de William eran otra historia, por el contrario. Hice un tímido intento de acercarme a un grupo de chicas y lo único que conseguí fue indiferencia y alguna que otra mala cara. Solo Briana se mostró amable conmigo.

Era menuda y algo regordeta y tenía unos pechos enormes que parecían que iban a salirse en cualquier momento del escote palabra de honor de su vestido. Llevaba el pelo recogido en un complicado moño adornado con hojas y flores frescas que hacían refulgir sus mechones pelirrojos en contraste con los elementos vegetales. Tenía unos ojos azules limpiísimos, con una luz que me recordó a las aguas del lago Lochmond. Su risa era ruidosa y daba la impresión de que se asfixiaba cada vez que estallaba en una carcajada, algo que pasaba bastante a menudo, la verdad. Cuando algo de lo que yo decía le gustaba me palmeaba la espalda con fuerza, como hacían los chicos. Lo reconozco, me cayó bien casi inmediatamente. Al menos me dio una oportunidad de integrarme y no me miraba por encima del hombro como hacían todas las demás.

Por lo que me estuvo contando era la segunda hija de un conde, su padre estaba forradísimo y estaba harta de los hombres que solo querían estar con ella por su posición y su dinero. Fiona se acercó al grupo en el que estaba William y volvió a coquetear abiertamente con él. Yo iba a acercarme de nuevo cuando mi nueva amiga me cogió por la mano y me detuvo antes de que pudiera dar ni un paso.

—Ni se te ocurra.

—Pero es que...

—Fiona es una víbora de la peor clase, si te enfrentas a ella solo puedes salir lastimada. Además de que conseguirá que cualquier cosa que hagas para defenderte se vuelva en tu contra y parezca que al final has sido tú quién ha comenzado la guerra.

La miré a los ojos durante unos instantes perdiéndome en el azul de su mirada.

—Veo que hablas por experiencia.

Ella asintió con una mueca de disgusto.

—Sí quieres que esa bruja le quite las manos de encima a tu chico yo me encargo, pero tú de aquí no te muevas.

Y dicho esto se dirigió hasta donde estaban Fiona y William y saludó a este de una forma tan exagerada que parte del contenido de su copa de champán se derramó por error sobre la rubia. Mientras trataba de ayudarla a limpiarse se giró hacia mí y me guiñó un ojo. Acababa de ganar una aliada, pensé con una sonrisa. Fiona salió del salón hecha una furia seguida por las dos amigas que le habían venido escoltando toda la noche.

No suelo ser celosa, pero reconozco que respiré más tranquila cuando ella desapareció del salón.

Capítulo 29

Yo pensaba que al estar rodeada de gente importante, en algún momento de la noche se abriría una puerta camuflada en un muro y aparecería una torre de Ferrero Rocher sobre ruedas con Isabel Preysler al lado. Admito que fue una decepción que no sucediera en ningún momento, aunque sí que hubo discursos, felicitaciones y bailes.

William y yo decidimos retirarnos cuando comenzaron las canciones en gaélico con los hombres agarrados por los hombros y los ojos brillantes de alcohol y emoción. Nos despedimos de su padre, que me dio un abrazo que me dejó sin respiración y dos besos que casi me quemaron las pestañas por los vapores etílicos. Su madre me dio un beso que apenas rozó mi mejilla y me agradeció haber colaborado con el regalo con una mirada que dejaba clarísimo que sabía que yo no había tenido nada que ver. Le di un millón de veces las gracias a Edward antes de marcharme y él le quitó importancia con un gesto de desdén. Ferguson casi me aplasta al abrazarme y se despidió de mí dándome un palo en el culo y diciéndome algo en gaélico que fue coreado por el resto del grupo.

Busqué a Will con la mirada y lo encontré en una esquina cuchicheando con Fiona que ya había limpiado su vestido, se hablaban al oído y parecían bastante cómplices. Un sentimiento, desconocido hasta la fecha, comenzó a brotar en mi pecho. Era calor, fuego y... Y algo más, no sé explicarlo con palabras, y con gestos aún menos, solo sé que no me gustó lo que sentía.

Cuando William me vio, se separó de ella como si hubiera recibido la picadura de una serpiente y se despidió rápidamente antes de venir hasta donde yo estaba y rodearme la cintura con su brazo.

—Parecíais muy bien juntos —dije antes incluso de que terminara de rodearme.

—No... Simplemente me estaba despidiendo de Fiona.

—Ya.

—No estarás enfadada, ¿verdad?

—Claro que no, yo no me enfado nunca sin motivos, y si me enfadara significa que tengo un motivo. Y tú no quieres darme ningún motivo, ¿no es así?

Me miró y supe que no había entendido ni una sola de mis palabras.

—Lo siento, Emma, pero te he oído repetir la palabra «motivos» tantas veces en una sola frase que me he desconectado del mensaje real. ¿Cuál era?

Iba medio borracho y los dos estábamos cansados, con lo que no merecía la pena ponernos a discutir ahora por lo que yo vi, o creí ver, en el salón.

—Nada, cariño, no pasa nada —dije antes de irnos a la cama.

Pero sí que pasaba y eso lo descubrí a la mañana siguiente.

Capítulo 30

El cumpleaños de lady Alana iba a ser como una boda gitana: tres días de festejos con la familia y los amigos. Tras la fiesta de la noche anterior, hoy tocaba cacería para los hombres y *brunch* para las mujeres. Edward me había hecho llegar un vestido de lana que aunaba a la perfección el espíritu de ese día. Llevaba un ligero estampado de cuadros y se ceñía a mi cuerpo dibujando mi silueta de forma sutil.

Después de verlos a todos en un estado de embriaguez bastante avanzado, yo me imaginé que hoy los amigos de William estarían de resaca tirados por las esquinas de la casa. No pude sorprenderme más cuando me los encontré a todos vestidos con ropa informal desayunando en el gran salón que ahora tenía un surtido de huevos revueltos, *bacon*, judías pintas y tostadas.

Ferguson me hizo un gesto desde el otro lado de la sala y me acerqué a saludarlo.

—¿Estás listo para matar animales indefensos? —pregunté con malicia.

—Claro, mejor eso que comérmelos sin tan siquiera merecerlo. —Me sostuvo la mirada con una sonrisa mientras atacaba de buena gana el *bacon* de su plato.

—Bueno, solo te pido que no te saques ninguna articulación del sitio que le corresponde. ¿Te crees capaz de hacerlo?

—¡Por supuesto que sí! El doctor Ecclestone tiene como ochenta años y huele raro, yo solo me saco cosas cuando tengo a mujeres cerca. —Y estalló

en una carcajada a la que no pude resistir a unirme.

William se nos unió llevando un plato con más comida de lo que yo iba a ser capaz de comer en todo el día.

—¿Estarás bien?

—Claro, tengo a Briana que parece simpática, y creo que si no abro mucho la boca, tu madre podrá tolerar mi presencia en su casa.

—No tiene nada en contra de ti, Emma, eso quiero que lo sepas, es solo que para ella es difícil. Le he pedido que lo entienda y me ha dicho que lo va a hacer, pero no le resulta fácil ver como su mundo, sustentado por tradiciones, se va cayendo por culpa de sus hijos.

Lo abracé con fuerza, no podía ni imaginar por lo que estaba pasando él al tener que enfrentarse a su madre por una mujer que conocía desde hacía poco. Me propuse que haría todo lo posible para que lady Alana cayera rendida a mis pies y me quisiera como a la hija que nunca tuvo.

Alastair entró en el salón dando voces llamando a los hombres. Todos se pusieron ropa de abrigo y gorros y salieron al jardín. Llevaban perros y varios miembros del personal los acompañaban. Me sorprendió ver que Edward no estaba entre los asistentes a la cacería, y haciéndome un galante saludo con la mano se dirigió escaleras arriba a pasar el tiempo a solas.

Yo respiré hondo y sacando mi mejor sonrisa me dirigí hacia el salón pequeño donde las mujeres se estaban reuniendo tras despedirse del grupo de cazadores.

«Ahora es cuando comienza lo bueno», me dije a mí misma tratando de darme ánimos.

Lo primero que hice fue dirigirme hacia lady Alana que estaba, ¡oh sorpresa!, hablando de nuevo con Fiona. Esta me dedicó una sonrisa fría y se separó de la anfitriona en cuanto yo me acerqué.

—Buenos días, lady Alana.

—Bueno días, querida, ¿has dormido bien?

—Estupendamente.

Y eso fue todo. Os juro que yo oía a mis neuronas moverse como los engranajes oxidados de un viejo reloj de cuerda. Yo trataba desesperadamente de encontrar algo que decir y lo único que tenía era «cri, cri, cri» como un coro de grillos una noche verano. Lady Alana me miraba y no hacía amago por tratar de sacar algún tema de conversación.

—¡Casa! —dije casi gritando.

—¿Cómo dices?

—Tiene una casa muy bonita —acerté a decir, y aunque parezca una frase de lo más trivial (que lo es) yo me sentí orgullosísima por haber podido decir algo.

—En verdad es propiedad de la familia de Alastair. Han vivido aquí desde hace siglos, deberías alabar el buen saber del arquitecto, yo no he contribuido prácticamente en nada.

Y ahí estaba otra vez, ese silencio que se podía cortar con una sierra de lo espeso que era. Entonces miró al otro lado del salón y soltó un bufido descontento.

—¡No me puedo creer lo que estoy viendo! —Sin siquiera mirarme se marchó de mi lado y se dirigió a Briana que estaba sentada a la mesa sirviéndose una generosa porción de huevos y de judías.

—Lady Stuart, debería esperar a que todo el mundo esté presente para comenzar a comer.

—Lo siento, lady Alana, pero me muero de hambre, y por mi metabolismo, si no como lo suficiente me pueden dar bajadas de azúcar y morirme aquí mismo. Y no hay nada que arruine más una fiesta que un cadáver, ¿no cree?

Vi como Briana me sonreía disimuladamente y como lady Alana se retorció las manos, seguramente para no tener que retorcerle el cuello a mi amiga. Al final de lo que parecieron horas en las que las dos mujeres se sostuvieron la mirada, lady Alana claudicó.

—Está bien. ¡Señoras, por favor! Vayan sentándose, es hora del *brunch*.

Hubo varios vítores e incluso una o dos mujeres hicieron palmas. Yo corrí a

sentarme al lado de Briana, aunque no hizo falta que me diera prisa pues las invitadas parecían evitar sentarse cerca de ella y había multitud de sitios libres a su alrededor. La mesa se fue llenando y las últimas en llegar se tenían que sentar cerca de nosotras y algunas no eran capaces de ocultar su decepción. Fiona, por supuesto, se sentó en frente de lady Alana y se pasaron toda la mañana compartiendo conversación.

Justo en frente de mí se sentó una señora que llevaba puestas encima tantas joyas que parecía el árbol de Navidad que se instala en la Plaza del Sol. Tenía el pelo rubio muy claro que lo llevaba suelto formando diminutos rizos y unos inteligentes ojos color miel escondidos tras unas gafas de estilo *cat eye*. Me recordaba ligeramente a Rita Skeeter, de las películas de Harry Potter.

—Hola, queridas, soy lady Aileen —nos dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Veo que somos el club de las apestadas en el cumpleaños de lady Alana, y no os voy a mentir, me hace muchísima gracia esta situación.

Yo la miré con estupor y Briana trató de contener una carcajada sin mucho éxito.

—Encantada, yo soy...

—Emma, lo sé, querida. Imposible no saberlo —me cortó—. Eres la comidilla de esta fiesta, incluso más que la anfitriona, y hay pocas cosas que Alana deteste más que no ser el centro de atención.

—Yo soy Briana.

—Por supuesto que sé quién eres, Bri, conozco a tus padres desde hace años y me alegra decir que eres una de las pocas jóvenes de esta fiesta que merece realmente la pena.

Yo debía parecer un buzón de correos con la boca permanente abierta, pero esta mujer me estaba dejando anonadada. Además de que costaba un poco no quedarse hipnotizada por el movimiento constante de sus enormes pendientes de piedras preciosas cada vez que sacudía la cabeza.

El resto de las invitadas cercanas a nosotras habían formado sus propios círculos excluyéndonos de cualquier conversación, con lo que solo nos

teníamos a nosotras.

—Dime, querida, ¿es verdad eso que he oído de que trabajas en un hospital? Debe ser maravilloso tener acceso a los calmantes cuando lo necesitas —añadió antes de romper a reír de forma tan escandalosa que toda la mesa se giró para mirarla.

—Sí, en Madrid, es gracias a mi trabajo que conocí a William.

—El destino, querida, a veces actúa de la forma más disparatada.

—Sí, quién me iba a decir a mí que iba a acabar en el *brunch* de cumpleaños de una auténtica dama escocesa hace unos meses.

—Bueno... Alana puede parecer una dama, y desde luego se va a comportar como tal delante de los invitados, pero en el fondo es un alma oscura y rencorosa.

—Parece que sabe de lo que habla —se aventuró a decir Briana.

—Cuando éramos jóvenes fuimos inseparables, íbamos al mismo colegio, a las mismas clases de hípica y frecuentábamos los mismos círculos de amigos. Nos encantaba pasar el tiempo juntas y yo la consideraba como una hermana para mí. Pero entonces ella se dio cuenta de cuán hermosa era y del potencial que eso representaba. Yo siempre he sido un alma libre, la prensa me califica como una rica heredera un poco díscola que puede dedicarse a hacer lo que quiere porque no tiene que afrontar problemas financieros. Y seguramente tengan razón, pero al menos sé que nunca me he traicionado a mí misma.

—¿Lady Alana se ha traicionado?

Nuestra compañera de confesiones calló durante unos instantes.

—Como nos dijo Plutarco: «La mujer del César no solo debe ser honrada, sino parecerlo», pues en dos mil años pocas cosas han cambiado, *sweetheart*. Alana tuvo la oportunidad de ser quien ella quería ser, pero eso hubiera significado romper ciertas reglas y decidió que era mejor seguir manteniendo su estilo de vida, aunque eso significara vivir una mentira.

—Esto es peor que *Falcon Crest* —dije sin poder reprimirme, a lo que lady Aileen respondió con otra sonora carcajada que nos valió más miradas de

reproche.

La comida pasó sin sobresaltos, Briana y lady Aileen eran grandes conversadoras capaces de hablar de los temas más sesudos y luego pasar veinte minutos contando anécdotas sobre amantes fallidos. No me avergüenza decir que pasé un rato excelente con ellas, aunque de vez en cuando no podía evitar deslizar mi mirada hacia el otro lado de la mesa, donde Fiona hablaba animadamente con lady Alana, y sentir una punzada de envidia. Efectivamente, si para ella las apariencias eran importantes, el que su hijo saliera con una extranjera y plebeya debía de ser un obstáculo difícil de superar.

Con los postres pasamos a otro salón donde había mullidos sillones dispuestos frente al fuego de la chimenea. Había un gran piano de cola en una esquina y una de las invitadas se puso a tocar a Chopin con maestría.

Lady Aileen desapareció escaleras arriba con el pretexto de que tenía dolor de cabeza, aunque cinco minutos antes nos había confesado a Briana y a mí que se iba a ver la nueva temporada de *Narcos* que llevaba retraso con los capítulos. Briana se acercó a un grupo de chicas de nuestra edad, que si bien al principio la recibieron con algo de frialdad, luego la integraron perfectamente y yo...Yo vagué por la sala pegando la oreja a cada corrillo y apartándola después ya que ninguna conversación me parecía interesante. Al final cogí una manta de cuadros de unos de los sofás y poniéndomela sobre los hombros como si de un guerrero *sioux* se tratase, salí al jardín.

Respirar el aire fresco me hizo sentir inmediatamente mejor. Una ligera bruma cubría el interminable césped del jardín dando a toda la escena una imagen casi irreal. Me apoyé en uno de los bancos de piedra que ornaban la fachada, no muy lejos de una ventana y disfruté de esos minutos de soledad.

Hasta que la ventana se abrió y mi sueño se hizo pedazos.

Capítulo 31

Yo me quedé muy quieta, no es que quisiera escuchar una conversación ajena, tampoco penséis mal de mí, es simplemente que no sabía qué otra cosa podía hacer. Oí el sonido de varias voces femeninas riendo y luego el característico «clip» que hace un Zippo al cerrarse. Por lo visto alguien no quería que lady Alana supiera que fumaba y le tocaba hacerlo en secreto. Y entonces se me heló la sangre, pues una de las voces era la de Fiona y estaba hablando de mí. Me deslicé por el banco tratando de ser lo más sigilosa posible hasta quedar casi pegada a la ventana. Únicamente si sacaban medio cuerpo fuera de esta podrían verme, así que contaba con que a estas aristócratas escocesas no les diera por hacer *balconing* justo hoy.

—Me parece indecente lo que ha hecho William precisamente en el cumpleaños de su madre —dijo una voz que no conocía, pero que debía pertenecer a una de las dos acólitas que acompañaban a Fiona allá donde ella fuera. En mi cabeza había empezado a llamarlas «las hermanastras de Cenicienta» a esas dos.

—Me he pasado toda la comida hablando con lady Alana y está consternada.

—Normal, esa extranjera está ocupando tu sitio, Fiona.

—No pasa nada, tras hablar mucho con lady Alana creo que lo hemos entendido, qué es lo que realmente está pasando.

Me moví un par de centímetros más, yo también quería entender lo que

estaba pasando.

—¿Os acordáis de las apuestas que hacíamos en el colegio cuando decidíamos de invitar a alguien del pueblo a alguna de nuestras fiestas para luego reírnos de él? Creemos que debe ser algo parecido.

—¿Lo crees en serio?

—¡Por supuesto! Por lo que he oído, el vestido que llevó a la fiesta se lo consiguió Edward, así como los zapatos y el maquillaje. William pensaba dejarla aparecer en la fiesta de cumpleaños de su madre vestida como una pordiosera para que todo el mundo se riera de ella. ¿No lo veis?

Un coro de aclamación recorrió la habitación mientras a mí se me helaba la sangre en las venas. ¿Era verdad? ¿William solo quería reírse de mí?

—Parece que a lord Alastair le cae bien —se atrevió a decir una de las hermanastras.

—A ese hombre le caería bien hasta el Carnicero de Milwaukee, pero pregúntale a Edward, él no la tiene en alta estima.

—Entonces, ¿por qué le trajo el vestido?

—Para no arruinarle la fiesta a su madre, ya sabes que desde que... Bueno, desde que dijo lo que es, las relaciones con lady Alana han estado algo tirantes y no quería que se le estropeará su gran día. Pero en el fondo piensa que Emma es una paleta sin modales ni educación.

—¿Y qué crees que va a pasar ahora?

—Creo que Will aprovechará la cena de esta noche, que hay menos invitados, para dejarla plantada y luego irse al *pub* del pueblo a emborracharse mientras se lo cuenta a todo el mundo.

Todas rompieron en una carcajada menos yo que notaba cómo las lágrimas me quemaban al tiempo que rodaban por las mejillas. Así que eso había sido todo, me conocieron en el hospital y vieron la oportunidad de reírse de una pobre española y lo organizaron todo para que fuera así. De Edward no me sorprende, pero me esperaba más de Ferguson, había comenzado a cogerle verdadero cariño.

Salí disparada escaleras arriba tratando de evitar al personal y a los invitados hasta que llegué a mi habitación. Estaba a punto de conseguirlo, pero lady Aileen salió por una puerta lateral y me vio hecha un mar de lágrimas. Me cogió por el brazo y me llevó hasta mi cuarto y se quedó ahí conmigo sin decir nada hasta que me hube calmado. Como esta familia por lo visto me odiaba, no tuve reparos en sonarme la nariz con la colcha de la cama. «Se pueden pagar la tintorería», pensé con cierta satisfacción.

—¿Qué ha pasado, querida?

—No quiero hablar de eso, solo quiero salir de aquí. Quiero volver a Madrid con mis amigas y mi familia, y mi trabajo de mierda de plebeya española.

Ella asintió en silencio y levantándose con presteza empezó a sacar mi ropa del armario y a meterla en la maleta. Yo estaba tan sorprendida que al principio no supe ni cómo reaccionar.

—Venga, querida, te llevo al aeropuerto. Tengo un *jet* que siempre está listo para partir a cualquier parte del mundo. ¿Has viajado alguna vez en un *jet*? Te va a encantar, ya lo verás. Por cierto, ¿esta chaqueta es tuya? Es preciosa, *darling*.

—No es necesario, de verdad, yo...

Me puso un dedo en los labios y luego me abrazó con un gesto maternal.

—Lo hago encantada, querida, de verdad. Venga, termina de guardar tu ropa que yo voy llamando al piloto para que lo tenga todo preparado. Doy por hecho que no querrás despedirte de nuestra anfitriona, ¿no?

Negué en silencio y ella salió hacia su cuarto dejándome la tarea de recoger mis pertenencias. Salí al pasillo sintiéndome como una ladrona que abandona el lugar del crimen. Había dejado mi vestido de cóctel sobre la cama con una nota de agradecimiento para Ed y me había puesto mis viejos vaqueros y un jersey de cuello vuelto de lana. Delante de mi puerta me esperaba alguien del personal que me dijo que tenía instrucciones de llevar mi maleta hasta el coche de lady Aileen utilizando la puerta de servicio. Nosotras bajamos la

escalera con toda la dignidad y el aplomo del que yo fui capaz dadas las circunstancias y nos dirigimos al jardín del brazo como si fuéramos a dar un paseo. Nadie reparó en nosotras y pudimos escabullirnos hasta la parte trasera donde un Jaguar negro con las ventanas tintadas nos esperaba listo para partir.

—Gracias —dije cuando nos habíamos alejado de la casa lo suficiente como para sentirme segura y poder hablar.

—De nada, querida, se notaba que necesitabas escapar.

Asentí sin decir nada y me quedé mirando por la ventanilla, el paisaje que hasta unas horas me había maravillado, ya me parecía triste y deslucido. Las montañas ya no eran tan altas, ni la hierba tan verde ni el cielo tan brillante. Ahora era solo un sitio donde llueve a menudo, sus habitantes hablan inglés raro y los niños ricos hacen apuestas con campesinas de la zona. O cuando quieren llevar la apuesta a otro nivel las hacen con traumatólogas extranjeras. Noté cómo las lágrimas me abrasaban en los ojos y cómo, muy a mi pesar, se escapaban formando torrentes.

Lady Aileen no dijo nada, solo me tendió la mano y la apoyó sobre la mía. Esperó pacientemente a que me calmara y solo entonces se permitió preguntarme.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

La miré incrédula, iba en su coche camino del aeropuerto donde me iba a llevar a España de vuelta en su *jet*, no creo que pudiera hacer nada más ni aún proponiéndoselo.

—No, esto ya es demasiado, es demasiado generosa.

—Bobadas, yo he tenido tu edad y me he sentido excluida y apartada. El cine y la televisión han hecho que todas las niñas sueñen con ser de la nobleza, pero pocas veces se habla de lo difícil que es permanecer una vez que has entrado en ese círculo. La presión puede ser devastadora.

Llegamos al aeropuerto rápidamente y pasé el control por un acceso especial que tiene la terminal de jet privados.

—Ventajas de ser rica —dijo Aileen con una sonrisa antes de darme un

abrazo y despedirse de mí—. Si necesitas cualquier cosa no dudes en llamarme, estaré a tu lado si me necesitas.

—Solo una cosa, no le cuente a nadie que me he ido, no quiero que lo sepan.

—Cuando lleguen los hombres y no te encuentren todo el mundo va comenzar a inquietarse y se puede liar una buena si no apareces. Puedo decir que te salió una emergencia familiar y debiste marcharte antes de tiempo.

—Eso es perfecto. Gracias.

—De nada, querida.

Me plantó dos sonoros besos y me dejó subir al avión que me llevaría de vuelta a casa. Os podría hablar de las comodidades de viajar en *jet*, de los asientos, del gustazo que da no tener que hacer cola para el embarque, pero todo eso pasó a un segundo plano. Allí arriba, a diez mil metros del suelo, solo podía pensar en lo estúpida que había sido. Me había dejado embaucar por una bonita sonrisa, unos ojos preciosos y un cuerpo de escándalo. Durante este viaje había empezado a pensar en «nosotros» como en una posibilidad no tan lejana. Me imaginaba con niños y perros recorriendo Glencoe, participando de más conversaciones junto al fuego con Alastair y tratando de caerle lo mejor posible a su madre.

Fui tan imbécil como para pensar que un futuro lord iba a querer involucrarse con alguien como yo, que vive en un piso de cincuenta metros que hasta hace unos meses compartía con el inútil de su ex. Aproveché que esta maravilla de avión tenía wifi para escribirles un mensaje a las chicas, contaba con que alguna viniera a recogerme, porque hacer el trayecto de Barajas a mi casa en metro iba a ser la guinda deprimente de un día de mierda.

Vinieron las tres. Laura me trajo bombones, Youki puso en el coche mi música favorita y Diana no hizo ningún comentario del tipo «te lo dije». Cada una trataba de animarme a su manera y de mostrarme su apoyo, y yo no tenía palabras para agradecerles.

Capítulo 32

Todo lo que no lloré por Ramón lo lloré por William. Me llevaron a casa y me pusieron el pijama como si yo fuera una niña pequeña, pues eran tales las convulsiones que me daban por culpa del llanto que yo apenas podía controlar mis movimientos. Laura me preparó una infusión y todas se sentaron en torno a mí en el sofá. Les conté lo que había oído en el jardín y mi fuga en el *jet* privado de lady Aileen. Laura y Youki no sabían qué decir y Diana hacía esfuerzos por seguir callada, pero se notaba a la legua que ella tenía su propia opinión. Decidí que no quería su piedad, que quería su opinión.

—¿Qué opinas, Diana? Sin paños calientes.

Mi amiga se quedó en silencio, como una esfinge de la antigüedad, con esa piel marmórea y el rubio cabello cayéndole sobre los hombros. Al final suspiró y habló.

—No lo sé, Emma, creo que por primera vez en mi vida no sé qué pensar. Durante estos días nos has llamado a diario y te hemos visto ilusionada y enamorada. Y creo que él también lo estaba, y por eso me cuesta creer que todo esto sea solo un juego retorcido para ganar algún tipo de apuesta delante de sus amigos.

—Pero...

—Pero no es imposible. Cosas más complicadas se han visto y como no los conocemos de antes no sabemos qué tipo de personas son. Por lo que nos has dicho esta actitud no te sorprendería de alguien como Edward, tal vez su

hermano sea igual, pero él es mucho mejor jugador y sabe ocultar sus cartas mejor.

—¡Pues yo no me lo creo! —explotó Laura—. ¡Se os veía tan bien juntos!

—Pero no es solo cuestión de quedar bien, es cuestión de hasta qué punto ha sido sincero. No te dijo que su familia era de la nobleza, que él era el heredero, que su hermano es gay y que le caes mal a su madre. Te has enterado de todo eso o bien *a posteriori* o bien por su mejor amigo que te lo ha ido contando cuando él no estaba presente —puntualizó Youki.

—Tal vez trataba de prevenirte sin traicionar a William —añadió Diana—. Te estaba diciendo de alguna manera que huyeras de esa fiesta, pero sin decirlo abiertamente para no enemistarse con Will.

Me quedé en silencio unos segundos. Ferguson siempre se había mostrado simpático conmigo y creo que yo le caía bien de forma sincera. Él también venía de una familia humilde y si estaba al corriente de todo lo que iba a pasar, tal vez esas perlas que me había ido contando sobre la familia de William eran para ponerme sobre aviso.

Me dolía la cabeza de llorar y de tanto pensar posibles escenarios. A mí me gustan las cosas simples, sin preocupaciones, y desde luego no lo estaba consiguiendo.

—¿Has sabido algo de él?

—Cuando os vi en el aeropuerto apagué el móvil. Para mis padres llevo dentro de cuatro días y quiero que lo sigan creyendo y no tengo nada que decirle a William. Ya lidiaré con él mañana si es que se ha dignado a mandarme algún mensaje, tal vez solo le entristezca no haber podido rematar su broma como él quería.

—La que seguro que está contenta es esa tal Fiona, me cae fatal y ni siquiera la conozco —dijo Youki con fiereza.

—Es un mal bicho, sin duda.

—Solo me da pena una cosa, no haberme despedido de Briana, era la única que parecía sincera en ese coro de palmeras de lady Alana, y de Alastair, que

creo que le caí bien siendo yo misma.

—Piensa que no los vas a ver nunca más en tu vida, así que tampoco es tan malo.

—Ya está Diana sacando su faceta práctica.

—Claro que sí, ya has llorado y te has lamentado lo suficiente, ahora vamos a pensar mirando al futuro. Aún te quedan unos días de vacaciones, úsalos para ti, para ir a un *spa* y tirarte al masajista, apuntarte al gimnasio y tirarte al entrenador personal o para dar clases de inglés y...

—Creo que todas hemos entendido tu punto de vista —se apresuró a atajar Laura.

—Pues si lo has entendido espero que lo pongas en práctica, nada de holgazanes como Ramón ni de embaucadores como William. De hecho, si no sabes ni el nombre del siguiente mejor que mejor, con que esté bueno y sepa hacer lo que le toca es suficiente.

—¡Diana, por favor!

—Hablo completamente en serio, ya tendrás tiempo de buscar una relación más adelante, ahora solo te hace falta alguien que te quite el sabor de William de los labios.

Asentí, no me gustaba lo que decía Diana, pero entendía que podía tener razón. Tal vez eso era lo que necesitaba, algo rápido y sin compromiso para hacerme olvidar que durante unos instantes me había imaginado una vida entera al lado de ese hombre.

Capítulo 33

De los cuatro días que me quedaban de vacaciones, pasé el primero poniendo lavadoras y cocinando, el segundo fui al gimnasio y me hice voluntaria en la Liga Contra el Cáncer, el tercero visité a mis padres y pasé el día con ellos y el cuarto quedé de nuevo con las chicas.

Decidí pasar el menor tiempo posible en mi casa y ocuparme en hacer cosas. Os lo digo, chicas, no he tenido nunca la casa más limpia como durante esos días. Aproveché para comer con mis padres y contarles lo bonita que es Escocia. Como mi madre es un poco chapada a la antigua le dije que me iba de viaje *con unos amigos*, una expresión que vale para todo ya que no significa prácticamente nada. En mi conversación aparecían Ferguson, William o Briana de tal manera que era difícil darse cuenta de que en verdad había pasado varios días sola con mi novio. O mi ex, o «el capullo de William» como había empezado a llamarlo Youki.

El domingo, antes de volver al trabajo, quedé con las chicas en un centro comercial, me apetecía salir de mi casa y ver gente, admirar en los escaparates la nueva colección de ropa y soñar con las prendas que me gustaría comprarme la próxima temporada. Ninguna habló de William, es como si nunca hubiera existido, como si su paso por mi vida no hubiera dejado ni tan siquiera una sombra sobre mí. Laura nos habló de los preparativos de su inminente boda, Diana mostró desdén por todo y Youki nos sorprendió diciendo que se había apuntado a clases de bachata.

Llegué a mi casa con los pies doloridos por deambular sobre el lustroso suelo de imitación mármol del centro comercial y una sonrisa pequeña en el alma. Como estaba de buen humor, decidí que era el momento de realizar algo que llevaba retrasando desde que aterricé en Barajas: encender el móvil.

Cuando lo conecté pareció reflexionar durante unos instantes y luego comenzó a pitar como si estuviera poseído. Me entraron decenas de mensajes y el registro de llamadas perdidas era casi interminable. No solo tenía mensajes de William; Ferguson y Edward también me habían escrito. Al principio eran mensajes de sorpresa al no encontrarme en la gran casa familiar, luego pasaron a ser de preocupación, algunos sonaban enfadados y los últimos tenían un tono suplicante. Daba impresión de que la perplejidad de Will era sincera y no entendía por qué me había marchado sin tan siquiera despedirme.

Estuve tentada de devolverle la llamada, de escribirle para pedirle que nos viéramos para que se explique y me diga con su propia voz que todo lo que oí no era de verdad, que era una trata de Fiona para quedarse con él y sacarme de la partida, pero no lo hice. En su lugar volví a apagar el móvil. Con mis padres, las chicas o incluso Carmen podía comunicarme con el teléfono fijo que tenía en casa y no tenía intención de perder el tiempo en redes sociales.

Diana me llamó esa noche después de cenar.

—¿Qué necesitas? —fue todo lo que preguntó cuando descolgué el auricular.

—Nada, estoy bien —mentí.

—Emma, a mí no me vengas con cuentos que nos conocemos desde hace años, sé perfectamente que no puedes estar bien. ¿Has tenido noticias tuyas?

Tardé unos segundos en responder. Miraba el móvil que descansaba sobre la palma de mi mano, pesado como un lingote negro de algún explosivo, devolviéndome mi propia imagen distorsionada desde la pantalla.

—Sí, me ha llamado y escrito como cientos de mensajes, y no solo él, Ferguson y Edward también han tratado de hablar conmigo.

Diana también se quedó callada durante un momento, cuando habló había algo en su voz que no fui capaz de interpretar, era como si ella hubiera sabido más cosas de las que me quería decir.

—No digo que sea inocente, pero a lo mejor deberías haber esperado a tener su versión.

—¿Y hacer el ridículo delante de todos sus amigos? Creo que sus intenciones estaban claras cuando pensaba dejarme ir a una cena de la alta sociedad escocesa ataviada con un vestido de Zara de menos de cuarenta euros.

Diana suspiró al otro lado de la línea.

—Yo soy la primera que si lo tengo que odiar lo odio a muerte, pero tal vez en este caso nos hemos precipitado todas y no conocemos toda la historia.

—¡No me puedo creer que te pongas de su lado!

—No digas eso, Emma, sabes que yo siempre he estado de tu lado en esto y en todo, solo digo que a lo mejor nos han faltado elementos para decidir cómo actuar.

—Diana, no quiero hablar más del tema. Gracias por llamar e interesarte por mí, pero no me apetece seguir hablando de él, de hecho, no me apetece ni que se le vuelva a nombrar en mi presencia. Yo... Yo... —Fui incapaz de seguir, el llanto hizo que me rompiera en dos, grandes lágrimas corrían por mis mejillas y rodaban rostro abajo arrasando con todo lo que encontraban a su paso—. Yo estaba enamorada de él —acabé diciendo de forma entrecortada.

—Lo sé, Emma, se te notaba a la legua.

—¿Entonces por qué no me apoyas?

—Porque creo que él también estaba enamorado de ti.

—Entonces es como en *Cruelles intenciones*, cuando Sebastian acaba enamorándose genuinamente de Annette, cuando lo único que necesitaba era que se acostara con él para ganar la apuesta.

—Me parece muy rebuscado, Emma, creo que la respuesta es algo más

simple.

—Déjalo, Diana, en serio, es que no quiero seguir hablando. Quiero olvidarme de todo, de Escocia, de los escoceses y de sus mierdas de faldas para hombres.

—Sabes que nos vamos con Laura de despedida de soltera a los Juegos de las Highlands, ¿verdad?

—Ni me lo recuerdes, ya cruzaré ese puente cuando llegue, que de momento no quiero ni pensar en ello.

—Está bien, pero recuerda que me tienes para lo que haga falta.

—Lo sé.

Y con un suave «clic» colgó el teléfono dejándome con mi soledad y mis recuerdos.

Capítulo 34

Carmen, que es más lista que el hambre, entendió desde el primer momento que algo había pasado en el viaje y que no iba a querer hablar de ello. Cada vez que alguien del personal se acercaba a mi consulta con el afán de curiosear, ella lo mandaba muy gentilmente a paseo con cualquier excusa que se le ocurriera. Y os voy a decir una cosa, chicas, no sé cómo es que Carmen no tiene un puesto fijo en alguna editorial o en una compañía cinematográfica, porque de verdad que no os podéis ni imaginar el arte que tiene inventándose excusas. No conozco a nadie con tanta imaginación ni con tanta rapidez mental para conseguir no decir nada y evitar cualquier situación incómoda.

El día pasó entre pacientes, radiografías y prescripciones médicas. El Cuervo se acercó a verme y a comprobar que ya estaba completamente recuperada de mi supuesta enfermedad muy contagiosa. Me escrutó de lejos, y estoy casi segura de que al pasar a mi lado me olisqueó como un perro de presa para comprobar que no había efluvios enfermos que salían de mi cuerpo.

Carmen me dio un fuerte abrazo antes de despedirme y me dijo todas las cosas que una madre gallina diría a su polluelo díscolo cuando la vida le da un revés. Casi se me saltaron las lágrimas ante tal muestra de cariño, pero fui capaz finalmente de dejarlas en su sitio.

Iba pensando todavía en Carmen, regodeándome en su abrazo mientras bajaba al sótano, que casi me di de bruces con un pelirrojo de metro noventa que me esperaba escondido al lado de mi coche.

—¿Pero qué cojo...? —la frase murió en el aire antes de que pudiera terminarla. Delante de mí y después de cuatro días sin verlo estaba William.

Igual de alto, igual de pelirrojo, pero mucho más demacrado. Profundas ojeras cercaban sus ojos y me dio la impresión de que hasta los pómulos se le marcaban un poco más que cuando yo lo dejé en la fiesta. Se acercó a mí con intención de abrazarme y yo retrocedí cruzando los brazos delante del pecho en señal defensiva. Su rostro se transfiguró con una mueca de tristeza y de incredulidad.

—Emma, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué no has respondido a mis llamadas? He estado loco de preocupación estos días pensando en ti, casi creí que te había pasado algo y que te había perdido. No sabía dónde encontrarte, no sabía si estabas bien.

—Debe ser raro para ti no conseguir lo que quieres como siempre haces, ¿verdad? —Mi cuerpo sentía su presencia como el polo opuesto de un imán y estaba haciendo grandes esfuerzos por no lanzarme a sus brazos y perderme en ellos.

—No te entiendo... Cuando volví me dijeron que te habías tenido que marchar por una emergencia familiar, pero eso fue hace cinco días y no he sabido nada más de ti desde entonces.

—No quiero volver a verte, William. Lo nuestro no va a funcionar. —Traté de sonar serena y digna, aunque creo que fracasé estrepitosamente.

—¿Por qué?

—Lo sabes perfectamente, no te pongas en ridículo y no me pongas a mí, vuelve con tus amigos y diles que has ganado la apuesta, has humillado a la pobre pueblerina.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Ya me has oído, la apuesta que tenéis desde que erais unos críos mimados, diles que eres el justo ganador y luego déjame en paz.

Hice amago de dirigirme a mi coche, pero me cogió de la mano y me paró en seco.

—No sé qué has podido escuchar, pero no hay ninguna apuesta, Emma, te quiero. Te quiero con toda mi vida, tienes que creerme.

Lo reconozco, estuve tentada de hacerlo, me perdí en sus ojos como había hecho cientos de veces antes y casi cedí dándole lo que me pedía, pero al final negué con la cabeza y al apartar mis ojos de los suyos se rompió el hechizo.

—Déjame, William, por favor.

Se retiró dando un paso atrás despejando el camino hasta mi coche. Se quedó inmóvil y lo vi apoyado contra una columna por el retrovisor mientras yo aceleraba y salía del hospital.

Capítulo 35

¿Conocéis esa canción de Sabina que dice: «Y la vida siguió como siguen las cosas que no tienen mucho sentido»? Es un temazo que se titula *Donde habita el olvido* y que resumía en una sola frase exactamente como me sentía yo. Sentía que me movía como dentro de una piscina que, si bien conoces los movimientos, por mucho que trates de avanzar es imposible hacerlo a la velocidad normal.

Al final Carmen consiguió sonsacarme lo que había ocurrido en Escocia a base de paciencia, cariño y subterfugios varios. Yo hacía mi trabajo como una autómatas y el poco tiempo libre que me quedaba se lo dedicaba a la Liga Contra el Cáncer de la que acababa de hacerme voluntaria. Necesitaba tener la mente ocupada y pensé que ayudar a quienes lo precisaban me vendría bien.

Por eso me sorprendió tanto cuando el viernes me encontré con Diana apoyada en mi coche esperándome a la salida del trabajo. Llevaba un vestido ajustadísimo verde lima con cuello de barco y que se terminaba justo por encima de la rodilla y unos zapatos de tacón negros. A esa hora una buena parte del personal cambiaba de turno y no os podéis ni imaginar la de miradas que se llevó Diana de mis compañeros. Os lo digo en serio, si no fuera una de mis mejores amigas la odiaría profundamente por tener una belleza tan perfecta.

—Vais a tener que dejar de hacer eso.

—¿El qué?

—Dejar de aparecer por sorpresa en el aparcamiento del hospital.

Me miró sonriendo y algo en ella me dijo que no necesitaba que le contara la historia porque ya estaba al corriente de todo.

—Venga, Emma, invítame a cenar.

—¿Yo? ¡Pero si eres tú la que está forrada!

—Cierto —dijo con malicia—. Pues en ese caso te invito a cenar, ¿dónde quieres que vayamos?

—No puedo, tengo que ir de voluntaria a...

—Una venta de pasteles de la Liga Contra el Cáncer, lo sé. He hablado con tu responsable y va a ir Youki en tu lugar con un pastel que ha hecho Laura, que es mejor opción que algo comprado en el supermercado del barrio a última hora que es lo que tú pensabas hacer.

—Pero...

—Pero nada, hoy vamos a cenar juntas porque tenemos mucho de lo que hablar.

Y sin esperar a que yo respondiera, se metió en mi coche y se puso el cinturón. Diana es una mujer maravillosa, pero en ocasiones me da muchísimo miedo porque está acostumbrada a salirse siempre con la suya y a tener razón. Pues bien, esta es una de esas veces en las que yo estaba aterrada. Tenía la sensación de que la noche se iba a terminar malamente para mí. Hicimos el trayecto en silencio hasta un restaurante cualquiera de una calle cualquiera, fue Diana quien lo eligió y yo solo seguí las indicaciones del GPS.

Me llevó a un sitio caro con una decoración moderna y vanguardista donde la *maître* de sala nos recibió con un auricular y nos dio una *tablet* que nos iba guiando por el restaurante hasta nuestra mesa. Yo descubría estos sitios gracias a Diana porque jamás en la vida se me hubiera ocurrido a mí venir a cenar a un lugar como este. A mí me sacas de la tasca del barrio y de los bares del centro y me siento más perdida que un pulpo en un garaje.

Le dejé elegir pues la mitad de los nombres de los platos estaban en francés y ella, haciendo gala de una maestría excepcional, decidió la cena para las dos

así como el vino. Es lo que tiene venir de una familia adinerada, chicas, ella se movía en estos ambientes como pez en el agua mientras yo hacía esfuerzos porque no se me notara lo fuera de lugar que me sentía.

Cuando nos trajeron los entrantes y nos sirvieron el vino, pasó al ataque.

—Deberías darle otra oportunidad a William.

Creo que se me desencajó la mandíbula de lo mucho que tuve que abrir la boca. No me esperaba algo así, bueno, tal vez sí, pero desde luego no que me lo dijera de forma tan directa.

—¿Por qué? —pregunté aunque me arrepentí un segundo después.

—Porque ha sido todo un malentendido, la Fiona esa es una bruja de mucho cuidado y nada de lo que dijo era verdad.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque he hablado con él.

—¿Que has hecho qué? —pregunté casi gritando, y a pesar de que varios comensales se giraron para mirarnos, ella ni se inmutó.

—De hecho, lo he visto en persona, necesitaba mirarlo a los ojos y que me dijera que él no había tenido nada que ver. Y luego hablé con su hermano y también con Ferguson.

—Veo que no has dejado ningún cabo suelto —dije con amargura.

—Ya sabes que no —me respondió con una de sus sonrisas perfectas—. Te quiere, Emma, y se nota a la legua que tú también le quieres a él. No dejes que una envidiosa se meta entre lo que tenéis. Ni siquiera le has dado una oportunidad para explicarse, y sinceramente creo que se lo merece.

¿Os he dicho ya que Diana siempre tiene razón? Es una cualidad suya muy molesta, sobre todo para el resto de sus amigas que nos equivocamos constantemente. Pagó la cena y la llevé a su casa, pero en el trayecto en coche no me pude contener y tuve que preguntarle.

—¿Cómo has dado con William?

Me miró durante unos instantes sin comprender y luego una sonrisa irónica iluminó su rostro.

—¿Qué te hace creer que he sido yo la que ha ido a buscarlo?

La miré sorprendida.

—Es alguien muy tenaz tu hombre. Sé de buena tinta que no le ha resultado fácil llegar hasta mí y sin embargo lo ha conseguido.

Tras lo cual se giró para mirar por la ventana en un claro gesto de «esta conversación ya ha terminado».

Capítulo 36

Dos días después quedé con William, en verdad fue Diana la que lo organizó todo, pues yo no sabía si iba a tener fuerzas para hablar directamente con él. Ella me dijo el sitio y la hora, y no vino a mi casa a elegirme la ropa de puro milagro. Por supuesto a estas alturas Youki y Laura ya estaban al corriente de todo y no paraban de lloverme mensajes con consejos y frases de apoyo. Y *gifs* de mariposas y de princesas de Disney, que imagino que ya habéis adivinado que esos venían de parte de Laura.

Diana había decidido que nos viéramos en los jardines del Palacio Real, no sé si la elección fue casualidad o si lo hizo porque estaba al corriente de que llevé a William ahí la primera vez que quedamos verdaderamente solos. El caso es que nos teníamos que ver por la tarde porque por la mañana yo tenía una actividad con la Liga Contra el Cáncer.

Habíamos puesto un *stand* en la Plaza del Sol y varios voluntarios invitaban a un café a los transeúntes al tiempo que les repartíamos *flyers* y les dábamos consejos sobre prevención. Íbamos con unos chalecos amarillos y se nos veía desde casi cualquier punto de la plaza. Uno de los voluntarios, Héctor, que ya había visto un par de veces, se me acercó.

Era mono, no una tenía una belleza espectacular y salvaje como William, pero tenía algo que no lo hacía desagradable a la vista. Llevaba gafas de montura metálica y una ligera barba de tres días y tenía un pelazo. Sí, chicas, tenía un pelo de esos que se ven en los anuncios de champú, un pelo como el

de David Tennant cuando interpretaba al Doctor, un pelo que te daban ganas de estirar la mano y pasarla por él para sentirlo. De hecho, cada vez que lo veía tenía que hacer grandes esfuerzos para que mi mano no saliera disparada hasta su flequillo.

—Hola, Emma, ¿qué tal vas?

—Bien, creo que el día está siendo bastante bueno.

Nos quedamos en silencio unos segundos, él se miraba las manos y yo paseaba la vista por la plaza abarrotada de gente.

—No sé si te apetece, pero algunos vamos a ir después a tomar algo a un bar. ¿Te apetece venirte?

—Me encantaría, pero es que ya he quedado con un amigo.

—Está bien, no pasa nada.

—Pero podemos quedar otro día, pásame tu número.

No tengo ni idea de por qué dije eso, pero sonrió y se le iluminó la cara cuando lo dije. ¿Creéis en el destino? Yo no mucho, pero estoy empezando a hacerlo porque creo que le dije de quedar otro día porque en el fondo de mi corazón intuía lo que estaba a punto de pasar.

Capítulo 37

Era una tarde preciosa del mes de mayo, los turistas estaban encantados con las buenas temperaturas y los jardines del Palacio Real estaban espectaculares con todas las flores comenzando a abrirse camino. Una ligera brisa refrescaba el ambiente y los últimos rayos del sol se replegaban perezosos hasta su escondite nocturno. En fin, que era un momento casi mágico, debo reconocer que si todo ha sido obra de Diana, la mujer tiene un sentido del *timing* increíble.

Llegué con unos minutos de antelación y vi a William de pie cerca de uno de los parterres, estaba de espaldas a mí y por la forma de gesticular daba la impresión de que estaba hablando con alguien. Podría haber seguido andando hasta él y ver con quién hablaba directamente, pero en vez de eso decidí dar un pequeño rodeo por uno de los macizos de flores para llegar hasta ellos de forma lateral.

Lo que vi hizo que el alma se cayera a los pies. Tonta de mí, yo pensaba que tal vez estuviera hablando con Fer o incluso con su hermano, desde luego no estaba preparada para ver cómo hablaba con una diosa rubia de piernas kilométricas. Ahí estaba Fiona con un vestido rojo que dejaba los hombros al aire y que realzaba su busto y su cuello. Di un par de pasos hacia adelante para enfrentarme a ella, para soltarle todo lo que llevaba dos semanas guardándome, cuando ella se puso de puntillas y besó a William.

Me paré en seco, me quedé petrificada como uno de los enemigos de la

Medusa cuando esta los mira. Cuando se separaron los dos repararon en mí y entonces, y solo entonces, William empujó ligeramente a Fiona para crear espacio entre ellos. Se acercó a mí con pasos vacilantes y con cada uno que él daba yo reculaba otro, no quería que se acercara a mí, no quería volver a verlo en mi vida. Y entonces dijo lo único que no debía decir.

—Emma, no es lo que parece.

Por segunda vez en menos de seis meses, mi novio, después de ser pillado in fraganti con otra, me suelta la misma frase. ¿Hay una academia de novios mentirosos donde te enseñan ese tipo de cosas? Si con Ramón me dio un ataque de risa por lo surrealista de la situación aquí solo me sentía dolida y enfadada. Me paré y esperé a que Will terminara de recorrer la distancia que nos separaba, y cuando lo tuve delante no me amedrenté por su altura ni por su constitución. Creo que eso le sorprendió, el que yo plantara los pies y no me moviera, tal vez pensaba seguirme hasta mi casa o tomar el metro conmigo, lo que no se esperaba es que yo le plantara cara.

—Emma, créeme, no es lo que parece.

—Eso ya lo has dicho.

—Te estaba esperando a ti y entonces...

—Entonces una mujer preciosa que tu madre aprueba se tropezó y justo sus labios cayeron sobre los tuyos y a pesar de que tú no querías la acabaste besando, ¿es así? Pues menuda suerte de que haya sido ella precisamente la que se ha caído y no esa señora de ahí —dije señalando a una extranjera de unos ochenta años que se movía gracias a un andador.

—No, no ha sido así...

—No quiero saberlo, de verdad. Déjame en paz, olvídate de mí y olvídate de mis amigas. No vuelvas a hablar nunca con ellas, ¿entendido?

—Pero, Emma, yo te qui...

—¡Ni se te ocurra decirlo! —Estábamos montando un pequeño espectáculo en mitad de la calle, pero me daba igual—. Si te vuelvo a ver, si vuelvo a saber algo de ti te juro que me planto en la primera comisaria de policía que

encuentre y te denuncio por acoso, ¿lo estoy diciendo lo suficientemente claro? Vuelve a tu mierda de país, con tu mierda de lluvia y los esnobs de tus amigos, que nosotros ya hemos terminado.

Me di la vuelta sin esperarme a saber su reacción. Un par de jóvenes que habían seguido nuestra bronca me aplaudieron y vitorearon cuando pasé a su lado. Por extraño que parezca, eso no me hizo sentirme mejor.

Iba a meterme en el metro para llegar a mi casa y ponerme a llorar, cuando recordé que tenía el número de Héctor. Cuando lo llamé me dijo que al final los demás se habían rajado, pero que él no estaba lejos por si me apetecía tomar una cerveza. No necesité meditarlo mucho y dije que sí, la mejor forma de olvidar a William sería con alguien que no se parecía en nada a él.

Quedamos en un bar del centro y reconozco que fui muy poco sutil, le lancé indirectas, le hice caídas de ojos y hasta me desabroché un botón de más de mi blusa para que el sujetador no quedara oculto. Yo no sé si él sabía que yo hacía todo eso por despecho o si pensaba que me gustaba de verdad, el caso es que cuando terminamos la cerveza, él propuso ir a tomarnos la última a su casa.

—Claro, ¿por qué no? —dije mientras me encogía de hombros.

Fue rápido, sin cariño, como un formulario de la administración que hay que rellenar para poder conseguir un certificado. Acabamos sudorosos los dos sobre el sofá de Skay de su piso. Un piso tan anodino como él y como el sexo que acabábamos de tener. No me siento orgullosa de aquella tarde, creo que él se merecía algo más que lo que yo fui capaz de darle, pero él era justo lo que yo necesitaba. Otros labios, otros brazos, otro cuerpo que me hiciera olvidar al que me persigue en mis sueños cada vez que cierro los ojos.

Esperé diez minutos antes de ponerme en pie y vestirme. Él me propuso quedarme a cenar, pero yo sabía que eso solo lo empeoraría todo mucho más. Me despedí de Héctor con un beso en la mejilla y sentí cómo su mirada de perplejidad me taladraba la espalda mientras yo salía de su apartamento.

Una vez en el rellano, me senté en el suelo y me puse a llorar. Lloré tanto

que pensé que iba a inundar todo el edificio y que tendrían que venir los bomberos con las bombas para achicar agua. Al cabo de unos minutos, me puse en pie y me fui a mi casa. No os miento si os digo que ese fue el día más triste de mi vida, porque no solo perdí al que yo pensaba que era el hombre de mi vida, sino que en el camino me perdí a mí misma también.

Capítulo 38

Diana estaba furiosa. Dicho así es posible que no os diga nada, pero imaginaos por un momento a una valquiria, un dragón de Komodo y a John McEnroe cuando le daba por romper raquetas, todo en uno. Iba y venía por el salón del apartamento de Laura como un león de circo que espera que algún despistado abra la jaula para saltar sobre él.

—Lo miré a los ojos... Lo miré y le creí cuando me dijo que venía a recuperarte.

Yo estaba en el sofá callada mientras el coro de voces de mis amigas sonaba a mi alrededor. Si cuando llegué de Escocia estaba defraudada y muy, muy enfadada, ahora había entrado en una especie de letargo del que me estaba costando salir. Héctor me había llamado varias veces después de la tarde que habíamos pasado juntos, pero yo ignoré convenientemente sus mensajes. No quería verlo, no quería tener que darle explicaciones. Oía las voces de mis amigas, pero era incapaz de participar en la conversación, algo muy dentro de mí se había hecho añicos. Algo que yo ni siquiera sabía que tenía.

—A lo mejor ha sido todo un malentendido —terció Laura con voz débil y se ganó una mirada de reproche de Youki y de Diana.

—¿Pero tú te crees lo que estás diciendo o solo lo dices para ser la abogada del diablo?

—Yo solo quiero que Emma sea feliz, y a mí el William ese me gustaba mucho, y a ella se la veía muy bien con él; y sinceramente, me cuesta mucho

trabajo creer que él haya podido portarse tan mal.

—¡Pero si es justo lo que dijo Fiona! —dijo Youki casi gritando—. Ella misma reconoció que los niños pijos de su escuela hacen apuestas para humillar a los que no son de su clase social; y como William no pudo hacerlo en el cumpleaños de su madre, al final vino hasta Madrid para completar su broma.

—Como plan es muy retorcido, ¿no creéis?

—No.

Era la primera vez que abría la boca en toda la noche y mis tres amigas se me quedaron mirando. Tenía los ojos hinchados de haberme pasado horas llorando y el pelo revuelto. No llevaba maquillaje y había ido a trabajar con un chándal. Sí, como lo estáis oyendo, con un chándal, Adidas para más señas, la doctora Esparza se había plantado en su trabajo. Menos mal que en cuanto entré por la puerta, Carmen me lanzó un pijama y una bata para que me vistiera con algo decente. Lo malo es que salí del trabajo y fui directamente a casa de Laura, y ese era el patético aspecto que arrastraba aquel día.

—Los he visto, Laura, he visto dónde viven, cómo se comportan y hasta he viajado en uno de sus aviones privados. A William, al igual que a su padre, le gusta cazar, pero supongo que se cansó de ir detrás de ciervos en los bosques y subió la apuesta. ¿Qué puede hacer para divertirse alguien que tiene literalmente todo? Pues acechar y cazar algo más inteligente y escurridizo que un ciervo, y en este caso fui yo.

Diana se puso a mi lado y colocó su mano en mi hombro. No lo pude evitar y apoyé mi mejilla en el dorso de su mano para sentir su contacto. Entendía por qué estaba tan cabreada, no era solo con William, era sobre todo con ella misma. Una mujer que siempre tiene razón de repente ha cometido un error crítico y no le ha afectado a ella directamente, sino que ha acabado arrollando con la vida de otra persona.

—¿Ha tratado de ponerse en contacto contigo, Diana? —preguntó Youki.

Diana bufó en señal de desagrado.

—Al menos un millón de veces, pero mi secretaria le ha dicho que no llame más o nos veremos obligados a tener que hacer un reporte a seguridad. Parece que se ha calmado pues, desde esta mañana, no ha vuelto a intentar ponerse en contacto conmigo.

—¿Y eso no significa que se arrepiente de lo que pasó?

—¡No seas ingenua, Laura! Que ese tío ha viajado desde otro país para besarse con una rubia en frente de Emma cuando ella iba pensando que iban a volver juntos.

—Sí, pero...

—Pero nada, por favor. Deja de tratar de ver el lado rosa de la vida en todo momento, hay ocasiones en las que la vida es negra como la brea y esta es una de esas.

—Pero es que me resisto a creer que todo esto haya ocurrido.

—Pues lo ha hecho —dije sin poder reprimirme—. Yo iba dispuesta a disculparme, ¿te lo puedes creer? A decirle que sentía haberme ido sin avisar y haber pasado cuatro días con el móvil apagado. Iba con el corazón en la mano a decirle que lo quería, que quería pasar hasta el último día de mi vida con él y que esperaba que pudiera perdonarme por salir corriendo sin despedirme. Y cuando llego lo veo con Fiona, hablando tranquilamente y luego besándola. Y entonces me sentí como una estúpida por haberle creído en un primer momento, pero me sentí aún peor al pensar que yo iba dispuesta a abrirle mi alma y entregarme a él mientras que él solo quería ganar una estúpida apuesta y apuntarse un tanto.

Nos quedamos en silencio. Las lágrimas habían vuelto a correr sin control por mis mejillas y yo tenía la voz entrecortada al hablar.

—Necesitamos más vino —dijo Youki levantándose de un salto y descorchando otra botella de burdeos que había traído.

—Nunca te he visto tan mal, Emma —dijo Laura casi disculpándose.

—Eso es porque nunca he estado tan mal. Nunca me habían herido de esta manera. He pasado cinco años al lado de Ramón y cuando lo pillé con otra no

me dolió tanto como esto, y mira que han sido solo unas pocas semanas, pero yo creía en esta relación. Sinceramente veía mi futuro con él y ahora solo puedo pensar en que haya un terremoto y toda Escocia se hunda en el mar.

—¡No digas eso, mujer! Que hay muchos inocentes en ese país, y además, a mí me sigue encantando a pesar de todo lo que ha pasado.

—Lo sé, Laura, ya sabes que cuando me cabreo se me calienta la boca y digo muchas tonterías. Ya sé que si no existiera Escocia no tendríamos a Sean Connery, a Ewan McGregor o David Tennant.

—El Doctor...

—Chicas, tengo una idea, ¿qué os parece si nos vemos unos cuantos episodios de *Doctor Who*? Al menos tendremos a un escocés guapo, inteligente y bastante más leal que el tuyo.

—Brindo por eso, Youki —dije alzando mi copa que se había rellenado sola mágicamente.

Y en aquel sofá, en aquel preciso instante en el que Youki trasteaba con el ordenador de Laura tratando de buscar algún capítulo en el que David Tennant nos deleitara siendo el Décimo Doctor, supe que mi vida estaba punto de tomar un nuevo rumbo.

Capítulo 39

Hay unas cuantas semanas en mi vida de las que no tengo demasiada constancia, pues se asemejaban tanto las unas a las otras que llegó un momento en el que fui incapaz de distinguirlas entre sí. Me presenté voluntaria para hacer horas extras y cada vez que un compañero necesitaba cambiar un turno, ahí estaba yo para hacerlo. Al final pasaba más horas en el hospital que en mi propia casa. Que sí, que yo sé perfectamente que eso no solucionaba mis problemas, que solo los posponía, pero mirad, chicas, yo no estaba preparada todavía para enfrentarme a mi vida como una adulta madura, así que me escondía como una cría.

Veía a Héctor de vez en cuando, creo que él pensaba que lo nuestro podría llegar a algún sitio, pero yo tenía bastante claro que él era solo un «quitatelarañas», además de que tampoco contaba con demasiado tiempo que dedicarle dado que pasaba mi vida en la planta de Traumatología. Eso tenía una cosa buena, y es que el Cuervo comenzó a mirarme con buenos ojos. No digo que me sonriera ni nada por el estilo, pero al menos no torcía el morro con cara de asco cada vez que se cruzaba conmigo en el hospital.

Carmen, por supuesto, mostraba su preocupación a diario. Y cada vez que veía que yo había añadido mi nombre a la lista de médicos de guardia daba un gran suspiro y ponía los ojos en blanco, pero al menos tenía la consideración de no decirme nada. Sé que se tenía que estar mordiendo la lengua por dentro y que seguramente había ideado varios planes, a cual más disparatado, para

tratar de sacarme de ese círculo de casa-trabajo en el que yo sola me había instalado.

Youki y Diana se estaban afanando en preparar la despedida de soltera de Laura ellas solas. Creo recordar que os dije que nos íbamos a ir a Escocia unos días a visitar las Tierras Altas y a ser espectadoras de unos *Highland Games*. Podéis imaginaros que yo no tenía ninguna gana de volver a aquel país y mucho menos a las Highland, así que, como buena cobarde que soy, me desentendí completamente de todo. Estaba valorando muy seriamente fingir algún tipo de enfermedad para no tener que coger el avión hasta Edimburgo, pero cada vez que la idea me pasaba por la cabeza, Diana me lanzaba una de sus mortíferas miradas y yo acababa admitiendo que era una mala idea.

Por algún extraño motivo que yo no soy capaz de comprender, Youki estaba más alegre que de costumbre. Me miraba y sonreía y luego seguía haciendo lo que estuviera haciendo sin explicarme a qué venía eso. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero luego comenzó a volverse algo que ocurría bastante a menudo. Pero no solo eso, Laura hacía exactamente lo mismo y yo no dejaba de preguntarme si estarían tramando algo, tipo cita a ciegas con algún amigo de ellas o algo así.

Solo Diana seguía siendo... Pues eso, Diana. Fría como un carámbano, racional, segura de sí misma y la portavoz indiscutible de nuestro pequeño grupo. Les lanzaba agrias miradas de reproche a Youki y a Laura cada vez que las veía sonreír tontamente cuando me miraban y era la única que actuaba con normalidad. A veces se agradece que tus amigas sigan siendo las mismas a pesar de que las circunstancias cambien continuamente.

Pensaba en todas esas cosas, perdida en mí misma, mientras esperaba a que alguien decidiera pasarse por la caseta que la Liga Contra el Cáncer había montado durante la Feria de Asociaciones de Vicálvaro. Teníamos panfletos, *posters* y un montón de voluntarios bien entrenados dispuestos a informar a cualquiera que nos lo pidiera. Estábamos en pleno mes de junio y el sol caía inmisericorde sobre las pequeñas casetas prefabricadas que nos había

montado el ayuntamiento.

—Qué calor hace, ¿verdad? —Héctor me miraba desde detrás de sus gafas mientras una gota de sudor le resbalaba por la sien derecha.

—Sí, entra conmigo que al menos no estarás al sol.

Entró y cogió una de las botellas de agua y se la terminó en dos tragos.

—Emma, he pensado que este fin de semana podríamos hacer algo juntos. Tengo un amigo que tiene una casa en el pantano de San Rafael y vamos a ir unos cuantos de la pandilla. Tal vez te apetezca venir a pasar el día. Haremos barbacoa, nos bañaremos en el pantano y luego podemos dar una vuelta en su barco.

Me miraba con ojos suplicantes, como esos cachorritos que están tras el cristal de una pajarería en los centros comerciales y que solo quieren que alguien los adopte. Tal vez fuera el calor, tal vez el llevar todo el día encerrada en esa caseta desvencijada hablando sobre el cáncer de colon y el de mama, pero lo cierto es que dije que sí.

—Perfecto, pasaré a recogerte a las nueve y media, que tenemos un buen rato de carretera y así aprovechamos mejor el día.

Capítulo 40

Por algún motivo que no sé bien explicar, fui incapaz de decirle a las chicas que me iba al pantano con Héctor. Me daba la impresión de que me iban a tratar de detener o que la idea no les iba a parecer bien. A las nueve y media en punto llamó a mi puerta un Héctor como yo no lo había visto hasta entonces: bermudas vaqueras, camiseta de Billabong, deportivas de color naranja y una gorra azul marino. Vale, lo admito, estaba guapo con esa pinta. Sus ojos quedaban un poco ocultos por el flequillo que le caía rebelde sobre las gafas.

—¿Estás lista?

—Por supuesto —le dije al tiempo que le tendía un capazo con toalla, gafas de sol, crema protectora y varias revistas, para que me lo sujetara mientras yo cerraba la puerta con llave.

El camino hasta el pantano fue bastante animado, si bien es verdad que Héctor y yo nos conocíamos bastante bien en el sentido carnal de la palabra, no habíamos tenido muchas ocasiones de hablar normalmente. Así que aprovechamos esos kilómetros para contarnos cosas que a estas alturas ya deberíamos saber. Me sorprendió que además de ser médico y voluntario, Héctor también escribiera cuentos infantiles y que tuviera varios publicados. Trabajaba como oncólogo en un hospital de Madrid y algunas de las historias que me contó sobre sus pacientes me hicieron llorar a lágrima viva. Lo contrario que las mías, que en un buen número de ocasiones sucedían por accidentes aparatosos pero muy divertidos.

El trayecto se me pasó en un suspiro y casi que lamenté que la carretera se terminara cuando por fin aparcó el coche delante de la casa de su amigo. Me dio por pensar que este chico debía conocer a Diana porque ella también tenía una casa de veraneo parecida, de esas de estilo provenzal, con un gran jardín y con piscina que solo se usa quince días al año, pero eso es lo que mola de tener dinero, que te puedes permitir una piscina a menos de cien metros de un pantano.

Cuando llegamos ya había varios amigos que habían comenzado a instalarse en las tumbonas alrededor de la piscina y la música pop con canciones del verano sonaba por los altavoces del porche. Héctor me cogió de la mano y me presentó a todos sus amigos, me iba llevando de grupo en grupo y mostrándome como si fuera algún tipo de obra de arte sacada de un museo. En un par de ocasiones pasó su mano alrededor de mi cintura y tras el sobresalto inicial, porque no me lo esperaba, después sentí una sensación bastante agradable.

Sus amigos eran una mezcla bastante variopinta de gente, pero todos fueron extremadamente amables conmigo y me sentí en seguida integrada entre ellos. Una de las chicas alabó mi biquini y otra me hizo gestos con la mano para que me uniera a su grupo al borde la piscina.

—Soy Tamara —me dijo dándome dos besos una chica morena y pecosa de grandes ojos marrones.

—Hola, soy Emma.

—¡Ah! Tú eres la compañera de Héctor en la Liga Contra el Cáncer, ¿verdad?

—Sí, justo esa —dije tratando de sonreír.

—Yo lo conozco porque con mi novio, ese que está ahí —dijo señalando a un chaval que estaba dando vueltas en la piscina dentro de un flotador con forma de piña—, son superbuenos amigos, se conocen desde el colegio. Nos vemos bastante a menudo, tal vez ahora podamos salir de vez en cuando los cuatro.

Me pilló completamente desprevenida, ¿ella pensaba que Héctor y yo estábamos juntos? Y si ella lo pensaba, ¿había más gente que lo hacía también? A ver, que el chico es mono, y médico, y en la cama no está mal, y cada vez que lo he visto me ha tratado como una reina, pero... Y en ese momento me di cuenta de que la única que estaba buscando «peros» era yo. Que objetivamente Héctor tenía muchas papeletas para ser mi novio y que la cosa durase. Está bien, no sentí un arrebató de calor como cada vez que estaba cerca de William, pero por lo poco que lo conocía no parecía que fuera a hacerme daño.

Y ahí tuve una epifanía, no había ángeles tocando trompetas ni se abrieron los cielos, pero me di cuenta de que podría ser feliz con Héctor. O al menos, no iba a ser infeliz. En el preciso instante en el que entendí eso se presentó ante mí de una forma completamente nueva. Me parecía más guapo, más moreno y su trabajo más interesante. No digo que estuviera enamorada, porque evidentemente no lo estaba, pero tal vez era cuestión de tiempo para que el amor llegase. Ya sabéis que dicen que «el roce hace el cariño», tal vez eso es lo que necesitaba.

Cuando se giró hacia donde yo estaba, le hice un gesto con la mano para que me acompañara en mi tumbona. En pocos pasos recorrió la distancia y se sentó a mi lado.

—Oye, qué majos son tus amigos, Tamara me ha caído estupendamente.

—¿A que sí? Es la novia de Íñigo, se puede decir que es mi mejor amigo, lo conozco de toda la vida. Es un tío de puta madre.

—No me cabe duda. Oye, he pensado que un día de estos podríamos quedar los cuatro para ir a cenar o algo por el estilo.

No os podéis imaginar la sonrisa que le llenó la cara. En serio, era la típica que pone un niño cuando los Reyes le han traído justo lo que ha pedido por Navidad. Supongo que fue porque esa sonrisa me desarmó, o por los dos mojitos que ya me había tomado, el caso es que lo besé. Primero se sorprendió un poco, pero luego continuó mi beso encantado. Cuando se separó apretó su

frente contra la mía en un gesto que me llenó de ternura.

—¿Quién se viene al barco? —gritó una voz desde la puerta del jardín.

Sentí como Héctor tenía que hacer un esfuerzo para separarse de mí al tiempo que me daba la mano para ayudarme a levantarme.

—Ven, te va a encantar.

Y tenía razón, me encantó. Tomar el sol en la cubierta con las otras chicas al tiempo que cotilleábamos mientras navegábamos por el pantano fue una experiencia increíble.

Las amigas de Héctor eran encantadoras y los amigos también. Posé para cualquiera que tuviera un móvil, y mira que yo no soy mucho de hacerme fotos, pero es que me lo estaba pasando tan bien que hasta se me olvidó mi aversión a las instantáneas. Y ese fue un gran error, un terrible y espantoso error por mi parte. Pero lo pagaría al día siguiente, por el momento estaba pasando un día inolvidable.

Cuando volvimos a la casa, me sentía mucho más cómoda con Héctor y no me importó cogerlo de la mano. A él se le veía brillar de emoción, y yo me encontraba segura, que es más de lo que había tenido en los últimos meses. Nos estábamos comportando como dos tortolitos, no podíamos quitarnos los ojos (ni las manos) de encima y yo aprovechaba cualquier excusa para besarlo. Sus labios eran suaves, y me hacían sentir protegida.

Me llevó a mi casa y estuvimos un rato hablando en el portal, nunca antes lo había invitado a entrar, pero esa noche decidí que era el momento. Me siguió de la mano hasta el ascensor, y en cuanto las puertas se cerraron detrás de nosotros, nos comimos a besos sin esperar a llegar a mi casa. Fue el broche perfecto para un día perfecto.

Capítulo 41

El sonido de las trompetas del infierno que se citan en el Apocalipsis debe ser algo parecido al estruendo que se estaba formando en mi puerta a las ocho de la mañana. Alguien estaba golpeándola como si el edificio estuviera ardiendo y me tocara escapar a toda prisa. Héctor se removió desnudo a mi lado e hizo amago de levantarse para ver qué pasaba, pero lo frené con la mano. Me puse una camiseta de Metallica y unos *shorts* y fui a ver qué era eso tan urgente.

Debería haberlo supuesto, unos golpes con esa determinación y a horas tan tempranas solo podían provenir de dos personas: Thor o Diana. Y como Chris Hemsworth estaba ocupándose de detener el Ragnarok, solo nos quedaba una respuesta posible. Allí estaba ella, como una diosa de la mitología escandinava: rubia, alta, maquillada y enfadada. Muy, muy enfadada. A su lado yo debía tener un aspecto tan horrible que no merece la pena ni comentarlo. Pero bueno, lo haré porque sé que estos detallitos en los que me pongo en ridículo son los que realmente os gustan. Camiseta de esas de dormir que están tan gastadas que son casi transparentes, *shorts* vaqueros que tenían un pase, sin maquillar, sin peinar, sin el antiojeras y sin un café. De esta guisa recibí yo a Diana.

—¿Se puede saber en qué mierdas estás pensando?

—Buenos días, Diana, pasa —lo dije irónicamente pues ella estaba ya en el salón con los brazos en jarras.

—Te he hecho una pregunta, Emma.

—Perdona que no te responda, pero es que no sé exactamente a lo que te refieres. Además de que he tenido una noche un poco movida y es tempranísimo.

—Con Héctor, ¿verdad?

—Sí, y baja la voz porque sigue en mi cuarto.

—Hablaré con el tono que me dé la gana. ¿Se puede saber qué es esa especie de fiesta en la piscina que tuviste ayer?

Me desperté de golpe. Siempre he pensado que Diana debía tener un investigador privado en nómina, porque eso es algo muy de ricos, pero no me imaginé que lo utilizara conmigo. ¿Había enviado a alguien a seguirme? ¿Era algo habitual en ella o solo lo había hecho esta vez?

—¿Cómo lo sabes?

—Por las fotos de Facebook, so tonta. Hay como cuatrocientas y en todas sales con el Héctor ese sobándote. ¿Se puede saber qué te pasa?

La miré sin comprender, creo que oí los engranajes de mi cerebro moviéndose limpiando los rastros de sueño para poder contestarle.

—¡Pero si fuiste precisamente tú quien me dijo que me tirara a cualquier desconocido!

—Héctor no es un desconocido.

—¿Y eso qué más da?

—Mucho, Emma, mucho. ¿Es que no eres capaz de verlo?

—Pues te voy a ser sincera, no, no soy capaz de entender por qué estás en mi casa a las ocho de la mañana echándome la bronca por algo que tú misma me dijiste que hiciera. Además, ¿qué más te da? Se supone que eres mi amiga y que quieres que sea feliz, ¿tan solitaria es tu vida que te molesta verme de nuevo ilusionada?

Me arrepentí nada más decirlo. Iba a excusarme poniéndome de rodillas si hacía falta, pero ella dio un paso hacia mí y me abrazó. Sentí el olor a champú de su pelo y me perdí en los recuerdos de tantos buenos momentos juntas.

Cuando al fin se separó de mí se fue directa a poner en marcha la cafetera. Traté de echarle una mano, pero me hizo un gesto con la cabeza para que me sentara en la mesa y la dejara hacer tranquilamente. Cuando se sentó a mi lado al cabo de unos minutos, llevaba dos humeantes tazas de café y algunas galletas que había sacado de un armario.

—Emma, tu felicidad lleva siendo una de mis prioridades desde que tenemos dieciséis años, eso quiero que lo entiendas. Nada de lo que hago es con el fin de hacerte daño, al contrario, es para protegerte y procurar que tu vida sea lo más feliz posible. Sé que no soy la persona más fácil de soportar, que a veces puedo parecer una dominatrix, pero todo lo que hago es por un motivo.

Asentí en silencio, cuando Diana se pone a hablar nunca sé si debo decir algo o dejarla monologar durante un buen rato, es el efecto «jefaza», sus empleados tienen que estar igual de asustados como yo.

—Por eso estoy aquí —dejó la taza a un lado y estiró la mano para coger la mía—. No te involucres con Héctor, no es para ti.

—Pero tú me dij...

—Yo te dije que tuvieras una noche loca, no una relación con alguien a quien no quieres. Porque tú puedes mentirte lo que te dé la gana, pero no le mientas a él. Ese chaval no quiere un polvo de una noche, quiere una novia, y seguramente una esposa y una madre para sus hijos. ¿Eres tú esa persona?

La miré, primero confusa, y luego asentí de nuevo en silencio. Tenía razón, otra vez tenía razón. Esta costumbre suya es cada vez más insoportable.

—No, no lo soy.

—Pues entonces no le hagas más daño. Necesitas tu tiempo de duelo para terminar de echar de menos a William. Eso no quita que no te puedas pegar un festival de vez en cuando, pero no te involucres demasiado si no estás dispuesta a comprometerte de verdad.

Un ruido a mi espalda nos sobresaltó a las dos haciendo que nos giráramos al unísono. De pie, vestido con la camiseta y los pantalones del día anterior,

estaba Héctor, con el pelo revuelto y las gafas torcidas.

—No quería molestaros, pero es difícil volver a dormir después de que alguien tratara de echar la puerta abajo a golpes —esbozó una tímida sonrisa y aunque yo le respondí, Diana permaneció imperturbable—. No he podido evitar escuchar lo que estabais diciendo.

Él se sonrojó, yo me quedé pálida y Diana... Pues ya os lo podéis imaginar, no se le movió ni un pelo.

—Emma, me gustas muchísimo, y si te he presentado a mis amigos es porque quiero que formes parte de mi vida a todos los niveles. No me interesa solo pasar la noche contigo, yo quiero... Bueno, tal vez sea un poco pronto para decirlo, pero yo quiero pasar mi vida con alguien, y si esa persona no vas a ser tú, prefiero saberlo ya.

—No puedo ser yo. Eres estupendo, de verdad, pero yo no soy lo que necesitas.

Sus ojos se apagaron y su boca se curvó hacia abajo en un gesto de tristeza, pero no me hizo ningún reproche. Se dio media vuelta, se puso sus deportivas en silencio y desde la puerta se despidió de mí con un gesto de la mano y una tímida sonrisa. Jamás en mi vida me he sentido más mierda de persona como aquella mañana, os lo juro por lo más sagrado. No sé si le rompí el corazón o si en el fondo él ya se había dado cuenta de que lo nuestro no tenía futuro, pero la realidad es que creo que no se merecía lo que le hice. Le di esperanza y le permití imaginar un futuro conmigo, y justo después de conocer a sus amigos y de quedar con varios de ellos para vernos después, lo dejé. O me dejó él a mí, no lo tengo muy claro todavía.

Diana se levantó y me dio un abrazo que necesitaba más que el café que se me había quedado frío y me puse a llorar. Tanto por Héctor y lo mal que me había portado con él como por mí misma, en el proceso de olvidar a William me estaba olvidando de quién era yo en verdad. Hace unos meses jamás se me hubiera ocurrido portarme así de mal con un chico tan bueno como Héctor, así que algo en mí estaba fallando. Decidí tomarme tiempo para mí, para pensar,

para recapacitar, para encontrar respuestas y para aceptar que el hombre de mi vida había preferido a una rubia estirada antes que a mí y que nada iba a poder cambiar eso.

Diana se marchó un rato después, apenas hablamos en el tiempo en el que se quedó en casa. No hacía falta que me dijera nada, ya había hecho por mí lo necesario, volver a meterme en el camino correcto, aunque fuera despertándome temprano y dejándome llorosa y sola.

Diana es una mujer llena de sorpresas, y todavía le quedaban unas cuantas escondidas bajo la manga.

Capítulo 42

Durante el mes que siguió a la irrupción de Diana en mi casa no pasó nada reseñable. Suena tristísimo pero es verdad, el verano había entrado ya, y para evitar los calores achicharrantes de esos días, yo repartía mi tiempo entre el hospital y la Liga Contra el Cáncer. Me puse al día con Netflix y me terminé un montón de novelas, incluso decidí ponerme delante del ordenador para escribir algo por mí misma, pero nada, estoy muy lejos de ser la próxima Raquel Mingo o Chris de Wit. Así que al cabo de diez o doce páginas abandoné mi corta aventura literaria.

La primera vez que vi a Héctor después de aquella mañana fue un corte total, yo no sabía dónde meterme y a él le pasaba tres cuartos de lo mismo, pero aquella tarde nuestra responsable decidió ponernos a trabajar juntos. No sé si lo hizo porque sabía que era necesario o fue pura casualidad, pero lo cierto es que ahí nos encontramos los dos, ordenando folletos y chapas para la próxima acción que teníamos prevista. Tras varios minutos de incómodo silencio en el que nos rehuíamos hasta la mirada, nos vimos obligados a hablar pues la situación estaba siendo insostenible (y porque él tenía el celo y yo lo necesitaba).

—¿Me pasas el celo? —dije en un murmullo tras carraspear media docena de veces.

—¿Qué has dicho? —respondió casi tan bajo como yo.

—Que si me puedes pasar el celo, por favor.

—Claro, aquí lo tienes.

Nos miramos en silencio mientras yo recogía el celo de su mano. ¿Sabéis eso que dicen que el silencio se puede cortar con un cuchillo? Pues en este caso hubiera hecho falta un hacha de carnicero porque estaba espesísimo a nuestro alrededor. Cerré la caja que acababa de terminar y me quedé contemplando el vacío tratando de buscar algo que decir, lo que fuera, estaba incluso dispuesta a comentar el calor que hacía esos días en Madrid con tal de que ese incómodo silencio desapareciese.

—Emma —dijo sacándome de mi ensimismamiento—, quiero que sepas que no te guardo rencor, simplemente estábamos en momentos diferentes de nuestras vidas.

—Yo... Quiero que sepas que no quise hacerte daño, en verdad me gusta mucho pasar tiempo contigo, eres un tipo extraordinario, pero... Pero no estoy enamorada de ti y creo que te mereces estar con alguien que sí lo esté.

Sonrió, o eso me pareció.

—Tal vez podamos seguir siendo amigos. No digo que me cuentes cosas íntimas ni nada, para eso ya está la loca que vino a despertarnos el otro día —sonreímos los dos, la verdad es que era una escena bastante cómica—, pero podríamos quedar de vez en cuando para un café o un cine. Sin compromisos.

—Me parece una idea estupenda, porque de verdad que me gusta mucho pasar tiempo contigo.

—Además de que Tamara e Íñigo quieren que vayamos un día a cenar con ellos. Podemos hacerlo como amigos, bueno, si tú estás de acuerdo, y ya sabes... No te parece mal ni nada por el estilo, que yo tampoco quiero agobiarte.

Rompí a reír sin poder evitarlo.

—Veo que eres como yo y cuando estás nervioso hablas más de la cuenta.

—Mira que trato de controlarlo, pero es que es imposible, me sale un torrente de palabras incontenible y al final acabo diciendo cualquier estupidez sin venir a cuento.

—¡A mí me pasa lo mismo!

Y así, queridas mías, es como volvimos al camino de la amistad Héctor y yo, riéndonos de nosotros mismos y de lo mal que se nos daba actuar bajo presión. Sabiendo que los dos somos médicos, lo mismo no es muy buen síntoma esa falta de concentración cuando las circunstancias nos son adversas. El caso es que yo busqué en mi móvil mi *playlist* con música de los años noventa y eso nos permitió trabajar en mejores condiciones. Y es que nada une más a dos personas que cantar *Baby One More Time* mientras reordenan chapas y folletos.

Aquella tarde empezó de forma desastrosa y acabó de una manera maravillosa, con un amigo al que todavía conservo y con quien siempre he podido contar. Me alegro que Diana me hubiera abierto los ojos tanto literalmente (por la hora que era) como de forma figurada (por enseñarme a mirar dentro de mi corazón).

Y creo que eso fue lo más relevante que ocurrió durante aquellas semanas. De verdad que me encantaría contaros un montón de cosas divertidas, anécdotas de esas que hacen que te partas de risa e historias inolvidables, pero es que nada de eso sucedió.

Pasaba mis días entre el trabajo y el voluntariado. De vez en cuando me iba a la piscina municipal del barrio a refrescarme o, si tenía suerte, quedaba con las chicas en la casa de los padres de Diana. Ya os dije que tienen un chaletazo de esos con piscina y jardinero y teníamos que aprovechar.

Como ella no se había vuelto a presentar a las tantas en mi casa aporreando la puerta, supuse que estaba haciendo las cosas bien y que por eso me dejaba en paz. Mi corazón seguía curándose, por mucho que yo lo evitara veía a William en todo lo que hacía. En cada tienda, en cada esquina, en cada persona veía algo que me recordaba a él. Ni siquiera fui capaz de pasar una noche con otro hombre, me di cuenta de que el sexo, por muy divertido que pudiera ser en el momento, no es lo que yo necesitaba para curar la herida que él había creado en mi interior.

Decidí que mi corazón necesitaba tiempo para volver a recomponerse, como dos huesos que se han roto y que hay que escayolar. No sirve de nada tratar de meterle prisa, el cuerpo sabe lo que necesita y va a utilizar el tiempo que crea conveniente para volver a restaurar el hueso.

Laura estaba cada vez más histérica con la proximidad de la boda, y Youki nos daba la impresión de que estaba viendo a alguien, pero no teníamos ninguna certeza y ella no soltaba prenda. Diana tramaba algo, lo podía sentir en cada fibra del cuerpo aunque no tuviera nada concreto. Se le notaba, la conozco desde hace demasiado tiempo como para ignorar los pequeños detalles, que si me preguntarais en este instante sería incapaz de deciros cuáles eran, pero yo lo notaba. Claro que como no tenía nada seguro, trataba de convencerme a mí misma que todo eran imaginaciones mías.

Y así es como pasé el mes de julio, rodeada de amigos y amigas que me devolvieron los pies a la tierra y me ayudaron a pasar página. O eso creía yo.

Capítulo 43

Y llegó el gran día. Después de meses preparándolo todo, ya estábamos las cuatro preparadas para montarnos en un avión rumbo a Escocia para celebrar una semana de despedida de soltera. No me hacía ni pizca de gracia volver a ese país, lo admito, por mucho que yo tratara de poner buena cara para que Laura se sintiera bien, cada paso que daba en la fila de embarque era contra mi voluntad. Había demasiados recuerdos y demasiado frescos todavía, a pesar de que habían pasado ya más de dos meses desde que estuve aquí con William.

Llegamos a Edimburgo entre la bruma y la lluvia, y no pude evitar reírme ante la cara de estupor de las chicas que venían preparadas para un mes de agosto español con camisetas de tirantes y *short*. Tuvimos que abrir las maletas en el *hall* del aeropuerto para buscar ropa de abrigo que ponernos. Yo iba más preparada, pues había ganado experiencia de la última vez que estuve aquí.

Diana se dirigió con decisión al mostrador de Avis y, haciendo gala de un inglés fruto de clases particulares y estancias en el extranjero, consiguió nuestro coche de alquiler. Nos quedamos las cuatro mirando el volante situado a la derecha sin atrevernos a dar un paso hasta que Diana, una vez más, vino a nuestro rescate.

—Conduzco yo —dijo poniendo los ojos en blanco y recuperando las llaves de la mano del empleado que no había sido capaz de quitarle los ojos de

encima.

Nos dirigimos a nuestro apartamento bajo una fina lluvia que me recordó a aquella que me recibió la primera vez que estuve en Edimburgo. Moví la cabeza con fuerza a ambos lados como para ahuyentar los malos recuerdos y traté de concentrarme en el viaje que tenía con mis amigas. Me sorprendió lo bien que se estaba desarrollando Diana conduciendo por la izquierda y con el volante en el lado contrario. Habíamos alquilado un piso cerca en Leith, cerca del Royal Yacht Britannia en una zona bastante tranquila lejos del centro de la capital. Era más barato y a mí me traía menos recuerdos: todo el mundo salía ganando. Era un apartamento abuhardillado en un tercer piso sin ascensor de un edificio que debía tener al menos un par de siglos. La escalera para subir era estrecha y empinadísima y apenas cabíamos nosotras con nuestras maletas por ella, pero el piso estaba reformado y era precioso. Además de que al estar en altura tenía muchísima luz natural incluso en un día nublado.

En nuestro primer día decidimos salir a visitar Leith tranquilamente. Diana iba con cara de aburrimiento pues ella había estado en Escocia una docena de veces, Youki disparaba a todo lo que se movía con su cámara réflex y Laura estaba tan excitada por estar en Escocia que casi tuvimos que darle un Valium para que volviera a ser persona.

—¿Has visto esa casa? ¡Es preciosa! Y mira, una tienda donde venden gaitas. ¡Oh, Dios mío! ¡Una señora con un chal con estampado tartán!

—Laura, cariño, tranquilízate —la instó Diana con su voz de jefa.

—¡Pero es que no puedo! Es todo tan bonito y tan mágico —dijo mi amiga con estrellas en los ojos. En serio, no es una figura literaria, es que en esos momentos era como el emoticono del móvil que tiene estrellitas en lugar de ojos.

Yo solo podía pensar que si esta parte de la ciudad, que no estaba mal pero que tampoco era gran cosa, le estaba gustando, se iba a caer de culo cuando saliéramos de aquí y fuéramos a visitar las Highlands. A pesar de que Escocia tiene una arquitectura de cuento de hadas con sus casas y castillos de piedra

rodeados de musgo, a mí lo que realmente me encantó fueron sus paisajes salvajes.

Esa noche fuimos a un *pub* y tuvimos que recoger a Laura entre las tres y llevarla hasta el piso pues en su afán por integrarse con el ambiente, se había pasado un poco tomando pintas y *whisky*. Había entablado conversación con medio *pub*, algo realmente notable teniendo en cuenta que su nivel de inglés es prácticamente nulo, había jugado a los dardos con desconocidos, le dijo a una chica que le gustaba su pintalabios y esta se lo regaló; y como colofón de fiesta, volvimos a casa arrastrándola mientras ella cantaba a pleno pulmón *Asturias, patria querida*. Que no tiene nada que ver con Escocia, estaréis pensando, pero que a nuestra Laura le pareció que como había gaitas de fondo podría quedar bien. No la había visto más feliz en mi vida, eso os lo puedo asegurar, la sonrisa que tenía cuando la metimos en la cama entre las tres es algo que no se me va a olvidar nunca.

A ella, por el contrario, no se le olvidará nunca la resaca con la que se despertó al día siguiente. Porque una cosa es estar entrenado desde pequeño para que el *whisky* no te afecte, y otra es venir de turista y querer beber al nivel de los locales. No recuerdo a Laura con una resaca semejante desde la Nochevieja de 2007, cuando se enteró de que el tío que le gustaba por aquel entonces se estaba liando con una de sus mejores amigas (no éramos ninguna de nostras, gracias a Dios). Mientras Laura pasó la mañana durmiendo y tomando ibuprofenos, nosotras aprovechamos para visitar la ciudad.

Cogimos el autobús al centro y comenzamos la visita de Edimburgo. Decidimos esperar a Laura para visitar el castillo, así que nos dedicamos a pasear por sus calles adoquinadas, dejándonos mecer por ese acento rudo y siendo acompañadas por sonrisas allá donde fuéramos. Creo que ya os lo he dicho pero me reafirmo, no hay gente en este planeta más amable que los escoceses, te lo digo de corazón.

Visitamos The Elephant House, el archifamosísimo *pub* donde J. K. Rowling escribió *Harry Potter y la piedra filosofal* y nos tomamos un

brownie para tratar de inspirarnos como ella hacía. Fuimos al cementerio de Greyfriars donde está enterrado William McGonagall que tiene el dudoso galardón de ser el peor poeta de la historia del Reino Unido. Dicen que su nombre sirvió de inspiración para la famosa profesora de Hogwarts. Al fondo se veía la imponente silueta de la escuela George Heriot.

El sonido del obturador de la cámara de Youki llenaba el silencio cada pocos segundos. Yo calculo que debía llevar ya unas doscientas fotos y no habíamos estado en Escocia más que veinticuatro horas, espero que tenga tarjetas de memoria adicionales, porque a este ritmo no creo que aguante solo con una. Diana miraba su móvil apoyada contra una lápida mientras yo me dejaba embargar, una vez más, por esa maravillosa sensación que me recorre cuando me siento a gusto en algún sitio. Ya sabéis a lo que me refiero, cuando sabes que estás en casa, y todos los poros de tu piel te lo gritan. Eso es lo que sentía yo rodeada de césped, de musgo, de piedras antiquísimas y de tumbas escocesas.

—Cuando queráis nos vamos —dijo Youki resuelta.

—¿Has dejado algo por fotografiar?

—Creo que no —me respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. Esta ciudad es espectacular, tiene algo que te atrae y no puedo evitar querer inmortalizarla. Me gusta todo lo que veo, es tan...

—Lo sé, para mí es igual —respondí con un suspiro—. ¿Qué le pasa a Diana? Lleva pegada al móvil toda la mañana.

—Cosas del trabajo, seguramente, ya sabes que una gran ejecutiva como ella no desconecta nunca —respondió Youki con cierto tono evasivo—. Ven, vamos a visitar la tumba de Voldemort, que he leído que está aquí también.

Por si vais a Edimburgo os lo digo, no es la auténtica tumba de «quien-no-debe-ser-nombrado», pero es curioso que al fondo del cementerio, el mismo en el que hay alguien llamado McGonagall enterrado, se encuentre la tumba de un padre y un hijo de nombre Thomas Riddell, que suena muy parecido a Tom Riddle conocido por sus enemigos como Lord Voldemort. Fui a visitarla por la

insistencia de Youki y porque Diana no tenía pinta de querer despegar su nariz de la pantalla del móvil y teníamos que ocuparnos de alguna manera. La tumba en sí no es gran cosa, es más una frikada de fans de la saga de Harry Potter, pero como nosotras somos fans hasta la médula, nos encantó esa visita.

Cuando nos acercamos a la puerta principal, Diana nos esperaba y esta vez tenía el móvil a buen recaudo en el fondo de su bolso.

—¿Volvemos para ver en qué estado se encuentra Laura? —preguntó cuando estábamos todavía a unos cuantos metros de distancia.

—Creo que es una buena idea. Tal vez podríamos comprar algo en un supermercado y cocinar en el piso, no creo que sea buena idea que la saquemos de nuevo a un *pub*.

—Cerca del apartamento en Leith creo haber visto un supermercado.

—Pues ya tenemos plan, venga, señoritas, vámonos a ver a nuestra Bella Durmiente.

Nos encaminamos las tres hasta Princes Street donde teníamos que coger nuestro autobús de vuelta a Leith. Ya os he dicho que fuimos en verano, pero íbamos vestidas como si del otoño en Madrid se tratase. A pesar de que no debíamos estar a más de dieciocho o veinte grados, se veían chicas con camisetas de tirantes y chanclas. Desde luego los escoceses están hechos de otra pasta. Cuando llegamos, Laura seguía durmiendo vestida aún con la ropa del día anterior.

—¡Vamos, en pie! —dijo Diana dando varias palmadas.

—Ehhh, ¿qué pasa? —preguntó Laura con una voz pastosa que parecía emerger del fondo de una caverna.

—Pasa que estamos en Escocia y te lo estás perdiendo. Mira. —Youki saltó sobre su cama y le puso la cámara delante de las narices y fue pasando una foto tras otra.

—¿Habéis ido a Edimburgo sin mí? —preguntó despejándose de golpe.

—*Of course, my darling*. Ahora date una ducha que vamos a comer y luego vamos a ir a visitar el castillo que me muero de ganas de verlo por dentro. Y

me da igual el estado en el que estés, yo lo veré hoy sí o sí.

Las palabras de Diana fueron como un revulsivo para Laura que salió disparada a la ducha mientras nosotras preparábamos algo de comer. Youki nos puso música de Louis The Child, que es uno de sus grupos favoritos, para amenizar nuestra labor en la cocina. Cuando nos sentamos a la mesa fue como volver al instituto, a esas tardes en las que nos sentábamos las cuatro en un banco del parque a arreglar el mundo. Claro que en aquella época Laura no estaba en un estado tan lamentable como el que tenía hoy.

Cuando terminamos de comer, nos calzamos nuestras botas de lluvia, porque sí, había vuelto a ponerse a llover, y salimos para continuar nuestra visita por Edimburgo.

Capítulo 44

Los días siguientes os los podéis imaginar, Laura más excitada que si estuviera puesta de cocaína, Youki disparando fotos a todo lo que veía y Diana sin despegar la nariz del móvil. Visitamos Edimburgo de punta a punta y un día nos fuimos hasta la costa de Fife para conocer la isla de May y sus famosos frailecillos. A pesar de que ya no quedaba prácticamente ninguno, el viaje merece mucho la pena, nos hizo el mejor día con diferencia de los tres que llevábamos en Escocia. En un momento dado, incluso fui capaz de quitarme el cortavientos y quedarme solo con la manga larga... ¡Menudo verano estaba pasando en Escocia!

La travesía hasta la isla de May se hace en un barquito descubierta con el viento azotándote la cara, que puede parecer desagradable, pero al menos ayuda con el mareo. Youki soltó hasta la primera papilla por la borda mientras un simpatiquísimo escocés nos repartía bolsas de plástico y toallitas de bebé para refrescarnos, ajeno al vaivén del barco.

La isla es espectacular. En serio, no os la puedo describir sin dejarme la mitad de lo que sentí y no le haría justicia hacerlo así. Los acantilados, el faro, los conejos que la pueblan o las focas que se ven desde la orilla, todo, absolutamente todo es mágico. Si tenéis oportunidad, no os perdáis la excursión a esta isla porque es uno de mis sitios favoritos en el mundo.

—Gracias, chicas, no puedo imaginar nada mejor que esto —nos dijo Laura con lágrimas en los ojos.

Estábamos sentadas en la hierba contemplando cómo las olas rompían contra los acantilados, disfrutando del débil sol escocés sin echar de menos para nada el tórrido verano español.

—Es lo que tú te mereces —dijo Youki dándole un beso en la frente.

—Me encantaría que el tiempo se parase para poder disfrutar de estos momentos eternamente.

—Si el tiempo se parase no te casarías con Juanmi —dijo Diana que estaba tumbada boca arriba con los brazos cruzados tras la cabeza.

—Entonces no, que el tiempo siga su curso que yo quiero un bodorrio por todo lo alto —respondió rompiendo a reír.

Youki se acercó un poco más a mí y me pasó el brazo por los hombros. No hacía falta que habláramos para saber lo que estaba pensando. Lo que pensaban todas. A pesar de la alegría que sentíamos por la inminente boda de Laura, el hecho de estar en Escocia con los recuerdos, tanto buenos como malos, que me traía, tenía algo preocupadas a mis amigas. Y si por momentos yo me dejaba llevar por la tristeza, estos duraban poco, y viendo la felicidad de Laura seguía adelante.

—Entiendo por qué te gustó tanto la primera vez que viniste, Emma —se atrevió a decir Laura, lo que le valió miradas de reproche de las otras dos.

Yo calmé como pude a mis amigas.

—No pasa nada, en algún momento teníamos que volver a sacar el tema. Estar aquí me revuelve algunas cosas por dentro, creo que es normal, pero no pasa nada. Estoy bien, os lo juro.

—Tal vez encuentres a otro escocés para ti.

—No digas tonterías, Laura —la reprendió Diana.

—No es ninguna tontería, creo que Emma tiene una conexión muy fuerte con este sitio, ya sabes que yo creo en las líneas telúricas y las conexiones místicas, y se nota que Emma pertenece a aquí por algún motivo. Si William no es el adecuado, tal vez lo sea otro.

Diana bufó como un toro dentro del toril y Youki puso los ojos en blanco.

Yo casi que me sentí conmovida, primero por la ingenuidad de Laura, y segundo porque algo similar sentía yo también. En el fondo de mi ser notaba que pertenecía a Escocia de alguna manera y que mis pasos acabarían conduciéndome aquí de una forma o de otra.

—A lo mejor debo pedirme un año de excedencia y venirme a trabajar aquí. Llevo un tiempo pensando en hacer algo diferente y creo que este es un buen momento para hacerlo.

—No tomes decisiones precipitadas solo porque Mary Poppins te ha dicho que estás conectada con la Pachamama en esta zona del planeta.

—Diana, por favor, no seas cínica. Laura ha dicho simplemente lo que pensaba, y aunque os suene a locura puede que tenga razón; yo también creo que estoy conectada con este lugar.

—¿Con este lugar o con alguien de este lugar? —inquirió Youki suavemente.

Me quedé en silencio reflexionando durante unos segundos.

—Creo que con las dos cosas a la vez. La conexión que sentí con William no la he tenido con nadie, y mira que fueron solo unas pocas semanas, pero fueron suficientes para saber que no volveré a amar a nadie como lo hice con él. Pero luego está también esta tierra, no lo puedo evitar, siento que me llama, que me inspira. Cuando estuvimos en la isla de Skye me sentí más viva y más yo misma de lo que lo he hecho en mi vida. No sé... No sé cómo explicároslo, pero creo que Laura puede tener algo de razón en lo que dice.

—Pues si eso es lo que quieres, créelo y tal vez se haga realidad —añadió Diana con una media sonrisa que me dejó completamente desconcertada.

Volvimos al barco cansadas de pasear y con tantas imágenes para el recuerdo que es casi imposible nombrarlas todas. Youki cambió de tarjeta en la cámara a mitad del día y comenzó la siguiente. La vuelta fue casi tan mala como la ida, solo que esta vez nos mareamos todas en vez de solo una. Un grupo de delfines siguió a nuestro barco durante unos metros ayudándonos a no pensar en que nuestro almuerzo estaba ahora en el fondo de una bolsa de

plástico.

Fue un día inolvidable, aunque lo mejor estaba aún por llegar; porque cuando piensas que las cosas te van bien, la vida siempre tiene un plan B que hace que todo salte por los aires.

Capítulo 45

Llegó el gran día, hoy íbamos por fin a poner rumbo hacia las Highlands para ir a ver sus famosísimos juegos. Laura estaba más emocionada de lo que la he visto en toda mi vida, casi tuve la sensación de que iba a sacar la cabeza por la ventanilla durante todo el viaje como hacen los perros en los coches. Diana y Youki también estaban nerviosas y yo procuraba guardar mi calma lo mejor posible. El día amaneció despejado, aunque ya se sabe que eso en Escocia no significa nada pues el tiempo puede cambiar a una velocidad alarmante.

Al fin llegamos a Perth y os aseguro que Laura prácticamente saltó del coche en marcha antes de que Diana tuviera tiempo de terminar de aparcarlo. Youki salió corriendo detrás de ella con la cámara en mano mientras yo me quedaba con Diana hasta que terminara la maniobra.

—¡Estamos aquí! No me lo creo, no me lo creo —gritaba Laura mientras daba saltos de alegría en dirección hacia el terreno en donde se iban a celebrar Los Juegos de las Tierras Altas.

—Llevo un Valium en el bolso por si lo necesitamos —me susurró Diana al tiempo que me guiñaba un ojo cómplice.

Nos encaminamos las tres siguiendo a Laura que parecía orientarse perfectamente a pesar de no haber pisado esa ciudad en su vida. Por lo visto, los años de entrenamiento leyendo y escuchando cualquier cosa que tuviera que ver mínimamente con la cultura escocesa la habían preparado para ser una especie de superheroína en estos momentos. Nos guiaba entre la multitud

haciéndose camino y sin perder la sonrisa en ningún instante.

Al fin llegamos al lugar indicado y no os miento si os digo que unas lagrimillas le corrieron por las mejillas de pura emoción. Yo le di la mano y Youki la estrechó en un abrazo, nuestra amiga estaba consiguiendo su sueño y nosotras estábamos ahí para compartirlo con ella.

Dimos nuestras entradas y accedimos al recinto que era básicamente un trozo de campo vallado en el que había gradas y puestos de comida. Había una multitud cuando llegamos y mira que estuvimos ahí bastante temprano. La gente venía preparada con sus propias sillas o incluso con mantas de *picnic* para sentarse, nosotras nos conformamos con hacerlo en la hierba pues éramos turistas que venían más bien poco preparadas. Había familias enteras que venían con perros y cestas con comida, grupos de lo más variados se agolpaban en el terreno, todos deseando disfrutar de un día inolvidable.

De repente los altavoces cobraron vida y una voz con marcado acento escocés dio la bienvenida a los visitantes y nos instó a guardar silencio durante la ceremonia de inauguración. Las autoridades locales tomaron sitio en la tribuna instalada en un lateral del terreno y tras unos breves discursos, que bien os los podéis imaginar porque los políticos dicen siempre las mismas cosas, dieron por inaugurados los Juegos de las Highlands que fueron seguidos de una estruendosa ovación.

Lo primero que vimos fue la competición de bandas de gaitas. Youki disparaba fotos como si le fuera la vida en ello y Laura grababa vídeos como una loca para enviárselos a Juanmi y a su familia. Diana seguía pendiente del teléfono una vez más.

—¿Ni siquiera hoy puedes desconectar del trabajo?

Dio un pequeño respingo y escondió rápidamente el teléfono dentro del bolso. Durante una fracción de segundo la noté perdida, pero en seguida recobró su calma y serenidad y con una de sus encantadoras sonrisas me respondió.

—Ya lo sabes, no pueden vivir sin mí. ¿Qué me he perdido?

—Gaiteros, llevan como veinte minutos sin parar. Laura está que parece que le va a dar un ataque y Youki ha cambiado diez veces entre ese objetivo corto que lleva ahora y el que parece de *paparazzi*.

—¿Y tú cómo estás? —me preguntó mirándome directamente a los ojos.

—Mejor de lo que pensaba, para serte sincera. Supongo que el estar aquí con vosotras ayuda a que la herida sea un poquito menos dolorosa.

—Eso está bien.

El sonido de las gaitas se apagó y la multitud rompió en aplausos. Ya os podéis imaginar en qué estado estaba Laura, parecía que en cualquier momento se iba a poner a flotar sobre la multitud. Tras las gaitas vinieron los bailes tradicionales. Unas chicas vestidas con camisas blancas, chalecos de terciopelo y faldas de cuadros se subieron al gran escenario y comenzaron a bailar. Era una danza muy compleja con saltos, en la que los pies son muy importantes, pero también los movimientos que se hacen con los brazos. Es un baile hipnótico amenizado, ¿cómo no?, con música de gaitas.

Tras la competición de baile decidimos ir a comer a uno de los puestos que había en el recinto. Patatas, salchichas y cerveza, no se puede negar que ya estábamos perfectamente integradas en la cultura local. En esos momentos comenzaba la competición deportiva con el lanzamiento de piedra, de tronco y el sogatira.

Diana volvió a mirar su móvil cada tres minutos mientras nosotras admirábamos las espadas que una armería local tenía en exposición cerca del puesto de comida. Laura no cabía en sí de gozo, no la había visto nunca tan feliz y eso me hacía olvidar un poco mi pena. Porque sí, lo reconozco, estaba triste y apesadumbrada. Había hablado de este evento con William en varias ocasiones y me había imaginado viniendo aquí con él. Ya lo he confesado, chicas, ahora ya podemos pasar a otra cosa. No lo puedo evitar, estaba en Escocia, rodeada de gente de las Tierras Altas y a pesar de estar con mis amigas me sentía más sola que la una porque el hombre del que estaba enamorada resultó ser un cabrón y ya no quería saber nada más de él. ¡Uf! Qué

bien sienta decir lo que realmente se tiene dentro, ¿verdad?

Youki y Diana estaban cuchicheando como dos adolescentes que guardan un secreto y no paraban de mirar alrededor buscando algo. Los altavoces volvieron a hablar explicando que era el momento de la última competición deportiva del día. Tras intercambiar una rápida mirada, mis amigas vinieron hacia nosotras con pasos rápidos.

—Esta prueba no nos la podemos perder —dijo Youki.

—Vamos. —Diana simplemente me cogió de la mano y tiró de mí para acercarnos a la zona delimitada para la prueba.

Era una carrera de obstáculos en la que había parejas preparadas para competir. Entonces vi a alguien conocido entre la multitud y se me heló la sangre, no esperaba encontrármelo precisamente allí. Su pelo negro y su increíble sonrisa eran inconfundibles, ahí estaba Ferguson, uno de los amigos traidores de William. Lo que pasó a continuación me sigue dejando asombrada cuando lo recuerdo, Ferguson me vio y me saludó con la mano, pero lo increíble es que vino hacia nosotras y sin mediar palabra le plantó a Youki un beso en los labios que ella le devolvió gustosa. No entendía absolutamente nada. Luego vino hacia mí y me cogió en brazos al tiempo que me plantaba dos sonoros besos en las mejillas.

—Emma, ¡cuánto tiempo sin verte! Te hemos echado mucho de menos por aquí.

Iba a responderle con alguna bordería, algo sarcástico e hiriente, pero estaba tan sorprendida que fui incapaz de articular ni una sola palabra.

—¡Diana! Mi diosa de hielo, me sigues dando tanto miedo como el primer día. —Estalló en una carcajada antes de darle dos besos a ella también—. Y tú debes ser Laura, he oído solo cosas maravillosas de ti. —Laura casi se desmaya cuando le dio dos besos y la felicitó por su inminente boda.

—¿Se puede saber qué rayos está pasando aquí? —pregunté cuando al fin recuperé algo de control sobre la situación.

Ferguson rodeaba a Youki por la cintura e intercambió una mirada divertida

con Diana.

—Es la prueba final de los Juegos —dijo Ferguson como si fuera lo más obvio del mundo.

—Y...

—Pues que esta es una competición por parejas, el chico debe recorrer la pista de obstáculos con la chica a cuestas, el primero que llega se gana el peso de la chica en *whisky*.

Ferguson sonrió divertido, pero yo seguía sin entender ni una palabra.

—Y... —pregunté impaciente.

—Pues que vas a participar —respondió Diana.

—¿Os habéis vuelto completamente locos?

—No, mira, ahí tienes a tu *highlander* —me respondió Ferguson señalando con el dedo.

Y es verdad, ahí estaba un auténtico *highlander* de los que aparecen en los libros. A pesar de que era verano no hacía nada de calor, pero por lo visto le daba igual y William estaba vestido con el *kilt* y con el torso descubierto. El pelo le había crecido desde la última vez que lo vi y le daba un aspecto aún más salvaje. El sol que seguía brillando le arrancaba destellos dorados a su melena pelirroja y hacía que sus ojos verdes refulgieran con fuerza incluso desde la distancia a la que se encontraba. La gente se iba apartando de su lado dejándole paso como si fuera algún tipo de dios mitológico. No os voy a mentir, se me cortó la respiración al verlo y me entraron los calores, y no precisamente por el buen tiempo escocés.

Yo quise huir, salir de ahí corriendo y llegar hasta Leith, a nuestro apartamento en ese tercer piso para estar lo más lejos posible de él. No quería volver a verlo, no después de lo que había pasado en el Palacio Real con Fiona. Estaba cansada de hacerme ilusiones y que todas se hicieran añicos como un cristal barato.

Cuando llegó hasta mí no dijo ni una palabra, simplemente se agachó (yo pensé que a lo mejor pensaba pedirme perdón de rodillas o algo así) pero lo

que hizo fue pasar sus manos alrededor de mis piernas y me echó sobre su hombro. Pegué un grito por la sorpresa y pensé que tal vez le molestara mi peso, pero no dio muestras de que yo supusiera una gran carga. Llegamos a la línea de salida tan solo unos segundos antes de que el juez hiciera sonar una bocina y entonces comenzamos a correr.

Imaginaos por un momento la situación, vais colgando bocabajo del hombro de un hombretón de un metro noventa que va corriendo por una pista embarrada en un país extranjero. Eso es material para alimentar las pesadillas de casi cualquiera.

—Lo siento, Emma, todo fue un error, Fiona me tendió una trampa.

¿En serio? ¿Estábamos teniendo esta conversación justo en este momento? Yo quería decirle que se callara y se concentrara en no caerse, porque para él sería caerse de culo pero yo aterrizaría con la frente, pero solo me salían gritos ahogados cada vez que pillaba un bache y yo botaba.

—Creo que fue Ed quien le dijo que nos veríamos en el Palacio Real, lo hizo sin maldad, o eso me dijo, pero eso le dio la oportunidad de esperar a que llegaras y besarme para que creyeras que había algo entre nosotros. No lo hay, Emma, solo puedo pensar en ti.

Iba a contestar, pero entonces aparecieron en mi visión balas de heno. Sí, chicas, por lo visto el barro no era suficiente y había que poner más obstáculos. Yo seguía sin poder decir ni una palabra porque me preocupaba más mi seguridad personal que lo que William pudiera contarme.

—Debes creerme, si no es contigo no quiero que sea con nadie. Fiona ya está fuera de mi vida para siempre y ya he hablado con mi madre. No está contenta, no te voy a mentir, pero si ha sobrevivido a lo de Edward sobrevivirá a lo nuestro. Dame otra oportunidad. Te quiero.

Así es, la primera vez que me dice que me quiere y yo voy colgando a la altura de su culo y ni siquiera puedo verle la cara. Esto es llevar la ironía a un nuevo nivel. De repente algo cambió, un aullido sonó a nuestro alrededor, era la multitud aplaudiendo y gritando. Como supondréis yo no tenía ni idea de

qué estaba pasando hasta que por fin William me bajó y me puso en el suelo, entonces lo entendí: habíamos llegado a la meta. Me gustaría decir que ganamos, pero no es cierto, quedamos segundos, que no está nada mal. Sobre todo teniendo en cuenta que los ganadores fueron una pareja que llevaba años entrenándose y que iban vestidos para la ocasión con ropa deportiva.

Iba a acercarme a William con la clara intención de soltarle un bofetón por raptarme y hacerme correr bocabajo, pero por algún motivo al tenerlo cerca simplemente lo besé. De verdad que me hubiera encantado enfadarme con él, pero acababa de decirme que me quería, y yo en lo único que podía pensar era en sus labios. No pudimos deleitarnos con el beso pues en pocos segundos estuvimos rodeados por nuestros amigos.

Ferguson y William se abrazaron con fuerza y cuando se separaron le dio un abrazo a Diana al tiempo que le susurraba palabras al oído y yo seguía sin entender nada. Youki me felicitó por mi segundo puesto en la carrera y me aseguró que tenía inmortalizado el momento para las generaciones venideras antes de romper a reír.

—Youki, no entiendo nada. ¿Qué haces besando a Fer? Hay Juegos de las Highlands prácticamente en cada pueblo de más de cien habitantes en estas fechas. ¿Cómo sabía Will que íbamos a venir justo hoy?

Ella sonrió enigmática.

—Creo que deberías preguntárselo a él directamente, o a Diana, que ella sabe de todo más que nadie. Lo de Ferguson... Bueno, nos hemos visto en Madrid bastante a menudo desde mayo más o menos.

Se me desencajó la mandíbula, o esa fue la sensación que yo tuve.

—¿Me estás diciendo que llevas más de dos meses saliendo con Ferguson sin decirme nada?

Me sentía feliz y traicionada todo a la vez y no era capaz de decidirme por un solo estado de ánimo. Youki se encogió de hombros mientras se ruborizaba y lanzaba rápidas miradas de soslayo a Ferguson, que seguía hablando con Diana y con William. Esos tres por lo visto se habían vuelto bastante amigos

en los últimos meses y yo quería averiguar más sobre esa extraña amistad.

—Es una pena no haber ganado la carrera, porque ese montón de litros de *whisky* me hubiera venido de maravilla en este momento —acerté a decir.

William se encaminó hacia mí con pasos tímidos y Youki entendió esa señal para dejarnos solos e irse a abrazar a Ferguson. La imagen de los dos acaramelados todavía me resultaba inverosímil, creo que voy a necesitar mucho tiempo para llegar a acostumbrarme a verlos tan juntos. Will se plantó delante de mí, con su torso desnudo cubierto por pequeñas gotas de sudor por el esfuerzo de haberme llevado a cuestas durante varios minutos, el pelo alborotado y el *kilt*. Yo seguía enfadada con él y quise dejárselo claro cruzando los brazos delante del pecho y dando un paso hacia atrás.

—Expílicate —fue lo único que dije.

Soltó un largo suspiro, creo que pensaba que yo acabaría rendida a sus pies pidiendo que me llevara detrás de cualquier granero y me hiciera suya. Y pensaba hacerlo, sobre todo si él iba vestido solo con un *kilt*, pero de momento mi curiosidad era más fuerte que mi lujuria.

—Fui a Madrid con intención de recuperarte, no entendí por qué tuviste que marcharte sin despedirte y no me he sentido más triste en toda mi vida. Localicé a Diana y lo organicé todo con ella, es una mujer sorprendente tu amiga, me alegra que esté de mi lado y no tenerla como enemiga, porque es terrorífica.

—Al grano, William.

—Está bien. Fiona se enteró de dónde y cuándo habíamos quedado y apareció por sorpresa. Estuvimos hablando y cuando te vio llegar se lanzó a mis brazos y me besó.

—No vi que eso te molestara.

—¡Emma, por favor! ¿Qué querías que hiciera? ¿Que la tirase a la fuente?

—Esa es una muy buena idea —dije sin poder ocultar una sonrisa, me hubiera encantado ver a Fiona en el fondo de la fuente del jardín del Palacio Real.

—Bueno, pues decidí comportarme como un ser humano civilizado y apartarla con suavidad. No pensé que quisiera hacerte daño, en verdad creí que yo le gustaba de verdad y que esa era su última oportunidad para conquistarme. Luego me enteré del resto, de que pensaba que yo estaba contigo solo como una broma y que ella daba por supuesto de que acabaríamos juntos.

Se paró unos instantes para mirarme a los ojos. Cogió mi rostro entre sus manazas y me levantó la barbilla para que no apartara su mirada de la de él.

—Te quiero a ti, Emma, ella no me ha interesado nunca y no lo hará jamás. Tú eres la única.

El aire se me congeló en los pulmones y la cabeza me daba vueltas. Aún así traté de seguir sonando serena y algo enfadada.

—Eso no explica tu reciente amistad con mis amigas.

Una sonrisa arrebatadora y enigmática llenó su rostro.

—Traté de ponerme en contacto con ella de nuevo, pero esta vez no quería saber nada más de mí e incluso amenazó con denunciarme si seguía llamándola, así que opté por el plan B que fue tratar de localizar a Youki. No hay muchas veterinarias en Madrid con ese nombre y no fue complicado dar con ella, pero como ya me había visto me daba miedo que me mandara a paseo como había hecho Diana, así que mandé a Ferguson. Él es un hombre de la tierra, nadie sabe más sobre animales que él, con lo que me pareció una buena idea que tratara de llegar hasta ella. No sé qué opina tu amiga, pero Ferguson se enamoró en cuanto la vio aparecer con el mono de trabajo y las botas manchadas de barro. Ha viajado tanto a Madrid en los últimos meses que creo que va a acabar por instalarse en España, tu amiga le ha robado el corazón casi tanto como tú me has hecho a mí.

—No seas zalamero y termina tu historia.

—Una vez que tuve a Youki de mi parte solo me quedaba convencer a Diana, y créeme que no ha sido fácil. No he visto en mi vida a nadie, ni hombre ni mujer, tan duro negociando como ella. Debe ser una auténtica leona en el trabajo. ¡Mi padre estaría encantado de contratarla! Bueno, tras mucho

insistir creo que se dio cuenta de que mis sentimientos eran legítimos y que no quiero pasar ni un solo día sin ti. El problema entonces llegó por tu lado...

—¿Por mi lado?

—Sí —dijo apretando la mandíbula en señal de disgusto—, había un tal Héctor al que le cogiste mucho cariño, ¿no es cierto?

—Ni se te ocurra juzgarme, se suponía que no estábamos juntos.

Levantó las manos en señal de rendición mientras yo le apuntaba con el dedo de forma acusadora.

—No digo nada, solo que eso supuso un golpe para Diana que lo tenía todo planeado para que fuera hoy nuestro reencuentro. Aunque por lo que tengo entendido lo solucionó pronto con una visita a tu piso y unas cuantas explicaciones.

—No fue exactamente así, pero vamos a dejarlo por el bien de la narración.

—No quiero conocer los detalles, de verdad que no. El pasado me da igual, solo me interesa el ahora. —Se acercó hasta a mí y cogió mis manos entre las suyas—. ¿Tú me quieres, Emma? Dime que no y te dejaré en paz para siempre, no volverás a saber nada más de mí; pero si hay una remota posibilidad de que me quieras, entonces danos una oportunidad para ser felices, por favor.

No tuve ni que pensarlo, las palabras salieron solas sin que yo pudiera hacer nada para contenerlas.

—Sí, te quiero.

Pensaba añadir algo más, pero me cogió en brazos y, poniendo mis piernas alrededor de su cintura, me besó con la pasión de varios meses acumulada. Cuando nos separábamos para coger aire, nos dedicábamos frases de amor antes de volver a caer prisionera del hechizo de sus labios.

—¿Sabes si hay algún pajar cerca? —pregunté a modo de broma.

Me echó de nuevo sobre su hombro y le dijo algo a Ferguson en gaélico que el otro respondió con una carcajada y un silbido de aprobación. Y sí, como os podéis imaginar, encontramos no un pajar exactamente, más bien un cuarto de aperos en el terreno de algún escocés, pero que nos servía perfectamente para

lo que llevábamos en mente los dos. Por cierto, la leyenda es cierta: los escoceses no llevan nada debajo del *kilt*.

Capítulo 46

Nos quedaban aún tres días en Escocia y el plan cambió ligeramente respecto a lo que teníamos previsto en un principio. Ferguson y William se unieron a nosotras en algunos momentos de nuestras visitas por las Tierras Altas y debo reconocer que fueron unos guías de excepción. Laura no cabía en sí de gozo al tener a dos auténticos *highlanders* explicándole la historia de la revuelta jacobita o los pormenores sobre la fabricación de gaitas.

Youki y Ferguson no solo tenían en común su pasión por los animales, sino que ambos eran unos enamorados de la fotografía. Era increíble verlos debatir sobre número F, apertura de diafragma y velocidad de obturación mientras iban cogidos de la mano.

—¿No tienes ninguna amiga para Diana? —le pregunté medio en broma a William.

Se quedó callado durante unos segundos antes de responder seriamente.

—No creo que haya nadie en toda Escocia que pueda estar a la altura de una mujer como esa. Creo que se llevaría estupendamente con mi hermano, aunque nunca pasará nada entre ellos. Sin duda alguna mi madre la adoraría desde el primer momento en que la vea y mi padre, que es mucho más sensato que ella, le tendría un pánico atroz.

Solté una carcajada sin poder reprimirme, creo que Will había hecho una descripción perfecta de Diana.

Visitamos Luss a orillas del lago Lomond que es un pueblecito encantador y

que os recomiendo encarecidamente. La familia de William tiene una casa ahí (sí, otra más) que utilizan de vez en cuando en los meses de verano, por suerte para nosotros estaba vacía en esos momentos porque no me apetecía nada volver a encontrarme con lady Alana tan pronto.

Dimos paseos por el lago en el barco de William y me quedé maravillada una vez más de la belleza de esos paisajes. Ese paseo en barco no tuvo nada que ver con aquel que di no hace tanto en el pantano de San Rafael con Héctor, pero que ahora me parecía muy lejano en el tiempo. Esta vez yo iba con un jersey y una bufanda en vez de en biquini, pero la gran diferencia era cómo me sentía, en ese momento supe que este es el lugar al que pertenezco y William mi alma gemela.

Cuando llegamos a Madrid de vuelta de nuestras vacaciones, lo primero que nos sorprendió fue el calor que hacía en la capital, nos habíamos acostumbrado a estar a trece grados y encontrarnos cara a cara con los casi cuarenta del verano madrileño fue un shock. Ahora era todo una carrera contrarreloj para terminar de preparar la boda de Laura, que iba a ser el evento del año.

Capítulo 47

Y lo fue, sin lugar a dudas.

El 30 de septiembre estábamos todos reunidos en la iglesia en la que Laura y Juanmi iban por fin a darse el «sí, quiero» que llevaban esperando desde hace tanto tiempo. Laura iba con un vestido romántico y una corona de flores adornando su pelo, pero lo que marcó realmente la diferencia fueron los dos auténticos *highlanders* que la acompañaron por el pasillo de la iglesia hasta el altar. No había dudado ni cinco segundos cuando Ferguson y William se propusieron para acompañarla. Ella iba espectacular y ellos guapísimos vestidos con el traje de gala. Creo que Juanmi permitió que la acompañaran porque sabía que eran mi novio y el de Youki, porque en cualquier otra circunstancia estoy seguro de que hubiera dicho que no.

Cuando la recepción ya estaba bien avanzada y el alcohol ya había comenzado a correr por la garganta de los invitados como si de una autopista con los peajes abiertos se tratara, Laura se acercó a nosotras.

—Es la mejor boda del mundo —dijo con la lengua pastosa por los vapores etílicos.

—Sin lugar a dudas —añadió Diana levantando su copa de champán.

—Estáis aquí, y os quiero tanto a todas. —Trató de abrazarnos a las tres y casi consigue caerse de su silla.

—Despacio, Laura, no vayas a hacerte daño hoy.

—¡Da igual! Tengo a una traumatóloga como mejor amiga. ¿Puedes seguir

ejerciendo o ahora es ilegal?

No pude evitar reírme.

—Sí que puedo ejercer, simplemente estoy de excedencia, me voy a pasar un año decidiendo qué quiero hacer con mi vida.

—¿Necesitas tanto tiempo? Porque yo te lo puedo resumir en cuatro minutos: te vas a mudar a Escocia, le vas a partir el corazón a tus mejores amigas, te vas a casar, te vas a convertir en *lady noséqué* y dentro de unos años serás una esnob como Fiona —dijo Youki con una sonrisa en los labios.

—No está nada decidido.

—¡Emma, por favor! No insultes a nuestra inteligencia. Es posible que vuelvas a trabajar en un hospital, pero no será en Madrid, eso desde luego. De hecho, te veo bien como doctora en algún pueblo perdido en las Tierras Altas —dijo Diana—. Pero en una cosa tiene razón Youki, nos vas a partir el corazón cuando te vayas.

Nos dimos un abrazo las cuatro y pensé en cómo había cambiado mi vida en los últimos tiempos y en que ellas siempre habían sido una constante, iba a ser difícil acostumbrarme a verlas menos. «Aunque siempre nos quedará Skype», me dije a mí misma.

En esos momentos sentí unas manazas que me cogían por la cintura y me arrastraban a la pista de baile.

—¿Se lo han tomado bien?

—Sí, nos vamos a echar mucho de menos, pero saben que es lo que tenía que hacer.

No dijo nada, solo apoyó su mejilla contra mi pelo y lo sentí aspirar mi olor. Al principio me parecía algo un poco psicótico, ahora me resultaba de lo más tierno. Estaba impresionante con el *kilt* y la chaqueta de gala, podía sentir los ojos de todas las mujeres de la sala puestos en nosotros. Me perdí una vez más en los profundos ojos verdes de mi *highlander*.

—No te lo vas a creer, pero esta finca tiene un granero ahí fuera.

Soltó una gran risotada y, antes de que pudiera darme cuenta, me echó sobre

su hombro una vez más y me sacó del salón ante la mirada atónita de los demás invitados.

FIN

Agradecimientos

Esta novela tiene un nacimiento bastante curioso, desde que visité Escocia hace dos años me gustaba la idea de escribir sobre ese lugar ya que me parece uno de los sitios más mágicos que existen en la Tierra. En el mes de septiembre de 2018 tuve la suerte de asistir a un Encuentro de escritores de la editorial Selecta donde la maravillosa Paz nos habló de metadatos (¿metaqué?) al tiempo que salpicaba su discurso con referencias a *highlanders*.

Estar rodeada de tanta gente talentosa fue como tomar vitaminas para la inspiración y allí mismo se me ocurrió una idea que comenté con varias compañeras y me animaron a llevarla adelante. Ese ser de luz que tenemos por editora y que es Lola me dio luz verde para escribir la novela y por eso hemos llegado hasta aquí. Gracias a las chicas de PRH, a Lola, a Chris, a Bruno, a Alejandra, a Andrea, a Rocío y a toda esa gente llena de talento con la que tengo la suerte de compartir editorial.

Gracias a mis padres por tener la casa llena de libros y por animarnos siempre a leer un poquito más y a no dejar de perseguir nuestros sueños. Gracias a mi marido y mis hijos por los viajes, las risas y los momentos de inspiración.

No puedo despedirme sin nombrar a mi increíble Tamar, que es amiga, hermana y que vive cada nuevo libro con ilusión y alegría. Gracias a mi Sofía que tiene que dejar de lado tareas tan importantes como cambiar el agua de la escobilla del baño mientras lee los primeros borradores.

Y gracias a ti, por haber llegado hasta aquí y por darme tu confianza una vez más.

Te espero en la próxima novela.

Si te ha gustado

En los ojos del highlander

te recomendamos comenzar a leer

El camino hacia tu corazón

de *Luciana V. Suárez*



Cassie

Sábado 25 de febrero

La niebla se balanceaba por todo el lago dando vueltas a su alrededor, cubriéndolo de un extremo a otro, impidiendo ver la capa de agua que yacía por debajo de este. Observé ese espectáculo brumoso desde la ventana del living mientras bebía la primera taza de café del día. El cielo era una lámina azulada y la luna todavía estaba aferrada a él, negándole la salida al sol, así era en invierno usualmente, aunque faltaba menos de un mes para que llegara la primavera, pero este año parecía que el invierno se rehusaba a marcharse. Miré fijamente a la capa de vapor que se estaba evaporando del agua y me pregunté si alguien se habría lanzado al agua alguna vez por encima de la niebla. En realidad, ya sabía la respuesta a esa pregunta, más bien lo que quería saber era qué se sentía deslizarse a través de la niebla al tirarse en el agua. ¿Se sentiría como flotar en una capa de humo? Tal vez no, sino más bien como ser cubierta por esta.

Una vez que terminé con la primera taza de café, me serví una segunda. Bebía por lo menos tres tazas durante la mañana y otras tres durante la tarde. La luz matinal comenzó a asomarse a través de la ventana, por lo que me senté frente a mi ordenador a trabajar. Tenía la suerte de tener un empleo que me permitía trabajar desde mi casa; mi casa: sonaba extraño llamarla de ese modo cuando en realidad no lo era, bueno, sí, pero había sido legada hacía poco y, a pesar de que llevaba mucho tiempo viviendo allí, todavía me costaba aceptar el hecho de que era completamente mía.

Como tenía un trabajo independiente, en parte, generalmente trabajaba en horario corrido por las mañanas. Me detenía al mediodía para almorzar y después continuaba por dos o tres horas más. Después tenía el resto del día

para hacer lo que quisiera, que usualmente era limpiar, dado que la casa en la que vivía era grande, tal vez no inmensa, pero sí demasiado grande para una sola persona. Contaba con dos pisos y, como yo usaba solo un dormitorio, generalmente a los otros dos solo los limpiaba una vez a la semana. En la planta inferior había un living inmenso (que probablemente era la habitación más grande allí); tenía pisos de linóleo (aunque eso se aplicaba a casi toda la casa), paredes pintadas en color beige (eso también era así en todas las habitaciones internas de la casa), muebles de caoba (la mayoría en color negro, dado que su propietaria original me había dicho que le gustaba el contraste que tenía con el color beige de la pintura de las paredes, lo cual era cierto). Además de ese living, había un comedor y una cocina, y en la planta de arriba solo estaban los dormitorios y una especie de oficina que no tenía uso, dado que yo generalmente trabajaba en el living, en un escritorio que estaba situado junto a uno de los ventanales. Después de limpiar la casa practicaba nuevas recetas de cocina, leía y veía televisión, por lo que cada día de mi vida estaba cronometrado en cierta forma. Los fines de semana estaban destinados a caminatas por el bosque por el borde del lago, para lo cual solo debía salir de la casa, atravesar un camino marcado por dientes de león y margaritas y, tras unos cortos pasos, ya estaba allí. Desde la ventana del living la vista era panorámica hacia el lago y al bosque que se extendía junto a este, rodeado de abedules y pinos que se erguían hacia el cielo y, más allá, las colinas vestidas de verde, que servían de muros que delimitaban la linde entre este pueblo y los contiguos.

A las dos de la tarde terminé con el trabajo del día, por lo que podía gozar de varias horas libres hasta el lunes por la mañana. Los sábados por la tarde estaban reservados para ir a la cafetería del pueblo a beber un *latte* con caramelo o una malteada de frambuesas, mientras miraba a la gente pasar por las aceras. Después de dar un corto paseo en auto, regresaba a la casa. Por

eso, ese día me preparé para ir a la cafetería cuando el timbre sonó. Félix, un perro de raza Cocker Spaniel con pelaje dorado que vivía conmigo, comenzó a saltar enfrente de la puerta, en un claro gesto de excitación. Como rara vez llamaban al timbre, se excitaba cuando alguien lo hacía. Pensé en un par de posibilidades sobre quién podía ser la persona que había llamado a la puerta: cobradores de deudas atrasadas (pero yo estaba al día con las cuentas, por lo que quedaba descartado), monjas pidiendo dinero para colectas (pero dado que yo vivía a las afueras del pueblo casi nunca se tomaban la molestia de ir hacia allí), empleados de UPS, Federal Express o cualquier otra empresa que hacía entregas a domicilio (pero últimamente no había encargado nada). La otra opción plausible era que fueran testigos de Jehová, dado que eran conocidos por su adicción a llamar a las puertas como si fuesen niños pidiendo dulces en Halloween o cantantes de villancicos en Navidad. Pero cuando abrí la puerta, me quedé tan petrificada con la persona que encontré del otro lado que no pude encontrar mi voz.

—Hola a ti también —me saludó Clara, con expresión impasible, del otro lado de la puerta.

—Ho... hola, Clara —le dije sin poder salir del asombro. La última vez que la había visto había sido hacía más de un año atrás, pero estábamos en contacto a través de varios medios, por lo que me sorprendió que no me hubiera avisado que iría.

—¿Me invitarás a pasar o me atenderás aquí nomás? —me preguntó de forma sarcástica.

—Oh, no, pasa —le dije, haciéndome a un lado para que entrara. Clara entró de forma sigilosa, pero con pasos firmes y seguros, su típica forma de manejarse por la vida. Yo cerré la puerta y la conduje hacia el sofá que se encontraba enfrente de la chimenea.

—Por favor, siéntate, ¿qué te sirvo? ¿Té, café, chocolate? —le pregunté, tratando de mantener la compostura por el asombro que me causaba verla allí.

—Café está bien, Cass —me dijo, sentándose en el sofá solitario.

—Enseguida regreso —le dije yendo hacia la cocina, para lo que debía atravesar un pasillo. Mientras ponía el café en la cafetera, me pregunté por qué Clara habría aparecido de repente allí, sin previo aviso. Me pregunté si se habría peleado con su prometido o habría tenido problemas en el trabajo, pero con lo responsable que era no creía que tuviera problemas en el trabajo y, de haber sido así, no creía que fuera a ir desde Vermont hasta Connecticut solo para contarme algo así, por lo que probablemente era lo primero, a menos que tuviera problemas de salud, pero se la veía bastante bien, así que también descarté esa posibilidad.

Preparé las tazas y luego serví dos porciones de pastel de vainilla que había preparado el día anterior. Luego de que el café estuviera listo, lo serví en las tazas, y entonces mis manos comenzaron a temblar un poco. Me pregunté si se debía a la visita inesperada de Clara, pero me recordé que no había peligro en ello, era Clara, mi hermana mayor, la que me había criado por más de diez años cuando habíamos quedado huérfanas, en cierta forma.

Temí que la bandeja que llevaba se me cayera, dado que estaba un poco nerviosa, pero llegué al living sin derramar una gota. Tras depositar la bandeja en la mesa pequeña, le entregué una taza a Clara.

—Gracias, Cass —dijo, tomándola. La miré bien y se veía mucho más elegante que la última vez que la había visto: llevaba puesto un pantalón camel con botas marrones por encima, un suéter verde con una chalina blanca que le rodeaba el cuello y su abrigo beige, que se lo había quitado tras llegar. Su cabello seguía igual de largo, pero llevaba las puntas bien peinadas hacia dentro. Su rostro se veía impecable a pesar de llevar poco maquillaje.

—Qué cálido se siente aquí —comentó, mirando a las llamas que chapoteaban en el hogar.

—El hogar calienta mucho más que la calefacción aquí —le dije, viendo que Félix se había echado debajo del sofá de ella.

—Claro, pero dado que vives enfrente de un lago y en una zona descampada, de seguro necesitas mantener encendida la calefacción también

—repuso, y yo asentí, pero no le dije nada, dado que a la calefacción eléctrica no la usaba a menos que la temperatura fuera excesivamente elevada. De lo contrario, luego estaría en problemas a la hora de pagar la boleta de la luz.

—¿Qué ocurre, Clara? —le pregunté sin rodeos, dado que, si seguíamos dando vueltas alrededor de temas triviales, me entraría un ataque de nervios.

—Pusimos fecha —si bien se había comprometido hacía más de un año, la fecha había quedado abierta para cuando fuera «un buen momento».

—Oh, me alegro por ustedes —le dije, aunque ya la había felicitado por ello en su momento—. ¿Para cuándo?

—El 8 de abril —repuso para mi sorpresa, dado que pensé que querría una boda de verano, ya que eso era lo que solía decir cuando éramos pequeñas, pero claro que eso había sido hace mucho tiempo atrás, por lo que sería un idiotéz pensar que se aferraría a los deseos que tenía en esa época.

—Oh... ¿y cuándo lo decidieron? —le pregunté.

—En Navidad pensamos que queríamos una boda de primavera, y el mes pasado llamamos para preguntar acerca de lugares en donde celebrar la recepción y conseguimos fecha para ese día.

—Oh... pues qué bien, ¿entonces tendrán que apresurarse con los preparativos? —le pregunté.

—Bueno, sí, pero tampoco será una boda ostentosa y, si bien Les es de Vermont, es de un pueblo, no de Montpelier, por lo que, aparte de su familia, no irá nadie más. De acuerdo con la lista que hicimos son ochenta y dos invitados.

—Oh, ¿y entonces viniste a eso? ¿A entregarme la invitación en persona? —le pregunté, dado que ella vivía en Vermont y tenía cuatro horas de viaje hasta allí.

—Bueno, en parte, vine porque iba de pasada a New York, ya que allí me están diseñando el vestido —me dijo.

—¿No hay casas de vestidos de novias en Vermont? —le pregunté.

—Yo quería uno de una casa conocida, y Les quiere que tenga lo mejor —

repuso, encogiéndose de hombros, como si tuviera que justificar el hecho de que alguien la consintiera.

—Me parece bien, dado que tú mereces tener todo lo que desees —le dije, y ella esbozó una sonrisa débil ante ello.

—La otra razón por la que decidí pasar es porque quiero pedirte que seas una de mis damas de honor —me dijo de forma precavida, como si aquella petición fuera a generarme alguna molestia.

—Oh, de acuerdo, me encantaría —le dije, y ella sonrió de forma animada —, pero recuerda que como mucho podré ir con un día de antelación a Vermont.

—Sí, sí, lo sé; no te preocupes por eso que contraté a una planeadora de bodas, para que de ese modo las damas de honor se desliguen de las tareas, ya que tres de ellas no son de Vermont —repuso y me pregunté quiénes eran las otras dos aparte de mí que no eran de Vermont.

—¿Cuántas damas de honor tienes? —le pregunté.

—Cinco, dos de ellas son amigas del trabajo, trabajan conmigo en la escuela, por lo que las conozco desde hace más de cinco años —repuso, sonriendo de forma recatada.

—¿Y quiénes son las otras dos? —le pregunté y justo ella llevó la taza a la boca, no supe si había sido un acto deliberado para tomarse su tiempo para responderme.

—Rita y Fern —dijo sus nombres de forma rápida, como si supiera cuál sería mi reacción ante ello.

—Claro —le dije, depositando mi taza en la bandeja, aunque todavía quedaba la mitad del café en ella.

—Son mis hermanas —dijo en tono defensivo.

—Medio hermanas —le recordé.

—Son tus medio hermanas también —replicó ella.

—No por decisión mía —le dije yo, y ella se quedó mirándome de manera seria un momento.

—No fue decisión de ellas tampoco, Cass; son tan víctimas como nosotras, y como Rob y Gustav y...

—Y como todos los otros de los que ni siquiera debemos estar al tanto —le dije yo de forma irónica, pero por dentro sentía que una llama se había encendido y se estaba esparciendo por todo mi interior.

—Cass, ya déjalo ir. Nadie tiene la culpa de nada; todos formamos parte de un círculo de víctimas.

—¿Incluso nuestro padre? —le espeté de forma irónica.

—Cass, no vine hasta aquí para discutir por temas pasados; vine a pedirte que seas mi dama de honor en el día más importante de mi vida —dijo con voz recatada, como cada vez que quería que comprendiera algo. De repente sentí que tenía ocho años de nuevo, que estábamos en mi casa de Detroit y que ella me estaba pidiendo que hiciera la tarea, como niña buena.

—Y eso implica que deba compartir ese día con gente a la que no quiero ver —le dije yo.

—Pero es mi día especial, Cass; puedes hacer una excepción por mí en ese día, ¿verdad? —de nuevo aparecía ese tono de voz que denotaba una petición a cambio de algo. «Debes hacer la tarea, Cass, porque yo me ocupo de algunas cosas de la casa. Debes portarte bien, Cass, porque estamos las dos solas. Debes hacerme caso, Cass, porque la adulta ahora soy yo».

—¿O sea que usarás tu día especial como excusa para que yo me vea en la obligación de compartir espacio con esa gente? —le espeté.

—Por dios, Cass, solo te estoy pidiendo que por un día aceptes estar con todas las personas que son importantes para mí porque es mi día especial; no te extorsionaría para ello —dijo depositando la taza en la bandeja de forma brusca; se notaba que de repente se había inquietado.

—Sé de sobra que no eres manipuladora, Clara, ese no es tu estilo —le dije, dado que Clara era todo lo bueno y responsable que un ser humano podía ser, pero exigía una mínima parte de lo que daba a los demás—, pero si quieres que tenga en cuenta tu día especial, tendrás que tener en cuenta mis

intereses también, dado que tú eres mi hermana completa, no media.

—Dios, Cass, tu terquedad no tiene límites, ¿verdad? —me dijo, meneando la cabeza en señal de desaprobación.

—Al igual que tu capacidad de permitir que te tomen por idiota —contraataqué. Ella se quedó mirándome un momento, y después tomó su cartera y su abrigo.

—Aquí está la invitación, Cass, pero si vas a tener esa actitud el día de la boda ni te molestes en ir —dijo de forma enfática mientras se ponía su abrigo.

—Por cierto, estoy bien, es decir, como verás ahora vivo sola, pero me las arreglo bastante bien; mi salud está bien y el trabajo también —le dije de forma sarcástica y su mirada se suavizó un poco.

—Disculpa, Cass, pero con el tema de la boda tengo tantas cosas en la cabeza que se me olvidó preguntarte sobre tu vida —dijo de forma apenada, lanzando una mirada general a la casa.

—Lo sé —le dije mientras me levantaba para acompañarla hacia la puerta, dado que estaba claro que se iría.

—Como sea, Cass, me encantaría tenerte en la boda, pero no si va a haber peleas entre nosotras ese día —me dijo en un tono que denotaba advertencia.

—No puedo prometerte que me portaré como niña buena cuando no creo que lo haga y, más aún, cuando ya no soy una niña —le dije y ella se dio vuelta, abrió la puerta y se marchó. Yo me asomé a la ventana para mirar cómo se alejaba en su auto desde allí. De repente comencé a sentir una sensación de malestar en todo el cuerpo y no pasó mucho tiempo hasta que sentí un escozor en los ojos y las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

¿En pleno siglo XXI existen los highlanders?



«Hombres aguerridos, musculosos y sin miedo a enfrentarse a los mismísimos ejércitos ingleses vestidos con tan sólo una falda de cuadros (y sin nada debajo, chica, que esto es importante). De ojos verdes y barba pelirroja cuya presencia bastaba para dejar sin aliento al más intrépido de sus enemigos.

Pues sí, mujer, sí que existen. Y te lo digo yo que tuve uno en mi consulta hace poco. Y ni siquiera era él el accidentado, sino que vino acompañando a un amigo. Y es que además de estar buenísimo, este escocés es buena gente.

Vamos, un auténtico caballero con un punto peligroso, a la altura del mejor James Bond de la historia. Está claro que me refiero a Seann Connery, quien, por cierto, también es escocés.

Pero ya me estoy liando otra vez, es que yo me pongo a hablar de hombres fornidos y se me va el santo al cielo. Quédate conmigo y te cuento toda la historia, que ya verás como cuando termine tú también vas a querer poner a un lord de las Tierras Altas en tu vida».

Ana E. Guevara. Nacida hace treinta y cuatro años en Cartagena, Murcia. En 2007 se licenció en Odontología en la Universidad de Murcia y ese mismo año se fue a vivir a Francia con la intención de quedarse un par de años, aunque lleva allí desde entonces. Está casada y tiene dos hijos. Además de escribir le encanta viajar, leer y la fotografía y ha procurado incluir a sus hijos en esas aficiones. Tiene un blog de maternidad donde comenta cosas de su vida como madre; y colabora con la plataforma online de profesionales de salud *El Médico de mi Hijo*. También colabora haciendo reseñas sobre películas y series en el e-zine Goblín Panzudo con el seudónimo de Morgana.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Ana E. Guevara

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-53-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 13

[1] Cariño mío.

Capítulo 17

[2] Por supuesto, señora, mi madre es de ascendencia francesa y nos obligó a estudiarlo, aunque es un idioma que no me gusta en absoluto.

Índice

En los ojos del highlander

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana E. Guevara

Créditos